

A los cuarenta y
tantos años de ver
TOROS

UNO AL SEGO

EDITORIAL "LUX" / Aribau, 26 /
BARCELONA

2 pesetas

1901-1902

Q

Uno al sesgo

**A los cuarenta y tantos
años de ver foros**

Recuerdos, reflexiones,
y cosas por el estilo
: de un aficionado :



BARCELONA
EDITORIAL «LUX»

ARIBAU, 26

ES PROPIEDAD

Imprenta LA IBÉRICA; Nueva S. Francisco, 22 - Barcelona

* * *

Una afición que viene durando cerca de cincuenta años, y los cincuenta años que esa afición ha vivido, es decir, esos cincuenta años últimos, indudablemente los más fecundos y pródigos en hechos y figuras tauromáquicas, me han hecho pensar más de una vez en un trabajo de recopilación y rememoración de lo visto y conocido; pero la forma de hacerlo es lo que me ha producido cierta perplejidad.

Historiar esa época, se me ha antojado en tantas ocasiones como he tenido semejante pretensión, labor demasiado detenida para quien, como yo, carece de tiempo y de espacio para confrontación de datos y examen de juicios, con esa continuidad y esa escrupulosidad que exigen los trabajos históricos, aunque sean éstos de hechos tan poco transcendentales como los del toreo. Apelar a la forma de «memorias» presentaba tantos inconvenientes como el de hacer verdadera historia, si bien de un orden, puramente subjetivo, pues para quien no tiene motivo alguno de suponerse con nombre y prestigio bastante para interesar al lector, es aventura arriesgada ofrecer cosa tan personal como han de ser las tales memorias, en el sentido en que el vocablo ha afinado.

Pero... sea como memorias, sea como historia de la acumulación de recuerdos, reflexiones y anécdotas podía

resultarme un libro, y como a hacerlos estoy condenado a perpetuidad, por lo visto, pues decididamente la lotería no viene en mi ayuda, la tentación persistía; y el momento ha llegado en que, más fuerte que todas las consideraciones, me ha vencido... Y he aquí que unas veces como historia, otras como si evocara cosas pasadas que en mi memoria dormían, las cuartillas han ido acumulándose, y el libro ha sido hecho.

Llamo la atención del lector sobre su único mérito: el de la sinceridad. Partiendo de la base de que aquí juicios y opiniones respecto a hechos y personas, son exclusivamente míos y nadie mejor que yo conoce su fallibilidad, disto mucho de suponerles otro valor que el de una impresión personalísima, y por lo tanto ni se ha de buscar en estas páginas nada definitivo ni nada categórico, como no sea eso de que antes se ha hablado: la manera de ver, sentir y apreciar de un señor que se ha propuesto exteriorizar honradamente, lealmente, desinteresadamente, sin más prejuicios que aquellos que él ignora tener, pero que no niega que tenga, lo que ha visto, lo que ha sentido y lo que ha apreciado en esos cincuenta años de aficionado activo y entusiasta.

Por asociación de ideas, de recuerdos, de hechos, acaso alguna vez me crea obligado a abandonar el campo que de antemano me señalo, y haga incursiones al de la crítica, no por un afán de «sabiondear» en materia cuyo cultivo más bien considero como una debilidad mía que como motivo de jactancia y vanagloria, sino porque muy amante de ella, de la materia en cuestión, a pesar de todos los pesares, yo desearía verla tratada por los que a su literatura se dedican ahora, con un poco más de respeto, con algún mayor cuidado, pensando que no con ellos empieza aquélla, sino que antes, mucho antes, del toreo se habían ocupado hombres de cierto ingenio, que yo no

compararé con el de los modernos cronistas taurómacos ciertamente, pero que alguien fueron sin embargo; y no quiero citar nombres, pues, sea para impugnarlos o propugnarlos, pero siempre con conocimiento de causa, como en Jovellanos y Vargas Ponce ocurre, a las fiestas de toros han dedicado páginas muy interesantes escritores, en especial del siglo XIX, muy dignos de ser leídos.

Pues no los han leído, o tan a la ligera ha sido, que cuando el caso llega de echar mano a la erudición histórica o técnica, los que no inventan y descubren lo ya descubierto e inventado, se acogen a la tradición oral, y la de anacronismos en que incurren es cómica, confundiendo lastimosamente hechos y épocas, lances y suertes que, en ocasiones, por no saber cómo se llaman, rebautizan creyendo que bautizan. Metidos a definidores de esas suertes todavía son más graciosos, pues en su ingenuidad caballero hay que supone haber profundizado hasta la razón oculta de una denominación, cuando en realidad lo que hace es desconocer en absoluto la muy palmaria que presidió la designación.

Todo esto y mucho más que es lástima que suceda, y sucede por ese vicio tan español de fiarlo todo al «sentido común» (!), que nos hace desdeñar toda preparación especial, todo estudio preliminar, entre otras razones porque eso nos exigiría un cierto tiempo y un cierto esfuerzo que ni la crítica taurómaca, ni la literaria, ni la artística, ni ninguna crítica merecen en el sentir de los críticos al uso, y así les luce el pelo; todo esto, decía, es lo que, hay veces, que me impulsa a las incursiones de que más arriba hablaba. Yo espero que el lector y aquellos mismos a quienes mis «algaras» molesten me lo perdonarán, en primer lugar porque en realidad no será más que «correr la pólvora» y en segundo porque, pese a las apariencias, no hay en ninguna de mis censuras otra

intención que la muy sana y muy quijotesca de «desfacer entuertos», por si eso puede ser útil a nuestra fiesta predilecta.

Ahora lo que yo deseo es que, con los materiales tan heterogéneos que han formado este libro no me resulte un ciempiés que a mí me sirva de vergüenza y a ti, lector, de tedio.

«¡No lo premita Dios!»

Uno al sesgo

Julio, 1925,

Hombres y cosas de otros tiempos

Hablo de cuarenta y tantos años de ver toros, y debe ser sin duda por esa modestia innata en mí, que me hace rehuir toda ocasión de darme importancia, porque en realidad hubiera podido escribir «a los cincuenta y tantos años»...

Por lo menos siempre he creído que presencié cierta corrida celebrada en Alicante, en la cual surgió un incidente del que resultó que la presidencia mandó detener y envió a la cárcel a Rafael Molina y Sánchez, *Lagartijo*; y de esa corrida hace cincuenta y tres años por estas fechas.

¿Presencié yo realmente esta corrida?

No recuerdo ningún detalle de ella en el circo, pero sí que cuando con mi padre salíamos de la plaza, pasó un coche escapado con dirección a la ciudad y que oímos decir que en aquel coche se llevaban a *Lagartijo*; que un poco después el coche regresó y se dijo que volvía *Lagartijo* de nuevo a la arena, perdonado por el presidente...

Entre los comentarios que entonces se hicieron de-

cíase que don Eleuterio Maisonave, alcalde por aquellos días de Alicante, y poco después ministro de la Gobernación, por no sé qué dificultades que un toro presentaba para la muerte, y debido a lo cual Rafael se negaba a matarlo, había tenido con el diestro un diálogo que acabó de esta manera:

—Si no hay otra manera—parece ser que le dijo el presidente señor Maisonave—, mátele usted con «la luna».

—«Mátele usted con el sol»—replicó *Lagartijo*, y esta contestación explica el porqué los relatores de la anécdota pusieron en labios de don Eleuterio, lo de «la luna» en vez de la «medialuna».

¿Fué éste el desacato que originó la detención del gran torero? Lo ignoro, como ignoro si mis recuerdos se remontan a la fecha de la ocurrencia de los hechos o no son más que reminiscencias de conversaciones oídas más tarde. Lo que sí aseguro es que yo siempre he creído que fuí testigo presencial del suceso con todas sus consecuencias y que durante años y años lo he referido, atribuyéndome esa calidad de testigo, haciendo, sin embargo, la honrada salvedad de que, aparte el que yo asistí a una corrida en Alicante en la que algo debió acaecer para dar origen a esas hablillas, de ellas, de su fundamento no respondía.

Mas he aquí que hace una veintena de años cayó en mis manos el libro de D. Aurelio Ramírez Bernal, P. P. T. titulado «*Los grandes sucesos de la vida taurómaca de Lagartijo*», y al leerlo me encontré con que realmente en Alicante el 20 de julio de 1872, el célebre torero cordobés se encontró con un toro de Bañuelos, llamado *Rabilargo*, quinto de la tarde, al que a pesar de haber tomado 8 puyazos, no pudo dominar a la hora de la muerte, y para lograrlo hizo salir a un picador para que lo castigara más, cosa que ni el público ni el presidente tuvieron a bien to-

lerar, y eso fué causa de bronca formidable y del incidente entre el espada y la presidencia (1).

• La fecha me desconcertó, ¡20 de julio de 1872! ¡Tenía yo seis años y dos meses!...

Juraría que mi recuerdo es del hecho directamente y no por referencias, pero de todos modos no haré valer mi antigüedad desde esa fecha y empezaré a contar desde nueve años después, o mejor, desde diez, o sea al empezar esta carrera de revistero tauromaco que me tiene con la lengua fuera hace ya un rato largo y todavía no vislumbro la meta, si es que hay una meta para los que de toros escribimos.

Mi primera revista se publicó en *La Unión Democrática*, de Alicante, el 30 junio de 1882, y días después en *El Toreo*, de Madrid. Tenía yo entonces dieciséis años.

Habría yo visto hasta dos docenas de corridas de toros y novillos, algunas de ellas en Alicante y Valencia y la mayoría en Madrid, donde desde cierta tarde de mayo de 1881, a raíz del centenario de Calderón, en que «Lagartijo», «Curro» y «Caraancho» estoqueaban reses de Colmenar, me declaré yo aficionado furibundo a la fiesta, y «lagartijista» más furibundo todavía.

Desde esa corrida a la novillada que se celebró el 24 de diciembre, en la que Mateito y Mazzantini mataron cuatro novillos, y no sé si fué esa tarde también, Badila rejoneó otro y lo mató después de brindárselo a «Frascuero», que le regaló al célebre picador una onza de oro, en todo ese año mis progresos como aficionado fueron pasmosos. No precisamente por lo que en la arena veía y observaba, sino porque primero Leopoldo Vázquez con su «Vocabulario tauromaco», luego «Pilatos», con la refundición del «Arte

(1) Libro citado, pág. 31.

de torear» de Montes, y en seguida Sánchez de Neira con su «Gran diccionario taurómico», mas la lectura semanal de *Paco Medialuna*, *El Tío Jindama*, etc., me impusieron de los secretos de la tauromaquia, hasta el punto de que en todo el curso no aprendí otros secretos, y eso que yo había ido a Madrid para prepararme para la carrera de Estado Mayor; que también tiene sus secretos; pero que, lo confieso, no lograron interesar mi curiosidad.

En vista de ello, a principios de 1882, regresé a mi pueblo, y unos meses más tarde trocaba el Estado Mayor por el estado matrimonial, y mi mujer de mantilla y yo de sombrero ancho, por fiestas de San Pedro asistíamos a las corridas de Alicante.

Toreaban los dos hermanos Frascuelo. Y mi sombrero ancho, sin duda, decidió al bueno del señor Sevilla, director de *La Unión Democrática* por entonces y fallecido no hace mucho, a encargarme de las revistas en su periódico.

Yo no sé la impresión que produciría a los lectores mi ciencia torera; a mí me dejó asombrado.

Desmenucé las faenas de Salvador, le enseñé cómo se matan los toros, para qué sirve el capote y la muleta, puse de relieve sus deficiencias (yo era *lagartijista*)... y me quedé tan fresco.

¡A los dieciséis años y a los veinte y a los veinticinco, es pasmoso lo que se sabe de todo y lo seguro que se está de lo que se sabe!

El toreo era para mí entonces ese «arte con reglas fijas» que proclamaba Sánchez de Neira; cada res tenía su lidia y todo torero obligación de aplicarla, que es tanto como decir que quien se viste de luces no ha de ser un Montes, un Guerrita o un Joselito, los cuales si a las célebres «reglas fijas» se hubiesen atendido, no habrían sido seguramente ni Joselito, ni Guerrita, ni Montes.

Pero eso han venido los años a enseñármelo; enton-

ces mi criterio, rectilíneo, como corresponde a la inexperiencia juvenil, no admitía el sinnúmero de matices que hacen variar el aspecto de las cosas y aplicando los conocimientos adquiridos de los que yo acepté como maestros infalibles a la práctica revisteril, abrumaba con mi técnica a los pobres toreros que caían en mis manos.

Afortunadamente para ellos no se enteraban, y creo que hasta por fortuna para mí, pues por lo menos se habrían reído de mi saber, que era el menor castigo que mi petulancia merecía.

Me consuela la idea de que detrás de mí han sido legión los muchachos y aun los machuchos que puestos en mi mismo caso han procedido de igual manera, con la agravante de que han suplido la influencia de lecturas, que no han hecho, por una osadía o por una soberbia según la tribuna de que han dispuesto, realmente desconcertante y desconcertadora, creando un arte y hasta un tecnicismo desquiciado, caprichoso, arbitrario, al amparo de la ignorancia, de la pasión o del interés.

Debido a esto es hoy plausible lo que ayer fué censurable o viceversa; el vocabulario se renueva y se embrolla; y no resulta tan fácil, como parece, entenderse respecto a cosas de toros gracias a la multitud de maestricos y a la diversidad de libricos.

Lo cual prueba que sus inconvenientes tiene aprenderse de memoria el *Vocabulario taurómico* de Leopoldo Vázquez, *El arte de torear*, de Francisco Montes y el *Diccionario*, de Sánchez de Neira; pero también presenta los suyos, desconocer en absoluto todo lo escrito referente a toros y toreros y fiar únicamente en la intuición y en las charlas de café para meterse de rondón a revistero.

Pero de esto hablaremos con alguna detención un poco más adelante; ahora permítame el lector que siga con mi cuento.

A contar de mi primera revista no di paz a la mano ni tregua a la pluma por espacio de algunos años, y *El niño de Dios*, que tal era mi pseudónimo por entonces, rara era la semana que no publicase dos o tres artículos, y desde *La Lidia* al *Toreo Cómico*, desde el *El Chiquero*, de Zaragoza, a *La Muleta*, de Sevilla, yo no sé la ciencia taurómaca que derramé por toda España.

Y vino el año 1887, y al notabilísimo publicista, al gran escritor don Antonio Peña y Goñi, se le ocurrió la idea de dar a luz su discutido libro *Lagartijo y Frascuelo y su tiempo*, del cual tuvo la bondad de dedicarme un ejemplar llamándome «crítico muy benévolo de sus obras».

Con que benévolo, ¿eh?

Mi *lagartijismo* entró en ebullición a la lectura de aquellas sugestivas páginas, y ni corto ni perezoso me metí con Peña y Goñi, y como en otros tiempos a Frascuelo ahora a su partidario, le senté las costuras con un folleto que titulé *El primer torero, Lagartijo*.

Tengo un ejemplar de ese folleto, y cuando a veces, revolviendo mis libros de toros, cae en mis manos, sin abrirlo, le dedico una sonrisa, de que sólo yo sé el significado, y lo vuelvo a dejar en el estante, escarmentado de cierto día en que, al cabo de muchos años, quise releerlo.

No sé cómo escribo ahora, pero indudablemente he hecho progresos en los treinta y tantos años transcurridos, y no puedo menos de reconocer que *El primer torero, Lagartijo* es una cosa bastante mal escrita, a la que sólo le hallo una disculpa: la buena intención y el entusiasmo que puse al hacerla.

Y, sin embargo, ese librito me produjo grandes satisfacciones.

La primera la amistad de Luis Carmena y Millán. Lagartijista acérrimo, a ultranza, vió en mí al co-

rreligionario, y pasó, él tan puntilloso en materias gramaticales, por mis ataques a la sintaxis; no tuvo en cuenta la letra que mata, sino el espíritu que vivifica, y con un ejemplar de su *Bibliografía de la tauromaquia*, me brindó una simpatía y un afecto que en él duró todo el resto de su vida y en mí se conserva todavía íntegra a su memoria.

Hombre de gran cultura, español neto, madrileño castizo, gran conocedor del arte de bien vivir, metódico, ordenado, de una simpatía extraordinaria, aficionado a los toros y aficionado a la música, bibliófilo de rara competencia, de tal modo tenía hecho el reparto de las horas del día, que aparte el cumplimiento de sus deberes profesionales (era, cuando yo le conocí, comisario de Guerra), para todo tenía tiempo y a todo lo que constituían sus aficiones daba el espacio que de antemano le había fijado.

Vivía en esa época en que comenzó nuestra amistad en la calle de Don Pedro, una casa vieja y grande, donde su magnífica biblioteca taurómaca y su rico archivo de cosas de toros ocupaban un amplio salón, en el que he pasado horas muy entretenidas hojeando los curiosísimos documentos, los libros raros que con una asiduidad y una paciencia de benedictino había llegado a reunir ya entonces y que años después, cuando se trasladó a la calle de las Infantas, se habían aumentado en número considerable.

A eso de las dos de la tarde, invariablemente, se le encontraba en el café Oriental, en el turno del *Obispo*, donde los más días hacía su almuerzo, un *biftec* o una tortilla y una taza de café con leche con media tostada; si su apetito le exigía más, entonces almorzaba en el café de París uno de aquellos cubiertos que hoy parecerían inverosímiles por su calidad y su precio, y acudía al Oriental a tomar café, leer los periódicos, mediante un concierto con el fosforetero

jorobado, que, por un real, le prestaba toda la Prensa diaria y semanal.

Por las noches tenía la tertulia en Fornos, entonces; luego la tuvo en el Colonial.

Raras veces fui yo a estos cafés; en el Oriental es donde cotidianamente nos veíamos, y allí saciaba yo mi afán curioso, oyendo, con deleite, sus dichos y comentarios, un poco escépticos y hasta me atrevería a decir un poco cínicos, de un cinismo simpático, sobre hombres y hechos.

Y este escéptico, este casi cínico, albergaba, sin embargo en su pecho grandes entusiasmos, y era el más fervoroso de los amigos.

Lagartijo, Gayarre, Barbieri, Menéndez Pelayo, Chueca, Guerrita, tuvieron en él su más decidido campeón y su más abnegado amigo; el wagnerismo, el frascuelismo y algún otro *ismo*, que no sería prudente mencionar, un enemigo irreductible.

Y es que, en realidad, Carmena y Millán, no obstante su evidente deseo de manifestarse bajo un aspecto en ocasiones poco favorable, era, en el fondo, un alma buena y una bellísima persona, pues hasta lo que aparecía en él como egoísmo, ese egoísmo de los solterones y asimilados, y a esta segunda categoría pertenecía él, no era más que método, obediencia a un régimen que se había impuesto y le hacía decir con frecuencia: «Yo, al primer amigo que llegue, le entrego mi renta del día; pero no le adelanto ni una peseta de la del siguiente.»

Como escritor, se especializó en todo lo referente a trabajos de erudición en materia tauromáquica y musical de preferencia, y la bibliografía taurómaca le debe investigaciones y reimpresiones curiosísimas; pero fué, además, un hábil polemista, un crítico muy agudo, que, así como quien no quiere hacerlo, puso en muchas ocasiones los puntos sobre las íes a Sánchez de Neira, a Pascual Millán, a Federico Mínguez

y a muchos más; y dijo verdades que en su día amargaron a diestros y revisteros, en un estilo pulcro y atildado.

Pues bien; Carmena... pero, para no desviarme del plan trazado, necesito, antes de proseguir con el florado amigo, poner en conocimiento del lector un detalle del mayor interés, y es que mi taurografomanía continuaba en 1889 con caracteres alarmantes.

El año anterior había publicado, además de su par de gruesas de artículos, otros tres libritos; unos para solaz y otros para ilustración de los aficionados, y aun me quedaron en cartera media docena, que ya sea porque perdí la cartera o porque, es lo más seguro, lo que perdí fueron los papeles, quedaron inéditos.

Los libritos publicados, *Dramas del toreo*, *Recortes y galleos* y *Necrología taurina*, fueron bastante para probar los perniciosos efectos de la afición a los toros, cuando ésta toma derivaciones literarias. Aspecto del cual Eugenio Noel no se ha ocupado, y es una lástima.

Y bueno será hacer constar ahora mismo, que si al ocuparme de mí como escritor taurómico, lo hago en la forma que el lector ve, no por modestia ni siquiera por exponer burla burlando a su consideración mi obra, sino sinceramente y tal como lo siento, no es porque desdeñe la labor de los que se dedican a escribir de cosas de toros en general; nada más lejos de mi ánimo reirme de lo que, al cabo de muchos años de deserción, ha vuelto a tener para mí los alicientes de aquella otra época y cultivo con verdadero gusto. No, lo que yo quiero es poner de relieve la ingenua osadía de un muchacho que, creyéndose en posesión de un saber que distaba mucho de ser real, se consideraba obligado a prodigarlo, con la firme

convicción de que la tauromaquia le debía gratitud por las verdades que ponía en circulación.

¿Habría de esto si hubiera sido yo el único que en tal error o pecado incurriera?

Seguramente, no.

Pero como detrás de mí, no quiero hablar de antes, los que no saben escribir ni saben de toros, cosa esta última que sólo se aprende con largos años de observación, han sido numerosos, y la serie continúa, en beneficio de ellos hago el sacrificio de ponerme en ridículo por si consigo evitárselo a alguno que, con buen sentido, escarmiente en cabeza ajena.

Y hecha esta aclaración reanudo mi cuento.

En 1889, con Alfredo Pallardó, que luego fué revisero con el pseudónimo de el *Tío Mereje*, en *Las Noticias*, de Barcelona, y en la actualidad dirige ese diario, y Tomás Sánchez Pacheco, fundé *El Látigo*, semanario medio torero, medio musical, del que quedé como único propietario a contar del segundo número, y en el que la colaboración y la influencia de Carmena y Millán fueron decisivas.

Sobaquillo, Eduardo del Palacio, *Sentimientos*, Angel Rodríguez Chaves, Sánchez de Neira, Pascual Millán, el doctor Thebussem, Sánchez Calvo, Mariano del Todo y Herrero, unos asiduamente y otros con más parquedad, fueron mis colaboradores, y Carmena y Millán, lo repito, el alma.

Y no quiero pasar en silencio un incidente que hubo entre don José Sánchez de Neira y yo, porque revela el carácter del notable taurógrafo y es un dato para su psicología.

Me había dedicado el doctor Thebussem un artículo titulado «Antipodio», que comenzaba, si mal no recuerdo: «Por más que vuestra merced, Carmena, Cavia, Barbieri, Sánchez de Neira, supongan otra cosa, yo soy aficionado especulativo a las fiestas de

toros...» (1), y el bueno de don José, en *La Lidia* de la semana siguiente a aquella en que el artículo se publicó en *El Látigo*, le dedicó unos comentarios, y al reproducir el primer párrafo omitió mi nombre.

Me indigné, y en el número siguiente de mi periódico atacué a don José, haciendo resaltar, entre otras cosas, su ignorancia, porque ingenuamente había confesado que no sabía lo que era *antipodio*.

Vino el domingo; por entonces muchos revisteros y aficionados, antes de empezar la corrida, se reunían en el patio de caballos y allí me dirigí yo, como de costumbre, con el corazón palpitante, esperando las quejas del veterano escritor, sin saber qué excusa darle y arrepentido de mi furiosa acometida.

Llegó don José, me vió en seguida, y con efecto, a mí se vino, pero con gran alegría mía no hosco ni huraño, sino muy al contrario, sonriente y amable para decirme:

«—Perdóneme, Orts Ramos, si antes no he cumplido con usted; pero aquí le traigo el artículo ofrecido».

Y me entregó unas cuartillas.

Hubiese abrazado al bondadoso amigo que así me libró de uno de los pesos mayores que sobre la conciencia he tenido; y como no había manera de abrazarlo, le dí las gracias más efusivas y me sentí feliz.

Pero ¿me había perdonado don José mi arrechucho?

No sería cristiano dudarlo.

Sin embargo, seis o siete años después, al publicar la segunda edición de su *Gran diccionario taurómico*, al hablar de mí lo hizo con términos muy halagadores para mi porte y frase, por lo que mi frase y porte le quedaron reconocidos.

(1) Figura ese artículo en el libro *Un triste capeo*.

¡Y véase la importancia que en ocasiones tienen cosas que uno cree que son secundarias cuando de un libro del carácter del de Sánchez de Neira se trata!

El haber escrito yo por entonces cuatro libritos de toros, y dirigido un periódico, de toros también, en Madrid, del cual el mismo Sánchez de Neira fué colaborador como acabo de decir, no consideró que ni siquiera valiera la pena de mentarlo (en un diccionario de tauromaquia, biográfico, bibliográfico, etc.); pero afortunadamente era yo poseedor de un porte y de una frase elegantes, y gracias a eso alcancé el honor de figurar en la obra magna de mi respetable amigo.

Don José era indudablemente una bellísima persona, de una bondad extrema y de excesivamente benévolo en sus juicios fué tachado al publicar en 1879 su obra «El Toreo»; pero con los años no es que se modificaran en él esas cualidades, sino que vino a oscurecerlas en parte un algo que yo no quisiera llamar vanidad ni soberbia, no obstante ofrecer en ocasiones las apariencias de una u otra.

Su gran prestigio como aficionado, la fama que en tal concepto alcanzó, el respeto de que se vió rodeado, la sumisión con que se aceptaban sus opiniones, le dieron un alto concepto de sí mismo y despertaron en él, probablemente, eso que yo no me atrevo a llamar vanidad ni soberbia, pero que se le parece mucho, y de ahí que se le antojara grave desacato el que no se aceptasen sus puntos de vista como artículos de fe y que alguien osara a hallarse en contradicción con sus opiniones.

De ahí las controversias, agresivas a veces, malhumoradas, que hubo de sostener con Carmena y Millán y con algún otro escritor taurómico de la época, en las que en pocas ocasiones tuvo la suerte de salir airoso.

Don José, por el solo hecho de haber alcanzado tiem-

pos muy anteriores a aquellos en que su autoridad se afirmó, miraba con cierto desdén conmisericordioso a los aficionados modernos, porque no habían gozado de aquellos diestros como Montes y el *Chiclanero*, *Cúchares* y Cayetano, Manuel Domínguez y el *Salamanquino* que en su juventud había él alcanzado, en su apogeo a los más y en sus postrimerías a los primeros.

Ni *Lagartijo*, ni *Frascuero*, ni *Guerrita* le consolaban del perdido bien; de los dos primeros, con *Frascuero* transigía, apreciaba en él cualidades estimables; *Lagartijo* no era un torero completo, porque no podía serlo, según él, el que no practicaba la *suerte de recibir*; *Guerrita* le pareció desde un principio un toreo aventajado y de esa categoría no lo ascendió.

Ascenderlo hubiera sido reconocer que se había equivocado en sus augurios; y antes la muerte.

Si yo creyera que estos eran defectos graves del buen don José, ciertamente no los estamparía aquí; pero esas pequeñas debilidades las considero tan humanas, me parecen además tan inofensivas, que aun dando de barato que en su día sus juicios pudieran perjudicar a alguien, no sería esta la ocasión seguramente de sentirse severo con un hombre que dió en mil otras circunstancias pruebas sobradas de una indulgencia y de un buen sentido que dejan a cubierto su fama de persona excelente y de entendidísimo en materia taurómaca.

Además ¿no era el suyo achaque de la vejez?

Los viejos nos avenimos difícilmente con las novedades, acaso porque algo nos dice que no nos pertenecen por completo, pues no es nuestro enteramente aquello que no podemos disfrutar del todo, y para que esto sea, son precisas un conjunto de circunstancias que con la edad por lo menos se atenúan; aparte de que los años crean en el hombre, por vía de compensación, un consolador desdén por lo que ya no nos es asequible, a la par que nos hace refugiar en lo pa-

sado que nuestra imaginación embellece para consuelo de nuestra decrepitud.

Como el tuerto que perdió el ojo sano y se resignó pensando que para lo que había que ver nada le importaba la ceguera, así los viejos nos hacemos la ilusión, en tauromaquia como en todo, de que los días mejores los hemos vivido nosotros, y que nada actual admite comparación con lo que fué.

Cuando yo era joven, hace ¡ay! muchos años, oía hablar a Sánchez de Neira y leía en sus escritos, que el toreo había perdido todas sus características, y que los toros ya no eran toros, ni los toreros toreros.

A través de mis cuarenta y tantos años de aficionado, esa misma lamentación me ha perseguido constantemente.

Y cuántas veces me he preguntado: ¿Pero señor, cuándo fueron los toros tóros, y los toreros toreros?

No me sorprende, ni me ha sorprendido nunca hallarme en presencia de uno de esos ancianos que en su juventud fueron amantes de la fiesta, pero en calidad de simples espectadores siempre, y que al hablarme de los lidiadores de su tiempo lo hagan con esa exaltación que es propia de quien sólo fía al recuerdo, la rememoración de hechos que la imaginación ha agrandado hasta rebasar los límites de lo verosímil; mas que en esto incurran hombres para quienes la historia de las corridas de toros debe ser familiar y disponen de medios de confrontación, eso sí que me produce gran extrañeza.

Y, sin embargo, actualmente, como con Sánchez de Neira ocurría, no faltan los que lo mismo que él se empeñan en cerrar los ojos de la razón y abrir los de la fantasía; y hasta se enfadan, con los que procediendo al revés, reconocen que si bueno hubo en lo pasado, bueno hay en lo presente, y de igual modo no faltaba lo malo antes como no falta ahora.

¿Que las cosas han variado? ¡Quién lo duda! La

ley de evolución se cumple en todo y quizás en pocas cosas con tanta rapidez como en la tauromaquia.

Si se tiene en cuenta que el toreo a pie como al presente lo conocemos y constituye el espectáculo de los toros, no tiene de existencia ni dos siglos siquiera y que en sus comienzos no podía ser más que una aplicación de las prácticas que en el coso empleaban los auxiliares de los caballeros, claramente se deduce lo rudimentario del arte en aquella época en que, por otra parte, la mayor importancia la tenía la suerte de picar y seguían siendo los lidiadores de a pie auxiliares de los montados, y los espadas con acabar con el toro, si podían, habían cumplido con su obligación.

En la época de *Costillares*, de Pedro Romero y de *Pepehillo*, es decir, en el último cuarto del siglo XVIII se inició en el arte de lidiar toros una evolución que ha continuado hasta nuestros días, contribuyendo a ella las aportaciones de diestros que, estimulados unos por otros, fueron amenizando más cada vez la fiesta, con nuevos lances, en los que el valor a secas se iba supliendo por el arte, empleada ahora la palabra en su acepción de maña y destreza, es decir en su genuína acepción de técnica.

Con Francisco Montes, la evolución tomó caracteres de revolución; y vienen luego el *Chiclanero*, Cayetano Sanz, etc., a depurar, a dar un realce de belleza a todo lo creado por aquel. Así continúa la tauromaquia, que en tiempos de *Lagartijo* ya va derecha hacia el triunfo de la actitud bella, que luego *Guerrieta*, otro revolucionario, alegre y hace más movida, y que por fin, con Joselito y Belmonte alcanza la más elevada cumbre, derrocando principios que se suponían inmovibles.

Para mis fines basta con este ligerísimo bosquejo, puesto que sólo me preocupó de demostrar que, en realidad, en poco más de un siglo, el toreo ha sufrido tan tremendas transformaciones que no sería sensa-

to quererlas desconocer, ni mucho menos que esas transformaciones han sido impuestas por una realidad como lo es la transformación que en ese mismo espacio de tiempo han sufrido las costumbres.

El espectáculo pierde en barbarie, se hace cada día más bonito y vistoso, más *artístico*, por la sencilla razón de que lo que antes constituían sus prestigios, hoy nos parecería cosa intolerable.

Ciego ha de ser el que no vea que, o la suerte de varas se modifica o desaparece de la fiesta.

Para nuestros ojos de hombres de nuestros días, la vista que ofrecen los caballos despanzurrados en la arena, es repugnante. Lo toleramos porque creemos que no hay manera de suprimir ese tercio; dentro de veinte años acaso se encuentre esa manera.

Pues bien, del mismo modo que una modificación de la sensibilidad que trae consigo una modificación de la mentalidad nos hace repugnante hoy lo que ayer no lo era (yo he conocido plazas donde a los caballos mal heridos se les dejaba en el ruedo, sin rematarlos con la puntilla, y vivos aún se les arrastraba), seguramente la lidia tal como se desarrollaba en los tiempos antiguos ahora nos parecería irresistible.

¿Bien hecho? ¿Mal hecho? No lo sé.

Es muy posible que, según afirman ciertos aficionados del antiguo régimen, las corridas de toros hayan perdido aquel carácter de bravura y virilidad que fueron sus características en la edad de oro de la fiesta; pero yo no lo siento. Será una defección, una inconsecuencia, pero prefiero el espectáculo tal como es ahora, y hasta si pudiera ser, me gustaría verle exento, por lo menos de la crueldad, del dolor, inútiles, que aun al presente existen, humanizando un poco más ciertos detalles que no tienen nada que ver con la lidia, ciertamente, pero que redundan en su descrédito. Sí, todavía hay algo que necesita modificación y se modificará seguramente. Yo lo espero y

lo deseo, con tanto mayor motivo cuanto que tengo la convicción de que si esto no pasara, las fiestas de toros tendrían que desaparecer por completo, y aunque ello haya de suceder un día u otro, en que ese día se aleje tengo el mayor interés, pues hay en ellas momentos de extraordinaria belleza que sería una lástima que las generaciones venideras no gozasen.

Ese algo que yo creo que debe modificarse claro está que al primer tercio se refiere (1).

Cuando hace unos cuantos años sufrió el «Reglamento de las corridas de toros», dos o tres modificaciones se me ocurrió proponer otra en un artículo publicado, probablemente en *La Corrida*, de Barcelona; pero nadie hizo caso. Me parecía a mí entonces, y me sigue pareciendo, que es evidentemente absurdo que dos profesores veterinarios dictaminen las mañanas de corrida, o las vísperas, sobre las condiciones de los caballos, sanidad, resistencia, etc., y que una vez empezada la corrida no intervengan para nada los se-

(1) Bien podría suceder que la modificación de la suerte de varas, cuya supresión como aficionado actual no concibo, naciera de una diferente ejecución en que se uniera la destreza y habilidad de los picadores, a la ligereza y buena doma de los caballos, o acaso volviendo a la manera de ejecutar la suerte de los antiguos (hablo de los primeros picadores, de a fines del siglo XVIII), los cuales según don José de la Tixera, mataban menos caballos porque «no se paraban tanto al recibir los toros con las garrochas; porque éstas llevaban más pica descubierta; porque excusaban las suertes más arriesgadas; porque ponían las varas en las primeras costillas y no en el cerviguillo, etc.»

Una selección de estos principios y lo que la inteligencia de los «profesores» les sugiriera, podría tal vez disminuir la crueldad del primer tercio de la lidia.

ñores profesores veterinarios, dejando al arbitrio del contratista de caballos el juzgar de la aptitud de éstos para la lidia, después de haber sufrido las más tremendas cornadas, las más horribles heridas, y lo que es más «una cura» en la que hábiles manos, doblemente cirujanas (puesto que *cirugía* significa obra de mano, maniobra), lo mismo cortan, que escamotean entrañas y las substituyen por estopa. Que ese pobre caballo relleno de estopa y vacío de tripas, exangüe, mutilado interna y externamente, conserve las mismas condiciones para la picandería, que tenía por la mañana, no es verosímil, y que sea el contratista de caballos el que juzgue esas condiciones, no parece prudente. Pues bien, así es. Y decía yo: ¿Por qué no ha de permanecer un veterinario en el patio o «enfermería» de caballos, dirigiendo las curas y dictaminando luego respecto al maltrecho animal? Porque no. Ni los veterinarios a quienes consulté ni los contratistas de caballos a quienes hablé, encontraron sensata la idea. Desde luego, yo no creo que en la práctica se consiguiera nada útil ni beneficioso para el caballo ni para el picador; pero aunque sólo fuera por decoro, aunque únicamente tuviera el carácter de una de tantas hipocresías humanitarias, se me figura que esa es una innovación que están reclamando nuestros tiempos. Si cuando vemos entrar un caballo, ensangrentado y con las tripas colgando, en la cuadra, y pasa de vez en cuando por nuestra imaginación a las torturas a que va a ser sometido para aprovecharlo en un puyazo más, tuviéramos al mismo tiempo el consuelo de pensar que hay un representante de la Ciencia allí dentro que inspeccionará y vigilará lo que con el animal se haga, y en último caso declarará su utilidad o su inutilidad, por lo menos nos parecería que los fueros humanitarios estaban garantizados, y sobre el funcionario haríamos pesar una responsabilidad que al presente recae sobre todos.

Se dirá que el aficionado no piensa en la suerte del caballo ni se preocupa de ella; que precisamente gusta de este espectáculo por los residuos de crueldad que hay en el hombre; y esto es cierto, casi en todo momento, pues afortunadamente el hábito ha hecho su trabajo en la conciencia del espectador para la que pasan inadvertidos todos esos detalles horribles; pero hay un instante en que le impresiona alguno, y aparte esto, en una plaza existe siempre un público nuevo, mayor o menor, y lo repito, poder, decir a esos espectadores horrorizados que en la «enfermería» hay un veterinario que procede o hace proceder científicamente a los «operadores», sería muy agradable para los amantes de la fiesta. Aparte de que, como antes he dicho, es una innovación que por decoro nacional debía implantarse... y tarde o temprano se implantará, estoy seguro, aunque los propios veterinarios no la consideren precisa y los contratistas de caballos la crean una tontería que sólo serviría para obligarles a lubricar un engranaje más...

Y puesto en plan de reformador, aunque nada tenga que ver esta reforma reglamentaria con lo que estamos tratando, no quiero desaprovechar la oportunidad, no sea que luego no se me presente, de llamar la atención sobre lo anacrónico y falto de fundamento que resulta en la actualidad obligar al torero más antiguo de los que toman parte en una corrida a matar los toros que sus compañeros se dejen por haber sido heridos o lesionados. En otro tiempo estaba justificado, porque si bien casi siempre la antigüedad del diestro ha prevalecido en la distribución de puestos, hasta hace poco relativamente, en las plazas principales, las empresas al organizar una corrida tenían en cuenta la categoría del espada que había de figurar como primero y director de lidia, por lo que estaba justificado que sobre este recayera una obligación mayor. Pero las cosas han variado, y así como al presente en

vista de esa variación, cada matador es director de lidia en el toro que le corresponde, por lo menos en la práctica, o asume la general el de más prestigio y renombre, figure en el puesto que figure, encuentro que estaría muy puesto en razón que en caso de dejarse un espada más de un toro por matar, se los repartieran equitativamente los otros dos, si es de tres matadores la corrida, si es de cuatro los dos primeros, y si en este caso dos caen heridos, entre los dos que quedan, alternando como buenos compañeros.

En contra de esto sólo existe la costumbre; pero es que la costumbre se estableció cuando tenía razón de ser y hoy no la tiene. También espero que de esto se darán cuenta los toreros y los aficionados tarde o temprano... Soy optimista, no lo puedo remediar.

Y como de momento no se le ocurren a mi espíritu renovador más iniciativas, prosigo mi relato en el que así como voy adelantando me parece más cada vez que le estoy dando la *lata* al lector, si es que lo hay que se la deje dar y su bonachonería le permite ir pasando páginas y más páginas en las que ni él encontrará lo que espera ni yo probablemente habré dicho lo que pensaba decir, con lo que el resultado será una doble equivocación.

Pero no adelantemos los acontecimientos y regresemos al caballo.

De los cientos, acaso de los miles de caballos, cuya desdicha he lamentado en mi larga vida de aficionado, ninguno me ha conmovido tanto, como un pobre jamelgo que conocí en un cortijo sevillano, en el de mi estimado amigo D. Félix Moreno Ardanuy, el famoso ganadero poseedor de la vacada de Saltillo. Allí, en la Vega de Peñaflor, en un día primaveral, el pobre ca-

ballejo, gozando de una libertad de que apenas si sus piernas le permitían hacer uso, pastaba tranquilamente la nueva hierba que teñía la campiña de verde claro tan alegre a los ojos, y la compartía con la manada de reses bravas que se extendía por el ancho prado.

Si los caballos piensan, yo no lo sé, aquel animal viejo y escuálido, molido a palos y derrengado por las cargas, seguramente debía decirse que los hombres no eran tan malos como él supusiera, y que si de él habían sacado todo el provecho que podía dar, al fin reconocidos a su laboriosa cooperación, le concedían aquel dulce retiro, en la tierra más dulce de España, y en la vega más risueña de esa tierra...

Si los caballos piensan y eso pensaba aquel triste caballejo ¡cuál no sería su enorme desilusión respecto a la bondad de los hombres, el día en que bajo el peso de un fornido vaquero, se viera herido y maltrecho por los bravos saltillos que en sus carnes probaran su bravura y codicia! Porque, aquel desventurado jamelgo estaba destinado a servir de montura al tentador y con ese objeto lo había adquirido don Félix...

Indudablemente el hombre no se porta bien con los caballos; pero es que el hombre no se porta bien con ningún animal y sólo desde un punto de vista utilitario los atiende. ¿Pero se porta mejor con el hombre mismo? ¿No rige, de uno para otro, la ley de la conveniencia, de la utilidad igualmente?... Es una tristeza que seamos así; pero el reconocerlo no nos hace mejores. Nuestra manera de ser no depende de nosotros mismos; la civilización, puede lograr de nosotros hacernos más sensibles, pero esa sensibilidad en nada afecta a lo fundamental de nuestra naturaleza que no es bárbara ni cruel, como nos «lisonjamos» en llamarla, sino simplemente «naturaleza», y por lo mismo, por encima de la crueldad y de la barbarie, es decir, por encima del Bien y del Mal.

Una sola vez, y contra todo mi voluntad, he presenciado lo que por una de esas atroces ironías del lenguaje se llama la «cura de los caballos» en las plazas de los toros. No quiero recordar lo que vi, pero muchas veces he pensado que si los enemigos de la fiesta «filmaban» semejantes operaciones conseguirían mucho más con la exhibición de esos horrores que con todos los discursos, folletos y artículos con que pierden el tiempo.

Y como algo extraordinario, desconcertante para mí, he considerado siempre a esos hombres que, capaces de los mayores horrores con un infeliz caballo, una vez terminada su bárbara misión, se comportan en la vida como el resto de los humanos, hablan, piensan, sienten afectos, son respetuosos, cumplen sus deberes... ¿Es posible, que sólo por el hábito se haga lo que ellos hacen, sin la menor repugnancia, hasta con cierto placer profesional? Y no es más que el hábito, un hábito que embota su sensibilidad momentáneamente, mientras están en funciones, y luego recobra todo su vigor, hasta el punto de que yo he visto desmayarse a un mozo de cuadra al presenciar la cogida de un torero...

Esto sería la mejor demostración de que el hábito en el hombre dista mucho de influir tan hondamente en su alma como algunos psicólogos simplistas afirman. El hábito que tiene una gran influencia en nuestra vida cotidiana, que determina innumerables actos nuestros, toma un cierto carácter instintivo, que lo distingue en parte de las acciones racionales; de ahí que un hombre proceda de tan distinto modo cuando se trata de lo que «hace por oficio» y de lo que «hace por inclinación o gusto».

De mí sé decir que yo que presencio todo lo que de sangriento y cruel tiene una corrida de toros sin que me cause gran impresión ni la muerte del caballo, ni la del toro, ni la cogida del torero, en el momento

de ser cogido, no he podido jamás ver matar a ningún animal, aunque se trate de una cucaracha...

Indudablemente hay mucha literatura y muy poca observación directa, en todo lo que se ha escrito respecto a la influencia de los toros en nuestras costumbres. En los ciento cincuenta años, aproximadamente, que tienen de existencia las corridas como espectáculo público en la forma actual, yo no conozco más homicidios cometidos en las plazas que el que costó la vida en Soria al pobre *Nacional II*... Es posible que haya ocurrido algún otro, pero no lo recuerdo ahora.

Y si se tiene en cuenta hasta qué punto se exaltan las pasiones en los tendidos, el consumo de alcohol que en algunos pueblos se hace, las libertades de lenguaje y la mescolanza de clases y educaciones, se habrá de convenir en que ni el ser «aficionado» ni la vista de la sangre, influyen tanto, como se ha dado en decir, en los públicos toreros.

Verdad es, que si todos los que combaten a nuestra fiesta, tuvieran que estudiarla, documentarse, etc., les sería imposible utilizar ese importante filón de tópicos y clisés que dan el trabajo hecho, y por lo tanto ya resultaría hablar mal de los toros un trabajo que la mayoría de los impugnadores no estarían en condiciones de hacer. ¡Y, adiós artículos de actualidad!

En los días que escribo esto un toro ha matado al pobre Manuel Baez *Litri*, en Málaga (1), y con ese motivo, naturalmente, los cronistas han aprovechado la oportunidad de decir las cosas más sensacionales, más europeas, y más civilizadas de su repertorio.

Por ejemplo, en *La Vanguardia*, de Barcelona, periódico antitaurino desde que hace muchos años se encar-

(1) / 11 febrero de 1925.

gó de su dirección don Modesto Sánchez Ortiz, que salió de *El Correo*, de Madrid, dirigido entonces por el tauróforo Maestro Ferreras, para venir a Barcelona, en esa *Vanguardia*, el admirable don José Escofet, publicó un artículo hablando de la muerte de *Litri*.

He llamado admirable al señor Escofet, porque en realidad pertenece al número de los escritores que yo admiro, y si algo faltaba para aumentar esa admiración mía, el artículo o crónica o lo que sea a que aludo ha venido a saturarme de admiración, porque, que un señor que escribe esas cosas, tenga categoría de buen escritor, sea un cuarto de director de *La Vanguardia* (hay cuatro directores en ese periódico) y colabore en otros grandes periódicos ¿no resulta admirable?

El señor Escofet, con una ironía, con un humorismo muy propios de su talento, decía que a ese pobre torero muerto, los aficionados le gritarían: «¡arrímate!» «¡muéstrate valiente!», «¡no tengas miedo!» aunque empleando otro vocabulario, y de ahí deduce ese pensador más profundo que una estación del Metro, y de miras más elevadas que la bola de los Almacenes Damians, que la barbarie, la brutalidad, la crueldad, de los espectadores es la que conduce al torero a la muerte. Sabido es que esos espectadores u otros, presenciando un «match» de boxeo, un partido de fútbol, unas carreras de caballos, en fin, cualquier espectáculo europeo y civilizado, las ovaciones las reservan para quien rehuye el combate, muestra prudencia y evita el riesgo, por medio de la fuga... En los toros es al contrario; y es porque somos muy bárbaros los que vamos a los toros.

Si sólo han de decir esto ¿no sería preferible que se callaran?

¿Y los que afirman que no se conmueven por la muerte del torero porque expone su vida por divertir a las gentes?

¿Por qué la exponen los acróbatas del circo, los del

aire, los que «filman» determinadas películas, los funámbulos, los domadores de fieras, etc., etc.?

Pero otra vez me doy cuenta, de que también se ha dicho ya algo de esto, y no es cosa de incurrir en las mismas vulgaridades que censuro. Sobre todo, que yo no me propongo aquí defender las corridas. Me gustan, voy a ellas, me parecen un espectáculo sin igual; pero líbreme Dios! de sacar las cosas de quicio, arrastrado por mi entusiasmo. Lo único que sostengo es que por gustarme los toros no me tengo por más bárbaro que aquellos que abominan de ellos. Allá, allá nos vamos unos y otros, y no por suprimir las corridas habremos adelantado gran cosa en el camino de la civilización.

Pero volvamos a Sánchez de Neira, o mejor aún, volvamos a Carmena y Millán del que nos hemos apartado desconsideradamente. Verdad es que cronológicamente, en esta *investigación del tiempo perdido*, antes que de Carmena he debido de hablar de otros amigos míos, con anterioridad, entre ellos don Pedro Núñez Samper, propietario de *El Toreo*, y editor de mi primer libro, *El primer torero, Lagartijo*. Mas como en estas evocaciones deliberadamente quiero seguir el orden del desorden, vuelvo a dejar tranquilo a Carmena, y retrocedo al año 1887, que fué de mi conocimiento con Núñez Samper.

Tenía éste entonces la imprenta en la calle de la Palma Alta y allí la redacción de *El Toreo*, semanario del que ya he dicho que fuí corresponsal en Alicante desde 1882, o si no lo he dicho lo digo ahora.

Al ir a vivir a Madrid en 1887, una de mis primeras visitas fué para don Pedro, a quien esta vez, como todas las veces después, encontré, siempre, acom-

pañado de don Antonio Ibáñez, excelente aficionado murciano que ayudaba al señor Núñez Samper a redactar *El Toreo*. Yo no sé si fué en *El Toreo*, o en otra parte, donde conocí también a don Leopoldo Vázquez. Lo que sí recuerdo es que apenas hecha la presentación tiró de libreta, una libretita de tamaño 16.º, y procedió en seguida a tomarme la filiación: nombre, apellidos, fecha de nacimiento, etc.

Don Leopoldo era un hombre muy simpático. Pequeño, nervioso, activo, inquieto, gran trabajador. Carecía de dotes literarias, pero las suplía en sus escritos taurómicos con una intrepidez, que le hacía acometer todos los trabajos de investigación y recopilación con el mayor entusiasmo. Sus libros, curiosos y de vulgarización, han contribuído sin duda a «ilustrar» a los aficionados respecto a historia y técnica, y aunque sólo sea por eso hay que declarar meritoria su labor.

De mi amistad con don Pedro, surgió la publicación en su casa de *El primer torero, Lagartijo*, en condiciones tales que aun hoy, al cabo de 39 años, no sé en cuáles fueron. Ni me costó un céntimo ni lo he visto tampoco, ni de eso hemos hablado jamás mi primer editor y yo, al que ví por última vez el año 1899 en una calle cerca de la de Segovia donde había trasladado la imprenta desde la del Espíritu Santo, segundo domicilio que le conocí. También esta última vez estaba con él don Antonio Ibáñez, el cual creo que entonces hacía las revistas de «El Toreo» firmadas, como empezara a hacerlo don Emilio Sánchez Pastor al fundarse el periódico, con el pseudónimo de *Paco Medialuna* que ha sido el constante hasta estos últimos años.

El Toreo era en aquella época *caranchista*, y *El tío Jindama, gallista*, y por ahí anda un libro de el *Tío Pepe*, titulado *Ensalada Taurina*, publicado en 1881, en el que se pueden documentar los que suponen que eso de la parcialidad interesada es cosa

de nuestros días. Como el *Tío Pepe* era *gallista*, no deja en su libro en muy buen lugar a los de *El Toreo*, y, naturalmente, a *Carancha* tampoco.

Como sólo quiero hablar de mi época no es de este lugar decir que el año 1868, publicaba Garisuain Blanco, *El Mengue*, periódico que al decir de sus contrarios de aquella época subvencionaba el *Tato* contra el *Gordito*, y hasta según parece era el *Cuco* banderillero del *Tato* quien asesoraba a Garisuain Blanco en sus revistas. De todos modos hay que convenir que si esto es exacto, el notable periodista y el habilísimo banderillero supieron disimular admirablemente sus tendencias, y a quien de esas hablillas no esté enterado, *El Mengue* ha de parecerle un modelo de periódicos imparciales, rectos y sensatos, y en el que, descontadas algunas preocupaciones y prejuicios de aquel momento taurómico, hay mucho que aprender seguramente, tanto en lo que se refiere a la técnica de entonces, como al mérito de los lidiadores de la época.

Mi inquietud, el no hallarme a gusto sino donde no me hallaba, dió al traste con algunos propósitos literarios que con don Pedro había formado. Afortunadamente, el continuo ajeteo de Madrid a mi pueblo y de mi pueblo a Madrid, me impidió llevar a cabo cierta novela torera que desde entonces se encuentra *rechazada* (1) en la subconsciencia y que únicamente por un milagro de Dios no ha degenerado en *neurosis*.

(1) El lector ilustrado conoce la teoría de Freud sobre los pensamientos rechazados. A eso aludo.

Sin embargo, confesaré sinceramente que, desde entonces a ahora, en más de una ocasión se me ha ocurrido liberar esa mala idea de las prisiones del subconsciente, y para ello me parecían argumentos muy sólidos la afición mía a escribir novelas y a las cosas de toros; pero con igual sinceridad he de confesar que me ha parecido siempre obra de dificultades insuperables esa novela que se sigue diciendo que está por hacer y que yo creo que no se hará nunca, quizás debido al procedimiento que los que lo pretenden han supuesto que debían emplear.

El torero, es para el vulgo y todos somos vulgo para representárnoslo, algo que la imaginación ha creado, con ayuda de leyendas, de tradiciones, de anécdotas; acercarse al torero real basta para que esa concepción ideal desaparezca, pues ni uno sólo da el tipo exacto ni siquiera aproximado a él, y mucho menos el torero actual que es un señor particular que torea, y cuya psicología por lo tanto en nada se diferencia de la de la generalidad de los ciudadanos con quienes se codea en su vida ordinaria y hacen profesión de lo que no lo es.

Desaparecido Joselito, que indudablemente fué el último torero de estirpe, de raza, al que no es posible concebir sino torero, el tipo se ha perdido en la realidad y sólo perdura en nuestra imaginación. Debido a eso, cuanto más se aproxime el novelista a él, cuanto más intente documentarse, cuanto mayor sea su labor de observación, más se alejará del torero, menos valor artístico tendrá su obra.

Por referencias, por anécdotas, creemos conocer a fondo la vida y la psicología de Montes, *Cúchares*, del *Chiclanero*, de *Lagartijo*, de *Frascuclò* y en todos ellos vemos representados el torero, precisamente porque no conocemos otra cosa de ellos que la anécdota; si en el tiempo en que vivieron, un novelista afectado del mal de documentación hubiera se-

guido paso a paso a uno de esos mismos toreros típicos, habría conseguido únicamente hacerlo descender a la categoría de un hombre vulgar sin interés novelístico ninguno, y para realzarlo de nuevo, se hubiera visto obligado a desviarse de sus concienzudas observaciones, acabando por donde debía haber empezado, esto es: por hacer obra de imaginación. Esto es lo que ha ocurrido generalmente: se ha hecho obra de imaginación, pero de demasiada imaginación la mayoría de las veces, y en todo exceso hay graves inconvenientes.

Dejando a un lado las novelas folletinescas como *Toros y cañas*, de Fernández y González Pepehillo, de Julio Nombela, etc., recuerdo ahora *Luis Martínez, el Espada*, de López Bago, historia anecdótica de Luis Mazzantini, en la que hay algo interesante, no referente al torero, sino a Mazzantini; Héctor Abreu, en sus novelas *el Niño bonito* y *El espada*, ofrece cuadros que para el lector aficionado tienen cierto valor; Arturo Reyes en *Cartucherita*, parece más bien sugestionado por *El corazón de un torero*, de Teófilo Gautier, que por la observación directa; *Un buscador de oro*, de Guillén Sotelo, nada tiene que ver con el torero, es la novela de un señorito que se mete a torero y que lo mismo hubiera podido dedicarse a pugilista; de *Sangre y Arena*, de Blasco Ibáñez, está dicho todo y no he de insistir en recalcar que se trata de un libro inconsistente y de ningún valor artístico ni literario; Parmeno en *Las Águilas*, acaso haya hecho lo más serio y mejor de toda la literatura novelística taurómaca, sin pretender hacer la novela del toreo. Su protagonista es el torero moderno; el ambiente es el propio, la psicología de los personajes que ante el lector desfilan es la exacta y hasta el final de aquel pobre lidiador, que queda invalidado apenas triunfa, me parece tan humano que doy de barato el que no tenga ni un vago precedente en la realidad.

Para mi gusto *Las Águilas* es un libro honrado y notabilísimo, muy superior a cuanto hasta hoy se ha escrito sobre el torero.

Menos que medianas me parecen *Oro, seda, sangre y sol*, y *Toreros de invierno*, de Hoyos y Vinent, el cual titula sus bocetos las «Novelas del Toreo». Si; el toreo visto desde un punto en que «el toreo» es lo de menos.

Otro señor, el señor Guardiola, ha escrito también su correspondiente novela dedicada al toreo, pero esta vez se trata de una obra de tesis, y con una originalidad que hace de ella realmente un hallazgo, pone de relieve la irritante diferencia con que el público, la gente, trata a un torero que logra la fama y a un escritor que no la logra, para sacar la consecuencia, y es otro rasgo original, de que en España se tiene en más estimación a los buenos toreros que a los malos escritores. Naturalmente, el señor Guardiola cree a pies juntillas que no hay más que decidirse para ser un Joselito, un Belmonte, un *Chicuelo* o un Lalanda, y apalearse en seguida los millones, y que por lo tanto todos los que se visten de torero son millonarios.

No recuerdo ahora, y no es cosa de releer *¡Eh, a la plaza!*, si también se declara partidario el señor Guardiola del derribo de todas las plazas de toros de España y de la construcción en sus solares de escuelas, porque por lo visto para esos señores lo único que falta para construir escuelas en España son solares. No cabe duda que sería un gran bien para nosotros los españoles que eso ocurriera, pero falta saber si los «aficionados» se conformarían con pasar las tardes de los días de fiesta en las escuelas y si se trasladarían de una a otra población en las ferias, si se les anunciara en vez de dos, tres o cuatro corridas de toros, un número igual de sesiones escola-

res, aunque fueran alternadas con la lectura de capítulos de novelas de señor Guardiola.

De *El Mantón de Manila*, del señor Maestre, no hay nada que decir.

No hablo de *El espada Montes*, de Franck Harris y *Los semidioses*, de Batalla, porque no son sus autores españoles (1).

Pero me queda algo que agregar de *Currito de la Cruz*, de Pérez Lugín, para el aficionado a los toros la mejor observada, la más bien documentada en lo que al toreo por dentro se refiere, pero para el lector desinteresado de la cuestión torera un verdadero novelón, en el que, sobre todo el protagonista, es una pobre creación sin sangre, ni huesos, ni alma, ni nada. Un maniquí, un autómatas, que el autor maneja a su antojo y según sus necesidades de momento para que le sirva de pretexto a episodios, muy «taurinos», pero nada más. Ni Currito de la Cruz es un hombre, ni puede encarnarse en él el tipo del torero, ni nada de lo que le pasa tiene razón de ser ni por lo tanto justificación. En «Currito de la Cruz», ha reunido el autor diversos toreros, con diferentes temperamentos, con distintas mentalidades, y de ahí que resulte esa figura que a fuerza de ser tantas cosas es una verdadera desdicha de hombre, un monigote, un pulchinela, tan falso, tan contrahecho, como la jovencita

(1) Cuando esto se escribe Hery de Montherland, el joven maestro francés, publica en «Le Journal», de París, «Les Bestiaires», de la que sólo conozco algunos folletines, en los que revela que la observación es directa y un conocimiento del toreo y de España, a que no siempre nos tienen acostumbrados los franceses. Verdad es que Montherland tiene sangre española, ha gustado siempre de los toros, y hasta ha toreado; y como además se trata de un novelista de verdadero talento, nada tiene de particular que acierte en «Los Bestiarios», como en otros libros ha acertado.

que acaba en mujer suya, aquella pobrecita Rocío, que se enamora como una tontuela del torerito que los enemigos de su padre elevan para combatirle, faltando a toda lógica y a toda verosimilitud, desde el primer día que se aproxima a él y lleva su falta de seso hasta dejarse raptar, ella tan avispada, tan lista, criada tan bien, educada con tanto esmero... Pero el autor necesitaba que eso pasara, para que luego pasaran otras cosas, olvidando que cuando el novelista crea un personaje, vive y procede éste autónomamente, y no puede obligarle a que haga lo que no debe hacer, con arreglo a una lógica que en la vida real puede fallar, pero no en la obra de arte, si ésta ha de ser tal. Ni la hija de Carmona, el famoso torero, puede enamorarse de Romerita, el presunto rival de su padre, ni Romerita, después de raptarla puede abandonarla en México, tranquilamente, ni más tarde Currito de la Cruz, puede aceptar por esposa a la mujer raptada y abandonada por Romerita, si no es con desprecio absoluto de todo lo que precisamente trata de pintar el autor: el ambiente andaluz, o para mejor decirlo, el ambiente torero andaluz, el carácter del torero, todo orgullo y jactancia, que están reñidos con el proceder del padre, que acepta los hechos consumados con una soberbia que tiene mucho de egoísmo, y con la bonachona e indulgente filosofía de Currito que es a todas luces demasiado filosofía para un hombre de su mentalidad. Es decir, de la mentalidad que habría que suponérsele, porque el infeliz no tiene ninguna.

¿Y qué decir de Romerita?

Tan falso el tipo como el de Currito, sin que por la más tenue raíz se afinque en el campo de la tradición torera; ni el caso de su exaltación tiene el menor antecedente en la historia de la tauromaquia, ni el hombre es admisible en el medio en que *Don Pío* pretende desenvolverlo.

Para que se vea su inverosimilitud no tiene el lector más que pensar a quién le recuerda ese Romerita, y cómo con Currito ocurre, habrá de convenir en que ni uno ni otro le recuerdan a nadie.

No es que yo crea que la novela del toreo ha de ser precisamente una novela de clave; pero si se nos presentan dos toreros que se quiere que sean representativos, y ni uno ni otro nos sugieren un recuerdo, aunque sea un lejano parecido, una leve remembranza con los que han conseguido interesarnos, será preciso reconocer que los tipos que como representativos se nos ofrecen no responden a los deseos del autor, y más bien hay que suponerles un valor muy secundario en la obra de ficción de la que se reducen a ser un pretexto para que la acción se desarrolle a gozo y capricho del novelador.

En cambio, los personajes episódicos están en general bien observados.

Si ese mismo libro, prescindiendo de la unidad, de la continuidad que el autor le ha dado con la intención de hacer una novela, fuese algo así como las *Escenas de la vida bohemia*, de Murger, o aun como *La Europa galante*, de Morand, o como el mismo Montherland ha escrito su libro del football: «Le paradis a l'ombre de les épées», una sucesión de cuadros de la vida torea, pero sin la trabazón de la fábula, que es mala, que es ridículamente sentimental, acaso constituiría una obra en que las grandes cualidades de cronista informador de Pérez Lugín se hubieran destacado muchísimo mejor. Yo creo que en película ha de estar eso muy bien; como novela, la verdad, no puede estar peor.

En total, y para interrumpir una revisión de valores que a nada me conduciría, si hace cerca de cuarenta años la novela del toreo me parecía ardua empresa, hoy, después de haber visto cómo han fracasado el talento, la buena voluntad, las mejores intenciones, la técnica, el conocimiento del ambiente, claro que ha de

parecémelo más; y *rechazada* en el subconsciente queda la idea, con prohibición expresa de moverse de allí. Escribir una novela en la que un torero intervenga y hasta sea él el personaje central, está al alcance de cualquier novelista, ciertamente; hacer la novela del toreo, es cosa tan difícil que, si algún día se hace, probablemente será sin que su autor se lo haya propuesto. Por lo demás, ¿quién ha escrito la novela del cómico? Del de la legua, en tiempos lejanos, podría decirse que Agustín de Rojas, en España, con su *Viaje entretenido*, y Scarrón, en Francia, con su *Roman comique*; pero ni esos, ni los cientos de volúmenes que tratan de la vida de entre bastidores, son en realidad la novela del cómico sino más bien las novelas de determinados cómicos, cómicas sobre todo, por la sola razón de que el tipo simbólico, lo mismo de los actores que de los toreros, no está al alcance de cualquier escritor crearlo, y mientras no aparezca ese tipo la verdadera novela no aparecerá. Y vuelvo al punto de partida: la peor manera de hallar, de ver, de concebir ese tipo, es la de perseguirlo con saña documental: no es por ahí. Sentir el toreo, sentir el torero, vivir desinteresadamente un año y otro esa vida, impregnarse de ese ambiente y dejar que en la subconciencia se elabore el tipo, sería tal vez el mejor procedimiento, para el novelista con verdadero talento de tal...

Y queda otra cosa por intentar. De ciertos toreros cabría relatar su vida en esa forma novelesca empleada por André Maurois para darnos la vida de Shelley en su libro *Ariel*, y que tantos imitadores ha tenido en seguida. «Los hechos son verdad—dice Maurois—y no me he permitido atribuir una frase ni un pensamiento que no se hallen indicados en las memorias de sus amigos, en sus cartas, en sus poemas; pero me he esforzado en ordenar esos elementos verdaderos de manera que produzcan la impresión de descu-

brimiento progresivo, de crecimiento natural que parece la propia novela.» De la misma índole es la *Vida de Franz Liszt*, de Guy de Pourtalés, que acaba de publicarse, y algunos otros realmente interesantes.

¿Qué duda cabe que ateniéndose a esa fórmula se podrían hacer libros curiosísimos sobre nuestros toberos?

Pero como no se escriben estas páginas con fines docentes, vuelvo a don Pedro Núñez y al año 1887 en que nos encontrábamos antes de todas estas divagaciones.

La última corrida que yo vi ese año fué la de «El gran Pensamiento», celebrada el día 13 de noviembre, en la que el toro *Peluquero*, de don Antonio Hernández, le dió una cornada gravísima a Salvador Sánchez, *Frascuero*, y el toro *Curtido*, de don Agustín Solís, echó por el aire, a una altura considerable, a Rafael Sánchez, *Bebé*.

De la cogida de *Frascuero*, no he de hablar, puesto que consignada ha quedado en la historia; pero sí de que a ese toro que se la infirió lo toreó, Salvador, de muleta como yo no recuerdo haberle visto torear ningún otro, lo cual no es decir que no haya toreado mejor nunca. Y menciono esto, yo, lagartigista acérrimo, porque entonces como ahora, no he tenido nunca la suerte de que me cegara la pasión, y así como en ese día me quedó grabada la faena de *Frascuero*, lo cual no significa que ahora me acuerde qué hizo el diestro, pues no llega a tanto mi memoria y aunque ella tratara de recordarlo yo no la creería; así como ese día me pareció muy bien Salvador, años después, siendo *gallista*, he aplaudido con entusiasmo a *Bombita*, y más tarde aún yo que he considerado el mejor de

los mejores a JOSELITO, no una, sino muchas veces, he dicho que Belmonte era un artista maravilloso, cuando decirlo los joselistas era un pecado. Y lo que son las cosas: de estas *herejías* estoy muy satisfecho.

He hablado antes del toro *Curtido*, de don Agustín Solís, y quiero referir, aunque la cosa no tiene mucha importancia, que este animalito al salir a la plaza, se fué a uno de los picadores de tanda, y cuando todos suponíamos que iba a tomar un puyazo, se limitó a detenerse ante el caballo sin arrancar y lo mismo hizo al enfrentarse con el otro caballo. Los dos jamelgos eran castaños; pero cuando ya se daba a *Curtido* por manso, desconozco por qué razón apareció en el ruedo otro caballo que no era castaño, y a éste ya no le respetó el de Solís, y me parece recordar que ya después se portó como bueno.

Al año siguiente, en Alicante, con motivo de una corrida del ganadero extremeño, que mataron por cierto Mazzantini y *Guerrita*, conocí a don Agustín y me hice muy amigo de él, y contándole lo ocurrido en Madrid me explicó que aquel toro había hecho el camino desde la dehesa a la plaza detrás de un caballo castaño y que en las ventas donde se detenían se había acostumbrado a buscar en las alforjas del tal caballo el grano que allí llevaban para pienso suyo.

Estaba justificado, pues, el afecto de *Curtido* a los caballos castaños, proveedores y depenseros de toros trashumantes.

Y puesto a recordar, no quiero dejar en el tintero una ridiculez cometida por mí durante esa corrida de Alicante, que presencié en el mismo palco que el ganadero. Me parece que fué el cuarto, *Jardinero*, muy bravo y muy noble, con el que Luis y Rafael hicieron diabluras en quites, torearon al alimón y mató *Guerrita* superiormente tras una gran faena. El público, lleno de entusiasmo, descubrió a don Agustín y lo ovacionó largamente. El buen señor, emocionado y satis-

fecho, se levantó y saludó... ¡y yo también! Cuando me di cuenta, de aquello que yo seguramente me creí obligado a hacer por cortesía, pero que en seguida comprendí que era excesiva demostración de mi buena crianza, tan desairado me pareció continuar de pie con el sombrero en la mano como sentarme corrido, y como los derrumbamientos de plazas nunca ocurren cuando son necesarios, la de Alicante se mantuvo firme, y lo único que puedo decir en este momento es que por fortuna no sé cómo terminó aquello, ni lo que dije ni hice luego... Me veo de pie en el palco de don Agustín, saludando como él y ya todo lo demás se ha borrado en absoluto de mi recuerdo.

Por aquella época había en Alicante mucha afición, y existían media docena de escritores taurómacos muy inteligentes, todos ellos excelentes amigos míos: Perico F6, que tenía verdadero ingenio; Antonio Lozano (o'Lanzo), Pepe Bañuls, que abandonaba la fusta para coger la pluma o viceversa, (era cochero); Pascualito Orozco, y no sé si me olvido de alguno más. Casi todos han muerto ya, si no es que han muerto todos.

En Alicante vi torear a *Frascuero* por última vez y allí le había visto por primera. Del último toro que mató en dicha plaza, *Carabino*, de don Vicente Martínez, quise conservar la cabeza y la hice cortar.

Con Salvador alternaba esa tarde (30 de junio de 1889) José Sánchez del Campo y me parece que Juan Ruíz (Lagartija).

Carancha era muy amigo mío, y ambos parábamos en el hotel de la Marina. Allí me llevaron la cabeza de *Carabino*, para reexpedirla a Madrid donde Severini la disecó, y también por un exceso de cortesía, me creí obligado a decirle a Carancha que era aquella la cabeza del quinto toro matado por él y del que le dieron la oreja. Lo más notable es que el excelente torero, después de examinarla lo creyó a pies juntillas, y por si alguna duda le quedaba, al fijarse en

la oreja, que el pobre animal tenía también cortada... cuando lo señalaron, si es que los señalaban por aquella época, o por otra causa, acabó por confirmarse en su creencia y me agradeció mucho mi entusiasmo. Currinche, entonces puntillero de su cuadrilla, acondicionó el despojo, con abundante hielo, para el viaje, y no pasó más.

Tres semanas más tarde nos encontrábamos de nuevo José y yo en Valencia y también alojados en el mismo hotel, el de Oriente, que aun continuaba en la calle de las Barcas, donde paraba asimismo *Guerrita*, que con *Lagartijo* formaban el cartel de feria.

Rafael se hospedaba en el hotel Villarrasa, en la plaza de las Comedias, y allí fui a verlo y almorcé con él, porque los toreros entonces almorzaban los días de corrida. Cuando estábamos en los postres se presentó el fabricante de estoques de que se surtía el gran cordobés, y después de probar el temple de algunos apoyando la punta en el montante de una puerta, escogió los que le pareció. Se me ocurrió al momento una bonita idea, y le dije:

—Rafael, elija usted uno más y lo compraré yo para que mate usted con él un toro esta tarde y lo conserve yo luego.

—Elíjalo usted mismo—me contestó él.

—Yo no he de matar a nadie con él...

—Bueno, lo elegiré yo—; convino al fin.

Y con efecto apartó un estoque más.

Dije al constructor que me lo llevase al hotel Oriente y allí me fui yo alborozado con la adquisición; y tan pronto como llegué me dirigí al cuarto de Carancha, que se estaba vistiendo para torear por cierto, en presencia de varios amigos, entre ellos don José Abades Negrini, periodista a la sazón y hoy alto empleado de la Trasatlántica, y sin poderme contener le dije:

—José, he comprado un estoque para que mate con él esta tarde un toro Lagartijo, y llevármelo luego.

—¿Y cómo ha sido eso?—me preguntó Carancha.

Le expliqué lo ocurrido.

—Hombre, Lagartijo no ha debido consentir que usted se gaste dinero en una espada, ni usted debe gastárselo.

—Pero es que...—quise yo aclarar.

—No... No está bien ni para usted ni para él.

—De todos modos..., como ya me he comprometido van a traerme el estoque aquí...

—Ese estoque va a ser para mí... yo lo compro; y a usted le voy a regalar yo otro y una muleta que le enviaré tan pronto como llegue a Sevilla.

A José le pareció que así quedaban las cosas perfectamente arregladas, pero a mí el arreglo se me antojaba muy mediano, porque lo que yo quería era una espada que hubiese empleado Rafael; pero... ¿cómo desairar a *Carancha*?... Pasé por lo que él quiso y me quedé sin el estoque de *Lagartijo* y sin el suyo, que cuando me envió a Alicante con su picador José Pérez, el *Sastre*, estaba yo en Madrid, y luego cuando lo envió a Madrid... estaba yo en Buenos Aires.

En mayo de 1890 nos encontramos de nuevo *Carancha* y yo en París, cuando él toreaba en la plaza de la rue Pergolesse, y quedó el hombre muy sorprendido al enterarse de que aun no habían llegado a mis manos los trastos de matar que un año antes tuvo él intención de entregarme. Por eso no he llegado yo nunca a tomar la alternativa.

Mi amistad con el notable torero algecireño, me valió la del no menos notable matador de toros don Antonio Gil, *don Gil*, que por esa época le apoderaba y con ese

motivo vino a verme varias veces durante el invierno 1889-90 en que yo publicaba *El Látigo*, porque los toreros antiguos también gustaban de que los periodiquitos los jaleasen y los apoderados de antes se ocupaban de eso lo mismo que los de ahora.

Cuando yo lo conocí era «don Gil», un viejecito muy simpático, muy correcto, de trato agradabilísimo, y yo pasaba muy buenos ratos oyéndole hablar de las cosas de su tiempo, que, inaturalmente! había sido un tiempo mucho mejor, en el que los toros eran toros y los toreros toreros. Don Antonio había conocido a *Paquiuro*, a *Cúchares*, al *Chiclano*, y no hay que decir lo que era un hombre que se había codeado con esas tres coletas, para mí, que había tenido que contentarme con admirar a *Lagartijo* y *Frascuélo*... y para colmo de males había de cifrar mis esperanzas en un *Guerrita*, en un *Espartero*, en un *Mazzantini*... ¡Cómo había degenerado la fiesta de toros!

Comentándolo y reflexionando sobre ello, es muy probable que «Don Gil» y yo suspiráramos; pero no puedo afirmarlo.

Usaba don Antonio un bastón no muy recio, pero sí muy pesado, con alma de hierro, y que conservaba aún de los tiempos en que era torero, y me explicaba que el peso era conveniente para «hacer muñeca», cosa muy útil para un matador de toros.

—«Con este bastón—me aseguró—he «recibido» yo todos los árboles del Retiro.»

Dijo así, pero yo que toda la vida he sido un buen técnico, en cosas de tauromaquia, pensé que probablemente lo que habría hecho era herirlos a volapié, porque en el estado de aplomados que suelen estar los árboles, aun los del Retiro, no creo que se pueda ejecutar con ellos la suerte de recibir desahogadamente.

Pero, en fin, así como yo entendí lo que don An-

tonio quería decirme, lo entenderá igualmente el lector.

Si estas páginas no fueran exclusivamente un inventario de recuerdos personalísimos, aquí sería ocasión de referir detalles de la vida de ese hombre todo energía y dignidad que fué «Don Gil», y con ello seguramente ganaría en amenidad mi libro; pero no es ese mi plan, y el lector podrá entretenerse o aburrirse, allá él, mas no he de abandonar ni torcer mi propósito, por esta vez, pues a decir verdad no escribo para él, escribo para mí y no he de jurarle que, unas veces con melancolía, otras con placer, revivo con verdadero interés unos años en los que me vuelvo a encontrar con todas las halagadoras taras de la juventud: imprevisor, inexperto, ingenuo entusiasta, confiado, lleno de fe en mi mismo y en mis destinos; en una palabra, rebosante de vida y repleto de esperanza.

Así, pues, no añadido una palabra respecto a don Antonio Gil, pero como al hablar de él me encuentro de nuevo en 1889, sin yo quererlo, regreso tras un rodeo de unos cuantos años a Carmena y esta vez, para no dejarlo, hasta acabar este primer período de mi vida de aficionado.

Hago girar casi todos mis recuerdos de esta época alrededor de la figura de Luis Carmena y Millán, por dos razones: la primera porque en realidad por él entré yo en relación con el mundillo taurino de aquel tiempo, y en segundo porque, indudablemente, él dió carácter a una etapa de la literatura tauromáquica sino la más brillante la más útil y eficaz para el aficionado. Su amor a la bibliografía despertó en él la afición a la búsqueda e investigación, y es evidente

que esa afición suya se comunicó a muchos escritores e hizo posible obras que señalan ese período de veinte años, del 80 al 900, como tal vez el más fecundo en libros interesantes y notables, especialmente sobre historia del toreo.

Por Carmena publicó Peña y Goñi, sus revistas en libro, con el título de *Cuernos*; y la gran biblioteca que aquél poseía facilitó a éste mucho el trabajo para su obra famosa *Lagartijo y Frascuelo y su tiempo*, y probablemente para *Guerrita*. El *Doctor Thebussem* escribió cosas curiosísimas de toros, estimulado por Carmena; *Los Toros y la Iglesia*, de D. Francisco R. de Unagón, es otra aportación que casi con seguridad se debe a la influencia suya también; lo que sobre historia publicó Pascual Millán, de la biblioteca de Carmena nació, y hasta me atrevería a asegurar que *La fiesta más nacional*, del conde de Las Navas, fué sugerida por el propio don Luis. El amor al dato y a la fecha, del *Bachiller González de Rivera* y de *Recortes*, en Carmena tuvieron su origen.

Hay en *La Lidia*, de Julián Palacios, unos cuantos años, en los que sin parecerlo y acaso sin pretenderlo, Carmena impone su gusto a determinados estudios, y gracias a eso el esclarecimiento de los puntos oscuros de la historia de la tauromaquia y de sus héroes gana muchísimo.

Y como en general los escritores que a esa labor se dedicaron eran tales escritores, con verdadero temperamento, bien se puede afirmar que ese período de veinte años a que antes me he referido es el más brillante de la literatura taurina.

He citado muchos nombres de esa época y no he de repetirlos, pero quiero hacer constar mi admiración no decaída, por Peña y Goñi, al que sigo colocando por encima de todos los que de toros han escrito. Frascuelista él, antilagartigista, mucho más en su libro *Guerrita* que en *Lagartijo, Frascuelo y su tiempo*, no

pude ni puedo estar conforme con sus ideas; pero para el escritor, lo repito, mi admiración no tiene límites. Un señor que dice siempre lo que quiere, que lo dice llana y correctamente, que se apodera del lector por la fuerza de su arte, por el dominio de la lengua, que maneja la ironía con la medida apetecida, la desenvoltura sin caer nunca en chocarrería, es algo extraordinario y para quien sabe lo difícil que es llegar a eso, ha de resultar admirable ciertamente.

Hoy mismo leo con gusto las cosas de Peña y Goñi, y aunque le parezca extraño al lector, no me ocurre lo mismo con Mariano de Cavia. *Sobaquillo* ha envejecido; fué demasiado actual, escribió exclusivamente para su tiempo, y además demasiado redicho, demasiado rehecho, su gracia indiscutible carece de espontaneidad, es demasiado literaria... Un exceso de purismo le priva de esa desenvoltura que es la más alta cualidad de Peña y Goñi. En una palabra: será lo que fuere, pero yo leo con más gusto el escritor vasco que el aragonés.

Y ahora una confesión. Si a pie juntillas y a puños cerrados creo que en la actualidad son mejores los toreros que los que yo conocí en mi juventud, no me ocurre lo mismo con los que escriben de ellos, de los toreros, y de los toros.

En eso, sí que me parece que hemos perdido.

No porque lo hagan hoy peor que antes en lo que a escribir se refiere, ni soy yo quién para dar diplomas; sino porque en general se escribe con menos preparación, por no decir con un desconocimiento absoluto de la materia.

Repetiré aquí lo que otras veces he dicho: Yo no creo que saber de toros sea una cosa importante y mucho menos necesaria; pero poner cátedra ignorando lo más elemental, lo encuentro de una intrepidez casi heroica. Se puede ser crítico entendido en tauromaquia sin haber leído a *Pepeillo* ni a Montes; pero

lo que no se puede hacer es hablar de Montes o *Pepeillo* sin conocer sus respectivas historias y sus respectivas épocas. La cultura tauromáquica corriente se basa, con contadas excepciones, en la anécdota, el cuento y el chascarrillo que se van trasladando de un héroe a otro así como se transmiten de una a otra generación, y de ese modo se da el caso de que el vulgo haya formado leyendas, a base de chascarrillos, que están en completo desacuerdo con la verdad histórica. De esas leyendas vulgares nace el concepto que de ciertos diestros tienen una gran mayoría de los escritores taurinos.

Hace treinta o cuarenta años, se hilaba más delgado. Por lo menos hilaban más delgado los primates de la literatura taurina, cosa que no hacen hoy los de igual categoría, muchos de los cuales, pues insistiré en que hay excepciones muy honrosas, por el hecho de hallarse encargados de la sección taurina de un periódico importante, de Madrid o provincias, se creen con derecho a saberlo todo por ciencia infusa, y de todo hablan con un aplomo y una seguridad admirables. ¡Lástima que no lo sea tanto lo que dicen!

Después de todo, el daño que resulta de esto no es muy grave, y puesto que a ellos, a su prestigio y fama, en nada les perjudica el procedimiento ¿qué necesidad tienen de documentarse si eso no les produce placer ni ha de aumentar sus beneficios?

Mas no tanto por censurar a los modernos, como por enaltecer a los antiguos he hecho la observación.

Es muy posible que los revisteros de ahora, mucho más en contacto que los de antes con el torero, por ser el torero moderno de más fácil trato que el de treinta años atrás, pues hoy anda todo el mundo confundido y no ocurría eso ayer, se hayan percatado de que nadie mejor que el profesional para enterar al profano de la técnica, y haciendo esto extensivo a otro orden de conocimientos, con lo que el torero les en-

seña se conforman. Desde luego, actualmente se ha adoptado casi todo el tecnicismo que los profesionales emplean, y se habla más en torero que antes, y hasta se juzga también más en torero, cosa que tiene su parte buena y su parte mala. Mi criterio particular ha sido siempre que para el lidiador hay cosas muy importantes que no lo son para el espectador, y como el crítico es un representante de éste y para éste realiza su labor, no ha de perder de vista que con criterio de espectador ha de emitir su juicio. Claro que me refiero a ciertos detalles de ejecución a los que el torero da suma importancia, desde el punto de vista del oficio y para el público no pueden tenerla, como no la tienen para el gastrónomo ciertos procedimientos de cochura de una carne si la carne le parece sabrosa, ni para el elegante ciertos detalles de costura si el traje le sienta bien, aunque otro cocinero u otro sastre, por esos procedimientos y detalles juzguen del mayor o menor mérito del guiso o del traje. Bueno es que el crítico conozca la técnica del toreo y aprecie las mayores o menores dificultades que ofrece un lance ejecutado en esta o en la otra forma, en este o en aquel terreno, a favor o en contra de querencia, etc., etc.; pero sin olvidar que el producir belleza es el fin de este arte, como el de todos, y por la belleza que resulta se ha de medir el mérito y no por los medios de alcanzarla, a no ser que esos medios sean lo verdaderamente bello, como en un acto ostensible de valor, o de maña o de inteligencia, para vencer una dificultad considerada casi insuperable.

De todos modos, sea por el mayor trato con los toreros, sea por la mayor frecuencia de las corridas, en el revistero de ahora hay más conocimiento práctico de la lidia, se han desechado muchos prejuicios, uno de ellos el de suponer que eso de torear era una ciencia exacta, sujeta a reglas invariables, que por hallarse

escritas se suponían infalibles. A fuerza de variar las reglas, de comprobar que los que «toreaban como no se podía torear» han sido los que han toreado mejor, la crítica hoy se ve libre de muchas preocupaciones de que adolescía la de antes; pero ha caído en otras, en las que más arriba señalo. Y es que el justo medio no se logra fácilmente (1).

Como acaso hable después de otro género de crítica, de la *simbólica*, de la *parabólica*, es decir, de esa pu-

(1) Ocurría en España hace cincuenta años, algo de lo que en Francia ocurre al presente. Hay en el país vecino media docena de escritores taurinos con mucha lectura, llenos de entusiasmo y buena fe, pero con escasa experiencia, que aceptan como el Evangelio lo que sobre técnica e historia del toreo se ha escrito y sienten la nostalgia de aquellos toros! de aquellos toreros! pintados por Velázquez y Sánchez, o Sánchez de Neira, como si realmente hubiesen presenciado sus hazañas. Partidarios del «toro cinquero», de la «mano izquierda» y del «torero macho», creen que propugnando esto cumplen en su tierra misión de apostolado... Hay que reconocer su ingenuidad y su buen deseo; pero ¿cómo no decirles que con sus campañas perjudican a la fiesta que pretenden defender?

Claro que, afortunadamente, no todos los aficionados franceses ni todos los revisteros son así, y quiero estampar en estas páginas el nombre de «D. Severo», M. Marcel Grand, revistero de «La Petite Gironde», de Burdeos, que además de una gran cultura tauromáquica, «sabe ver toros» y se halla exento de prejuicios librescos tan perniciosos como el desdén que otros sienten por todo lo que de los libros provenga.

Igualmente son muy interesantes las opiniones de escritores franceses no profesionales, y si bien es verdad que de vez en cuando desbarran, en general tienen una concepción de la fiesta quizás demasiado literaria, pero no por eso menos halagadora. El gran poeta Laurent Tailhade, con cuya amistad me honré, y el notable novelista Claudio Farrere, para no hablar más que de dos contemporáneos, han escrito cosas muy bien observadas sobre tauromaquia. A Montherland lo cito en otro lugar,

ramente «literaturesca» en la que lo de menos es lo que en el ruedo acontece, no he querido referirme ahora a esos revisteros. Todo lo dicho se relaciona con los que saben de toros y reseñan las corridas; los «cronistas» están excluidos de este ligero e intrascendente examen.

El Látigo, además de «torero» era «músico» y como la redacción se podía decir que la tenía establecida en el café Oriental, en la tertulia de Carmena, allí generalmente los que la componían pertenecían al ramo musical, mejor dicho operístico, y de todos ellos al que mejor recuerdo ahora es a don Manuel González Araco, que había sido representante de una empresa del Real y más tarde fué empresario él mismo. Por la época a que me refiero, don Manuel no era nada más que un señor muy correcto, que no tomaba nunca café, se limitaba a tomar el azúcar que sobraba a sus amigos, que de vez en cuando nos leía a Carmena y a mí un capítulo de una novela que por entonces estaba haciendo y que creo que llegó a publicar, y a abrigar varias esperanzas, una de ellas, realizada luego, ser empresario del Real, otra sentarse en el «banco azul», así que Castelar ocupara la cabecera.

Como entretanto lo pasaba bastante mal, me habló Carmena de pagarle una colaboración, y quedó don Manuel hecho cronista de *El Látigo*. Por don Manuel conocí entonces a Rafael Guerrero, ligado más tarde conmigo por una íntima amistad, y al que debo mi residencia en Barcelona, pues a sus gestiones y requerimientos cedí en 1893 y me vine a vivir aquí.

Los demás contertulios no tienen por qué aparecer en estas páginas, puesto que nada tienen que ver con el toreo.

Por Carmena conocí igualmente a Angel Caameño, el *Barquero*, entonces director de *El Toreo Cómico*, en el que yo había colaborado, e igualmente conocí a Ricardo Alonso, director propietario de *El Sinapismo*, y dueño de una afamada sastrería de militar y paisano de la calle de las Infantas. Era, por lo visto, mucho mejor sastre que escritor, pero más que nada un excelente muchacho sin pelo de tonto, que supo arreglárselas para publicar un periódico sin que le costara un céntimo. Luis Mazzantini que era empresario de la plaza de Madrid, le daba una pequeña subvención, según él mismo me confesó y lo miraba bien. Tuve ocasión de comprobarlo. El me había presentado al célebre torero una noche en Apolo; la segunda vez que yo le había sido presentado, porque la primera, en Alicante, fué Espuch, el dentista y empresario de la plaza, quien lo había hecho en las corridas de agosto de 1888, es decir, un año antes. Pero sucedió entonces que como al buen Espuch le pareciera extraño que don Luis me acogiera sin grandes demostraciones de entusiasmo, se creyó obligado a recalcar la simple enunciación de mi nombre, con el aditamento de mi pseudónimo, que él, por razones de afecto y paisanaje consideraba sin duda popular.

—«¡Sí, hombre!—exclamó, abrazándome con la mejor simulada de las efusiones.—¡Pero quién te había de conocer con esas patillas!

Efectivamente, eran mis conatos de patillas alfonsinas muy recientes y fueron también muy efímeras; pero yo tenía la seguridad de que Mazzantini no me había conocido con otro pelo en la cara, por la razón de que era aquella vez la primera que me veía.

Y me molestó hasta tal punto la idea de que él pudiese suponer que era un halago a mi amor propio aquella amable mentira; se me antojó tan depresivo para mí que hubiese llegado a confundirme con cual-

quier vanidosillo provinciano, afectado de snobismo, que dejé de saludarle, mejor dicho, que no lo volví a saludar.

Aquella noche en Apolo la cosa tuvo otro carácter, todo pasó con una corrección exquisita, y a tanto llevó su amabilidad que unos días después recibí una invitación suya para asistir a la tiente de su vacada, porque también en aquella época era don Luis ganadero, pues hacía poco que había adquirido la ganadería de Heredia, o la llevaba aún a medias con éste.

Yo ni entonces, ni luego, he sido nunca partidario de Mazzantini; y hasta su fama y popularidad me han parecido siempre una de esas «alucinaciones colectivas» que sólo he podido explicarme como tal. Cierto que llegó en un momento oportuno al toreo. Se encontraba éste en un período de atonía. Las dos grandes figuras, *Lagartijo* y *Frascuelo* llevaban muchos años inmovibles en la altura, ya un poco cansados, ya un poco fatigados, y los públicos tal vez cansados y fatigados de ellos; detrás de ellos se hallaban estacionados en una mediocridad de lo que ya no era posible esperar que saliesen, *Caraancho*, Fernando el Gallo... ¿Y quién más?... Después, aun en un plano muy inferior, estaban Angel Pastor, Hermosilla, *Lagartija*, Valentín... Apareció Mazzantini, rodeado de una leyenda que tuvo la virtud de difundirse y prender en todas las imaginaciones, no creo yo que porque se tratara de un señorito que se metía a torero, porque otros más señoritos que él se habían metido antes, como don Rafael Pérez de Guzmán, hijo de los condes de Villamanrique, como don Antonio Gil, hijo de una familia rica de comerciantes y estudiante y persona distinguida, etc.; pero estos y algún otro más, fueron toreros por afición, por una inclinación irresistible, y aparte lo que pudiera tener de «calaverada» su decisión ya no había más. En cambio Luis Maz-

zantini se hacía torero, no por afición ni por inclinación, sino a impulsos de la necesidad, por el deseo de escapar de la miseria; era un prófugo de esa clase social llamada media, y ese gesto, ¡vaya por el gesto!, de rebeldía, debió sin duda impresionar a las gentes, pues el caso es que quien no haya vivido aquellos días de popularidad de don Luis, difícilmente podrá darse cuenta de que tanta alcanzara un artista que, como tal, no pasó de ser una medianía. He dicho que como artista era una medianía, y tal vez a más de un lector le parezca que soy poco justo con un hombre que tuvo fama de excelente matador de toros y pasa para los aficionados de esta generación por algo extraordinario en la ejecución del «volapié»; pues bien, sin negarle nada, en absoluto, sin rebajar en un adarme sus excelencias como *matador*, yo no creo en Mazzantini como figura del toreo, entre otras razones porque soy de opinión de que no basta con matar superiormente los toros para ser «matador de toros» de categoría. No supondrá el lector que estoy haciendo un juego de palabras, pues demasiado sabe que los aficionados entendemos por «matador de toros» espada de alternativa, es decir, torero de la máxima jerarquía. Como tal, Luis Mazzantini fué un caso extraordinario, si se quiere, y desde luego extraordinario aunque no se quiera, precisamente por haberse mantenido en un puesto elevadísimo sin ninguna condición para el oficio. Experto en el momento de estoquear, es decir, en ese momento en que el torero desaparece, porque desaparece el toreo, en todo lo demás Mazzantini sólo pudo poner a contribución su voluntad firme, su inteligencia clara; pero ni la voluntad ni la inteligencia le sirvieron nunca para hacerle aprender a dar un lance de capa ni un pase de muleta, que merecieran el nombre de tales. Muy eficaz en los quites, muy severo en la dirección, muy decidido en la muerte, con mucho valor en las ban-

derillas de frente, con eso se defendió bravamente, agregando su prestancia personal, su prestigio, la leyenda, todo lo cual unido, le daban una personalidad que influía sobre las gentes, que las dominaba, hasta el extremo de parecerle bien en él, lo que en otros encontraba vituperable, y me refiero al decir esto a ciertas confianzas, libertades y hasta actitudes poco respetuosas que con el público tomaba.

Pero sea lo que fuere, gustárame o no me gustara, Luis Mazzantini, era en la época a que me refiero el hombre más popular de España, aunque tenía un rival temible en ese punto, Manuel García, el *Espartero*; pero era la popularidad de éste de otro género y poca sombra le hacía al espada de Elgoibar, como no fuera en la plaza, y desde luego en Andalucía. El *Espartero* era el ídolo de los andaluces, de los sevillanos especialmente, y de cierto número de aficionados del resto de España; don Luis, extendía su renombre a mucho más allá del sector taurómico, que después de todo era el que menos cultivaba. Ni siquiera *Guerrita*, con ser *Guerrita* lo que fué, es decir, el primer de su época y uno de los más grandes de todas, logró disminuir esa personalidad que Mazzantini se forjó, ayudado por un sinnúmero de circunstancias en las que el toreo tuvo tan sólo el papel de exponente.

Un dato curioso que se relaciona con la vida de Mazzantini. No creo que haya ocurrido ninguna otra vez, por lo menos yo no he leído nada semejante, lo que pasó en Novelda (Alicante) el año 1887, el 19 de junio, día en que se estrenó una plaza provisional, aprovechando el que en Alicante, se estuviera construyendo la actual en el mismo solar que la antigua. Sucedió, pues, que al abrirse el toril por segunda vez,

apareció ante los ojos del público estupefacto, el cadáver del toro que había de salir, llamado *Joaquínero*, y de don Félix Gómez, como los cinco restantes, pues fueron seis y no cuatro, como se lee en *La Tauromaquia* de *Guerrita*, los toros que había de matar Luis Mazzantini esa tarde. Sobre *Joaquínero* saltó *Ragero*, y estoqueado éste fué arrastrado aquél. Que se haya visto salir un toro muerto de los chiqueros me figuro que es hecho que estaba reservado a Novelda nada más. Y es que según se dijo, al apartarlos ese toro *Ragero* le dió una cornada de la que murió *Joaquínero*, y como la empresa no podía substituirlo por otro, para sincerarse y que el público se convenciera de que no se le había querido engañar, ideó el «truco» de hacerlo aparecer muerto sin previo aviso; y el «truco» le salió a las mil maravillas. Nadie protestó. Verdad es que Luis tuvo una tarde muy mediana y la gente se debió decir, del «mal al menos». En el número 662 de *El Toreo*, de Madrid, está consignada por mí, esta curiosidad taurómaca. (1)

Me falta hablar en este capítulo de Pascual Millán y de algún otro. Hablaré de cuantos vaya recordando y en el punto que los recuerde, pues hago este trabajo sin preparación, orden ni concierto, me atrevería

(1) A punto de entrar en máquina estas páginas, ha muerto Luis Mazzantini y Eguía. ¡Otro de mi época que se va! Claro que la muerte del que fué famosísimo espada no modifica la opinión que su personalidad torera me merece; pero quiero hacer constar que esto lo escribí cuando aun vivía don Luis y que su fallecimiento no deja de producirme una dolorosa impresión, que al fin y al cabo, poco o mucho le traté y los mejores días de su celebridad coincidieron con los de mi juventud y mayor entusiasmo.

a decir que únicamente por darle gusto a la pluma, si eso no revelara un cierto desdén para el lector, que no estaría justificado desde el momento que esto se imprime y pone a la venta. Pero de todos modos confieso que, sin propósito deliberado, lo estoy tratando con excesiva confianza, con demasiada intimidad y momentos hay en que me entra la duda de si lo que escribo puede interesarle y de si en la forma que lo escribo no hay alguna más despreocupación de la que es lícita, sobre todo a quien como yo tan pocos méritos posee para alcanzar su benevolencia. Pero lo repito, no hay aquí un plan ni un propósito deliberados; esto va saliendo como sale, y no quiero tomarme el trabajo de enmendarlo. Por esta vez, perdone el lector si le *timo*. Cuando ya no pueda más, cuando el aburrimiento le venza, cierre el libro, profiera contra mí las injurias que se le ocurran, y si en lo sucesivo, escarmentado, no vuelve a tomar en sus manos volumen en que vea estampado mi nombre, ¡peor para mí!... ¡Qué le vamos a hacer! Me resigno a todo, estoy dispuesto a todo; y continúo:

No creo yo que Pascual Millán entendiera mucho de toros. Verdad es que como en esto de los toros cada uno es siempre el más inteligente, se necesita coincidir con otro en *sabiduría*, para que se declare a este otro un *sabio*. De todas maneras Millán era un hombre lleno de prejuicios y hasta me parece que descontentadizo por «pose». Su afición loca a escribir, que si no hizo de él un polígrafo le dió ciertos caracteres de grafómano, le llevó a la literatura tauromáquica, y como en ésta es muy fácil destacarse, adquirió en ella una autoridad que aceptó, tal vez como último recurso, pero que seguramente no colmaba sus aspiraciones: éstas eran otras y sus incursiones a diversos campos literarios lo comprueban. Porque hay que tener presente que Pascual Millán no vivía de la pluma, y por lo tanto que no se veía obligado a so-

meterse a los caprichos de sus editores, escribiendo sobre lo que se le mandase, como es el caso de muchos. A pesar de ello, entre sus muchos libros de toros, hay páginas que merecen elogio y con sus investigaciones facilitó el trabajo de los que le han sucedido, pues aunque en realidad carecía de espíritu crítico, en su afán de escribir y probablemente estimulado por Carmena y Millán, por la gran biblioteca de éste desde luego, tuvo paciencia para reunir y ordenar datos que le dieron materia para libros muy curiosos como *Los Toros*, *Los Novillos*, *La Escuela de Tauromaquia de Sevilla*, etc.

Lástima que en esas obras se creyera obligado a hacer constar sus arraigadas convicciones republicanas, reveladas con un prejuicio incurable que le descarría con lamentable frecuencia, y sobre todo que le da un carácter pedantesco a sus libros, pues dejan de ser la obra de un escritor especializado en materia taurómaca para convertirse en la obra de un doctrinario que se halla siempre bajo el peso de una idea que le ofusca y perturba. Como esto es tan evidente y se nota tan pronto, cuanto con carácter histórico escribió Millán, adolece de ese mal de partidismo que tanto le perjudica.

En mis andanzas por el mundo, he tenido ocasión de conocer hombres de muy buen sentido, pero que en algo no lo parecían. En París, en 1898, tuve ocasión de tratar a don José M.^a de Navarrete, el autor de *María de los Angeles*, y de aquel folleto *Contra las corridas de toros*, que Mariano de Cavia refutó en otro, y que con el título de *División de Plaza* se publicaron a la vez. Pues bien, el señor Navarrete, que por entonces era un viejecito muy simpático, verdaderamente agradable, tenía la obsesión de los toros y creía a pie juntillas que de todo lo malo que en España había ocurrido, la culpa era de los toros y de los jesuítas. Pero parecía, por la misma manera de expre-

sarse, acaso porque era de una cortesía y de una delicadeza exquisitas, que él se daba cuenta de que aquello constituía una monomanía suya, y lejos de adoptar aires dogmáticos hablaba de ello como de una convicción muy firme, pero atendía razones y aparentaba transigir. Muchas, muchas tardes, de aquellos días trágicos en que dió comienzo nuestra contienda con los Estados Unidos, en la tertulia que teníamos en la *Cour* del Grand Hotel con Luis Bonafoux, don Nicolás Estébanez, Enrique Gómez Carrillo, Eduardo de Bray y algún otro, don José y yo, sosteníamos las grandes discusiones, y de ellas siempre resultaba que él seguía opinando que los toros y los jesuítas eran los causantes de nuestra decadencia, y yo, que mi respetable amigo exageraba.

Pascual Millán no era así. Pascual Millán era categórico y definitivo, y como en general saca consecuencias descabelladas, mezcla la tauromaquia y la política, desorienta al que lee o le hace sonreír; ambas cosas en detrimento de su seriedad de historiador.

Como revistero, confundió la imparcialidad con la severidad, y atenido a unos principios fantásticos, formó parte de esa escuela que todo lo encuentra malo, decadente, deleznable, lo cual es un expediente socorrido y de seguro buen éxito para lograr fama de crítico entendido, pues para muchísima gente aquel que da palos de ciego es el inteligente, es el probo, es el honrado. En esto como en todo los no conformistas tienen los sufragios, por lo menos de toda la especie; y abunda ésta.

Si el escritor y el publicista tuvo defectos, el hombre era de una corrección admirable, y del tiempo de nuestra amistad sólo recuerdos muy agradables me dejó.

En 1890 marché a Buenos Aires, y cuando a mi regreso se retiró *Lagartijo*, se hizo un paréntesis en mi afición, que duró unos cuantos años. De esos años no tengo para qué hablar, porque apenas si me ocupé de toros. Únicamente en Montevideo con Carlos Reyles tuve ocasión de echar algún párrafo, pues el notable escritor era aficionado a la fiesta por aquel entonces...

Sea porque el mayor contingente de emigrantes españoles lo dan las regiones menos toreras, Asturias, Galicia, Cataluña, o porque lo mismo en la Argentina que en Cuba los toros están prohibidos, y nuestros compatriotas de allí creen, como muchos de aquí, que dan muestras de civilizados abominando de las corridas, en esas repúblicas los españoles que conservan la «afición» son casos aislados y mucho más en Buenos Aires que en la Habana.

En el Uruguay, en cambio, hasta los hijos del país gustan de nuestra fiesta, y estoy seguro que sin la influencia que en ella ejerce el ejemplo de la Argentina, jamás se hubiera abolido.

De todos modos, durante mi residencia en América, he de confesar que mi entusiasmo decayó y como en esto de los toros, como en muchas otras cosas, ocurre que es el hábito el que nos hace perseverar en la asiduidad, pasado algún tiempo dejé de sentir la necesidad de un espectáculo que yo consideraba como el único capaz de divertirme.

Por eso no me extraña el caso frecuente de tantos aficionados que de pronto dejan de concurrir a las plazas y «pierden la afición», cosa que ellos creen motivada por la decadencia del «arte» o por la desaparición de un torero, y la mayoría de las veces sólo es porque, las circunstancias, sean estas las que fueren, les han obligado a romper una costumbre, que otras circunstancias pueden reanudar dando al traste con la «decadencia» y la «desaparición» a que antes atribuían lo que ellos llamaban su decisión.

Si refiriéndose a algo que en el hombre es bastante más avasallador, ha dicho la sabiduría popular: «Déjame un mes, que yo te dejaré tres», no cabe duda que en lo que se refiere a las corridas de toros el que pierde cuatro podrá perder cuatrocientas.

Yo no sé si llegaron a tantas las que perdí; pero sí que fueron muchas.

En todo este tiempo, sólo accidentalmente volví por unas semanas a la afición activa.

En octubre de 1897, entré como redactor en *El Noticiero Universal*, de Barcelona, pocos meses después de mi regreso de Cuba, y como cayera en las manos de don Francisco Peris Mencheta, una *Ayuda Taurina* de Leopoldo Vázquez, en la que yo figuraba como escritor taurómico, esto me valió la plaza de revistero en el periódico.

De que esas fueran las intenciones de don Paco, como familiarmente le llamábamos a aquel inolvidable maestro de periodistas, y por esta vez eso de «maestro de periodistas» se emplea con toda justicia y olvidando la degradación a que el título ha llegado al convertirse en tópico; de que esas fueran sus intenciones, repito, yo no sabía una palabra, y al presentarme en la redacción un domingo por la tarde, me encontré con la orden de ir a la central de Teléfonos, entonces en la calle de Zurbano, donde debía encontrarse Martín Lorenzo Coria, que era el que venía haciendo los toros, recoger de él el pase y marcharme a la plaza a revistear.

No hallé a Coria, y como me había prevenido don Paco que en ese caso si no me dejaban entrar, diciendo que era el nuevo revistero de *El Noticiero*, adquiriese la entrada, hube de hacer esto último, porque, con efecto, el portero que no me conocía me negó el paso.

En aquella época, como hasta hace algunos años, los periodistas tenían en las plazas de toros de Bar-

celona, una localidad preferente, la del balconcillo sobre la puerta de órdenes, con antepechos que servían de pupitres, lo cual era una comodidad, como lo era otra el que los médicos compartieran esa misma localidad, pues inmediatamente comunicaban los partes facultativos en caso de cogida y evitaban con ello bastantes molestias. Pero ofrecía esa disposición un no pequeño inconveniente. El público, siempre suspicaz, en tardes de tedio y hastío, tomaba a los periodistas por cabeza de turco, y si los toros eran mansos y los toreros le defraudaban, contra los revisteros se revolvió, haciéndoles responsables de los sueltos de contaduría y hasta de los anuncios de la sección de espectáculos, en los que se afirmaba (y se afirma siempre) que el ganado era escogido y los espadas valientes unas veces, y otras de benevolencias con artistas o empresas, en las que siempre ve la malicia prevaricaciones y cohechos. Lo cierto es, que con la Presidencia (otra de las culpables de cuanto ocurre en el ruedo en el sentir del vulgo) la Prensa compartía las iras populares y a eso se puso término diseminando a los revisteros con lo que, si han perdido en comodidad, han ganado en tranquilidad.

Pues bien, en el balconcillo de la Prensa ocupé yo mi asiento esa tarde y allí me encontró don Paco un rato después.

Al enterarse de lo que me había ocurrido en la puerta, él, tan celoso de los prestigios del periodismo en general y de los de sus redactores en particular, sufrió enorme contrariedad y tan pronto como le echó la vista encima al empresario Abelardo Guarner, muy buen amigo suyo y paisano, le llamó para referirle el desacato de que yo, como redactor de *El Noticiero Universal*, había sido víctima.

Abelardo Guarner, hombre muy inteligente, muy listo, que conocía el alto valor de una palabra a tiempo, de una actitud, y sabía perfectamente quién era

y cómo era don Paco, su incapacidad de guardar rencor, su fundamental bondad de alma, mostróse desolado primero, indignado después, mandó a llamar al malaventurado portero, y en presencia nuestra, después de récriminarle duramente por su acción vituperable le hizo saber que quedaba despedido.

Fué en vano que don Paco interviniera en favor de aquel pobre empleado que se excusaba confuso, diciendo que no me conocía y que creía haber cumplido con su deber. Abelardo fué inexorable y no revocó la sentencia, con gran dolor mío, causa inocente de aquel doloroso incidente, y con gran pena del propio don Paco que nunca supuso que las cosas llegasen a tales extremos.

—Nada, nada—insistió Guarner con la mayor severidad—empleado mío que no respete a *El Noticiero*, no puede vivir a mi lado.

Y así quedaron las cosas.

Durante la semana, en más de una ocasión, me asaltaron remordimientos y me reproché el no haber callado; pero yo no podía sospechar las graves consecuencias que el lance había de tener para el infeliz portero con el cual se me antojaba que Abelardo no había estado justo.

Todo quedó desvanecido al domingo siguiente, cuando al presentarme en la puerta de la plaza, tuve la satisfacción de reconocer al mismo portero despedido ocho días antes...

Si en esta anécdota no quedara de manifiesto la psicología de dos hombres, ambos muy estimados por mí, pues de uno y otro he podido apreciar sus méritos, no siempre reconocidos, no la hubiese recordado, pero me figuro que en ella quedan retratados sus caracteres, tan opuestos, y equivoquéme o no, eso me ha inducido a hacer el relato de un lance que no puede ser menos interesante en sí.

Y ya que de este estreno mío como revistero en Bar-

celona hablo, también qujero hacer constar, que con don Paco al lado mientras escribía la reseña a todo correr, pues había que enviarla toro por toro a la redacción, he pasado esa tarde las más duras fatigas. Toreaban ese día *Pepeillo*, *Gavira* y *Pipa*, novillos de Palha, si no recuerdo mal.

A don Paco le gustaban mucho los toros, pero no creo que fuera lo que llamamos un «buen aficionado», y sobre todo en la plaza y en todos lados era reportero en primer término, y lo que más le interesaba eran los detalles, los incidentes, en una palabra todo lo adjetivo de la fiesta, y esto unido a que acaso mi suficiencia no le inspirase mucha confianza, sobre tantas cosas me llamaba la atención, tantas eran sus indicaciones, sus observaciones, sus insinuaciones, que me veía y me deseaba para darme cuenta exacta de lo que estaba presenciando.

Después me dijo que le había gustado mi revista... , y esta explícita manifestación suya tenía un gran valor, porque en general, su norma era reservarse los plácemes, pues como cierto día me dijo, años después, en Sevilla:

—«Cuando yo no digo que me disgusta una cosa es porque me gusta.»

Efectivamente, cuando una cosa no le gustaba no sabía callarse; y no empleaba ciertamente eufemismos para hacérselo saber al que había incurrido en su desagrado.

Tras esa ruda franqueza, tras ese carácter impulsivo que en ocasiones le hacía ir más lejos en sus arranques de lo que él mismo quería y pensaba, se escondía un fondo de bondad, de generosidad tan grande, que le hacía no tan sólo perdonar sino olvidar agravios, a los diez minutos de haberlos recibido.

Reconociéndolo ahora, no es que rectifique mi opinión de antes; siempre he creído de él lo mismo, pero... quizás porque los hombres apreciemos más la

forma que el fondo, o esa sea, peculiaridad mía, yo nunca conseguí acostumbrarme a sus exterioridades y no obstante mi afecto por él, mi estimación y mi agradecimiento, se me hacía muy difícil avenirme a ser su subordinado. Tal vez me sirva de justificación el que, en realidad de verdad, don Paco fuera el primer patrono que yo he tenido; y como eso ocurrió cuando yo ya había cumplido los treinta años, pues hasta entonces nunca dependí de nadie, no es edad esa para hacer el aprendizaje de asalariado, tan útil para saber cuáles son nuestros deberes y cuáles nuestros derechos, y adoptar ese justo medio que el hábito señala, sin caer en excesos de sumisión que confinan con la bajeza, o de independencia que se avecinan a la rebeldía.

Sea lo que fuere, lo que yo quería que quedase impreso es que, ya que don Paco ha salido a colación en estas páginas, yo conservo de él memoria gratisíma.

Y dicho todo lo que antecede, la evocación de este recuerdo, el de mi primera revista en Barcelona, me ofrece, a mí tan celoso de mi «antigüedad», es el único «grado» de que puedo presumir, una hermosísima oportunidad de reivindicar mis derechos al decanato barcelonés también, como tal revistero, por lo menos de periódico diario, lo mismo que lo he reivindicado en toda España, como escritor taurómico entre los profesionales todavía en ejercicio. A los cuarenta y cuatro años de escribir de toros y veintinueve de haber actuado por primera vez como revistero en la ciudad condal, a lo único que aspiro es a ser «el más antiguo» de los del oficio. ¡Sería una crueldad no concedérmelo! ¡Creo yo!

Algunos amigos míos, suponen que yo siento la coquetería de la vejez, porque hablo de *mis sesenta años*

con cualquier pretexto, y de la *antigüedad* como un mérito. No quiero defenderme. Es muy posible que exista esa coquetería. Sé, por repetidísimas observaciones, lo mal que se conoce el hombre, o por lo menos la enorme diferencia que hay entre lo que de nosotros creemos y de nosotros creen los demás. Un trabajo inconsciente y constante de justificación de nuestros defectos y una gran indulgencia para juzgarnos dan por resultado el que acabemos por formar un concepto muy lisonjero de nosotros mismos. Probablemente, pues, tienen razón los que me suponen esa coquetería. Sin embargo, si esa coquetería es cierta, yo la atribuyo al convencimiento de que sólo con la edad logra curarse el hombre de muchas taras que le afean moral e intelectualmente en la juventud, aunque físicamente, ¡ay! suceda todo lo contrario.

Sin salir de mi «actuación» como «aficionado» o escritor taurómico, que es el marco que en este libro me he impuesto, al retroceder en ella voy reviviendo lances, episodios, hechos, y evocando recuerdos que si bien me producen instantes de dulce y honda melancolía, porque van unidos a muchos seres y a muchas cosas queridas, en ocasiones me hacen experimentar como una desagradable extrañeza, la extrañeza con que el hombre que poseyera un cierto grado de comprensión y de experiencia, para no hablar de otras cualidades que no me atrevería a atribuirme, contemplaría las acciones alocadas de un muchacho inexperto que con la intrepidez que da una insensata seguridad en sí mismo y la ceguera de un absoluto desconocimiento de la vida a todo se atreve y todo lo acomete.

Sólo los años, aplacando turbulencias, domando pasiones, reprimiendo impulsos, en una palabra, y para que esta sea taurina, *aplomándonos*, dan al hombre la eficiencia pretendida, dentro de las posibilidades a que cada cual se halle sujeto. He aquí porque a este tercer *estado* de la existencia, después de haber pasado

por los de *levantado* y *parado*, le doy yo tanta importancia.

Tanta, que sólo en muy contados minutos de un día, o de una semana o de una quincena, pienso con añoranza en mis años de ardor juvenil; todas las demás horas, doy por bien pasado lo pasado, y lejos de sentir veleidades de rejuvenecimiento, estimo la vejez, con asma y todo, como una compensación, como una reparación, como un premio que me era debido.

¿Significará todo esto que cada uno se consuela como puede y yo me consuelo con mi *antigüedad* en defecto de otros méritos?

No lo sé.

Lo incontrovertible para mí es que soy el *decano*, y no estoy dispuesto a dejarme arrebatarse esa jerarquía.

En ese período de que hablo, conocí a *Don Modesto*, sumo pontífice del revisterismo un poco después.

Mi amistad con Pepe Loma, no nació de nuestra afición a los toros. Tuvo por origen un negocio exclusivamente literario; tan literario que fué *La Vida Literaria* la causa de ella.

Bernardo Rodríguez Serra, su editor, gran amigo mío, perdía dinero con el tal semanario y quiso venderlo. Ramón del Valle Inclán se encargó de las gestiones para su enajenación con cierto diplomático americano, me parece que peruano; pero en esa época, Valle Inclán, carecía de la ductilidad necesaria para asuntos de ese género y no sé qué impertinencias le dijo a Rodríguez Serra, para que éste, ya exasperado me dijese a mí:

—No quiero saber ya nada de *La Vida Literaria* ni de Valle; se la regalo a usted.

Como «menos da una piedra», acepté el regalo; pero

para que éste me fuera útil, era preciso que el semanario continuase publicándose y hacerlo con mis propios recursos era bastante difícil. Tal vez viva aún mi patrona de entonces y podría atestiguarlo. Me era preciso un socio, y entre mis relaciones no encontré otro más probable que Carlos de Batlle, que si no rico tenía parientes que lo eran, y sobre todo con un deseo loco de figurar entre la gente de letras.

Batlle entonces tenía metido en la cabeza, o hacía todo lo posible por metérselo, que Jacinto Benavente le había puesto la proa, según parece por celos a sus grandes aptitudes para el teatro. Jacinto Benavente acababa de dejar la dirección de *Vida Literaria*, y yo le hice ver todo lo que iba a ganar en prestigio, en nombre, sucediendo a Benavente en esa dirección. Batlle se entusiasmó y quedó hecha la sociedad. Pero al día siguiente quedó deshecha. Había tropezado Carlos con insuperables obstáculos para reunir el dinero necesario y vino a comunicármelo.

No recuerdo si aquel mismo día o al siguiente, dos amigos, Juanito Zulueta y Martínez Espada, me sacaron del atasco en que me encontraba y se encontraba el periódico, haciéndome proposiciones de parte de Pepe Loma para la cesión de *Vida Literaria*. Y entonces fué cuando conocí a *Don Modesto*, por cierto en la horchatería *Imperial*, de la Puerta del Sol y calle de la Montera, donde la Modesta nos sirvió el «alboroque» con que se celebró el trato. El comprador no era Pepe Loma, sino un muchacho de Béjar, del cual se me ha olvidado el nombre, muy aficionado a los toros y hasta con pretensiones de torero, que más tarde creo que fué cómico en América por lo menos. Con ese muchacho me entrevisté en la horchatería de Candelas, de la calle de Alcalá, aquella noche, y salí de ella con unos cuantos billetes en el bolsillo y sin la *Vida Literaria*. De los billetes le di la mitad a Rodríguez Serra, y con la otra mitad...

Pero esto ya no tiene nada que ver con mis recuerdos de «aficionado», y dejo para otros «recuerdos» el hablar de toda esa etapa en que quiso la casualidad mezclarme a acontecimientos literarios que más tarde habían de tener cierta influencia en España. Nada más alejado de la tauromaquia que el círculo en que yo me movía en Madrid en esa época (1898-99), aunque no faltaban en nuestra peña algunos aficionados a ver toros como Jacinto Benavente, Ricardo Marín... Gómez Carrillo fué una o dos tardes; Valle Inclán no se hizo «aficionado» hasta muchos años después, con Belmonte, pero en Barcelona, recuerdo que había ido antes muy a gusto algunas veces conmigo, como Pío Baroja; pero a este sólo le pude arrastrar una sola, y me apostrofó duramente, llamándome bárbaro y salvaje cada tres minutos mientras estuvo en la plaza.

De estas y de otras cosas, hace tiempo que tengo el propósito de hablar en un libro que ya tiene título, *Memorias de... los demás*, pero no tiene más que título. Es posible que algún día lo escriba, pero entre tanto, y ya que en *este* he llegado a un período en el que ocurrieron muchos lances de los que han de ser materia del *otro*, ¿por qué no he de referir uno que, por la persona de que se trata tiene un alto interés sino histórico anedóctico cuando menos?

No resisto la tentación de hacerlo, y, piense lo que quiera el lector taurómaco, permítame que le refiera la historia, me parece que inédita, de cómo perdió un brazo el hoy célebre escritor y notabilísimo novelista don Ramón del Valle Inclán.

Eso lo sabe todo el mundo—se me dirá.

Todo el mundo sabe *cómo debió* haberlo perdido, pero muy contados *como* lo perdió en realidad. Claro que, según la teoría de Alfredo de Vigny, la historia ganaría mucho en amenidad y en ejemplaridad si los hechos se relataran no como fueron sino como debían de haber sido; pero en este caso concreto no me es posi-

ble aceptar la teoría; de aceptarla yo no tendría intervención ninguna en el suceso y me vería privado de este capítulo en mi libro, por lo cual no paso.

Ocurrió el incidente que voy a narrar, a fines de junio o primeros de julio de 1899, en el café de la Montaña, de Madrid, donde por entonces habíamos trasladado la tertulia, que en pocos meses recorrió los cafés Lyon d'Or, Madrid, Candelas y no sé si algunos más. Como se vé, era una tertulia completamente nómada.

Los asíduos, los fieles de ella, éramos Jacinto Benavente, Valle Inclán, Camilo Bargiela, Pío Baroja, Barinaga, el caricaturista Leal de Cámara, el otro caricaturista Sancha, con algunas frecuencia el no menos caricaturista Xauradó, y con muchas faltas de asiduidad Antonio Palomero, Ramiro de Maeztu, Manolo Bueno, Rubén Darío, el famoso Cornuty, Gómez Carrillo, cuando estaba en Madrid, Riquelme Flores, Carlos de Batlle, Gregorio Martínez Sierra, Pedro González Blanco, Paco Villaespesa, Bernardo G. de Candamo y algún otro que ahora no puedo recordar.

El día de autos, era la cuestión palpitante, la actualidad, un duelo pendiente entre Tomás Leal de Cámara y un muchacho granadino, literato honorario, o por afinidad, gran amigo de Benavente, y llamado López del Castillo, al cual no sé quién había empezado a llamar «*Lo poisson du Chateau*», y gracias a eso me es posible recordar en este momento su apellido.

Todo el mundo opinaba sobre ese duelo, y, como siempre, el criterio de Valle Inclán prevalecía, entre otras razones porque Valle Inclán no toleraba que un criterio suyo no prevaleciese, y constantemente «bajo presión» resultaba expuesto llevarle la contra.

En lo más acalorado de la discusión, llegó Manolo Bueno y de pie todavía tuvo la mala idea de disentir de la opinión de Valle que con aquel tono desdeñoso, agresivo, mortificante que le era por aquel tiempo

característico, le replicó a Bueno en tales términos que el muchacho se creyó obligado a enarbolar el bastón.

Valle, a mi izquierda, ocupaba un asiento del diván, y Bueno se hallaba de pie, como he dicho, en frente de él, y al ver aquél el ademán de éste, cogió una botella... y me vertió el agua encima. Bueno simultáneamente descargaba el bastonazo, para resguardarse del cual don Ramón puso el brazo izquierdo a la altura de la frente, y en la muñeca y en la cabeza recibió el palo. Entonces fué cuando Valle Inclán reveló sus condiciones de combatibilidad, pues en un abrir y cerrar de ojos limpió la mesa de tazas, vasos y botellas con las que apedreó a Manolo Bueno, que había emprendido la retirada y acabó por tomar la puerta.

La herida de la cabeza produjo a Valle bastante hemorragia, y la vista de la sangre y la presencia de unos guardias trajeron el desconcierto de los testigos, que tratando de esquivarse me abandonaron a mí con el herido. Pero como daba la casualidad de que desde hacía algunos meses ni Valle Inclán ni yo teníamos un real, hube de llamar a capítulo a los prófugos y desertores, haciéndoles ver que si había de tomar un coche y llevar a un dispensario al herido, todo eso representaba gastos cuantiosos para nuestras posibilidades. Atendiendo lo razonable de mi requerimiento, Benavente, Sancha, Batlle, dos médicos amigos del primero y algún otro de los presentes, de que no hago memoria, me proveyeron de abundantes fondos; y hétenos a don Ramón del Valle Inclán y a mí—en la Habana, me dijo Pedro González Blanco, que él nos había acompañado, no lo recuerdo — camino de la calle del Desengaño, en busca de un médico que meses antes me había asistido de un botellazo «conquistado» en la horchatería de Candelas. No estaba en el dispensario mi benefactor, y dejando la iniciativa

al cochero, éste nos condujo a otro dispensario de la Concepción Jerónima, donde el médico dándole toda la importancia a la herida de la cabeza y ninguna a la de la muñeca, pues esta herida se reducía a un agujerito del que salía una gota de sangre, que limpiada necesitaba un ratito para formarse otra, para la de la cabeza fueron todos los cuidados y a la otra se limitó a aplicarle una tirita de tafetán inglés.

Curado mi amigo, lo llevé a su domicilio, que era por entonces un cuarto en el número 3 de la calle de Calvo Asensio, y no quiero referir hoy lo cómico del recibimiento que nos hizo la mujer, que a cambio de habitación, asistía al famoso literato. Se acostó Valle, le dejé sobre la mesita de noche el resto del «guante» echado en el café de la Montaña, y durante dos o tres días fuí su más asiduo enfermero. Mas por entonces tenía yo pendiente un proceso de índole «casanovesca», y siguiendo consejos muy prudentes tuve que venirme a Barcelona.

A los quince o veinte días me escribió Camilo Bargiela que a Valle le iban a cortar el brazo, y con efecto se lo cortaron, y unos meses más tarde, con el brazo cortado se vino a pasar dos conmigo a Barcelona, en busca de pan y trabajo, cosas ambas que le proporcioné.

Y así es como don Ramón del Valle Inclán quedó manco. Soy el primero en reconocer que fué esa una de las llamadas ironías del destino, y que en una batalla en México, en un combate singular, en una palabra, de un modo heroico y extraordinario debía de haber ocurrido el lance; pero la verdad, la pura verdad, es que ocurrió como lo dejo relatado.

De todas maneras, y perdone el cariñoso y buen amigo si esto no le sienta bien, yo creo que ese brazo le estorbaba y fué un gran beneficio para él su pérdida: me fundo en que con los dos brazos hasta entonces apenas si había sabido que hacer con

ellos y al verse obligado a concentrar toda su energía en uno sólo ha producido toda su obra admirable. Se dirá que no lo ha hecho con el brazo, sino con la cabeza, pero es que la cabeza es la misma que cuando no era manco. Por razones que aquí estarían fuera de lugar, sigo firmemente convencido de que Ramón del Valle Inclán, en lo que a su fama literaria se refiere, hizo un bonito negocio el día de la catástrofe del café de la Montaña.

Esto le parecerá al lector bastante enigmático, y ¿qué pensaría si le dijere yo ahora que para Pío Baroja resultó un gran bien que Martínez Ruíz, *Azorín*, después escribiera *Charivari*?

Pensaría, seguramente, que era una incongruencia; por eso no lo digo, al menos aquí, pues después de todo, de lo que ahora se trata es de cosas toreras, y si no he podido resistir la tentación de incluir un episodio tan alejado de ellas, insistir en esa clase de recuerdos no estaría bien en estas páginas, escritas para quienes no pueden parecerle interesantes otras especulaciones. Pero todo se andará.

Volvamos, pues, a Pepe Loma.

«Don Modesto» gozaba ya entonces de gran popularidad, pero no era su influencia tanta como lo fué más tarde. Se ha dicho de él que no era «buen aficionado», que entendía poco de toros; es posible. Pero si no entendía de toros hay que reconocer que entendía de públicos, y supo darle al suyo lo que éste deseaba, lo que le gustaba; y eso tiene un gran mérito en la labor periodística, que por lo efímera, aquel que la cultiva, si quiere hacerlo con buen éxito, a darle gusto a su público debe atender sobre todo y ante todo, y como por otra parte, eso que llamamos

público de un escritor, es una cosa que éste mismo se crea, que éste mismo reúne, aglomera, poseer la suficiente fuerza de sugestión para que sus dichos sean aceptados, no está al alcance de todos, aunque para ello haya recetas infalibles, desde la que aconseja «hablar en necio» hasta la de halagar las pasiones e instintos de las mayorías. La eficacia de estos procedimientos es indiscutible; pero ¿puede adoptarlos todo el que quiera? No, seguramente no.

Detrás de Pepe Loma, han venido otros menos periodistas, menos escritores, con mucho menor talento, que han tenido sus días de popularidad y de influencia sobre la masa del público con sus revistas, y de esos mejor que *Don Modesto*, podría decirse que «poniendo en *literatura*» el vulgar sentir y el vulgar pensar de las gentes, sus malicias y suspicacias, sus murmuraciones y hablillas, en una palabra nivelando su mentalidad con la del vulgo, han logrado elevarse en el concepto de ese mismo vulgo, que se siente halagado al ver reproducidos sus pensamientos y sus sentimientos en una forma *literaturesca*, que es precisamente lo que para él toma caracteres de la más bella literatura.

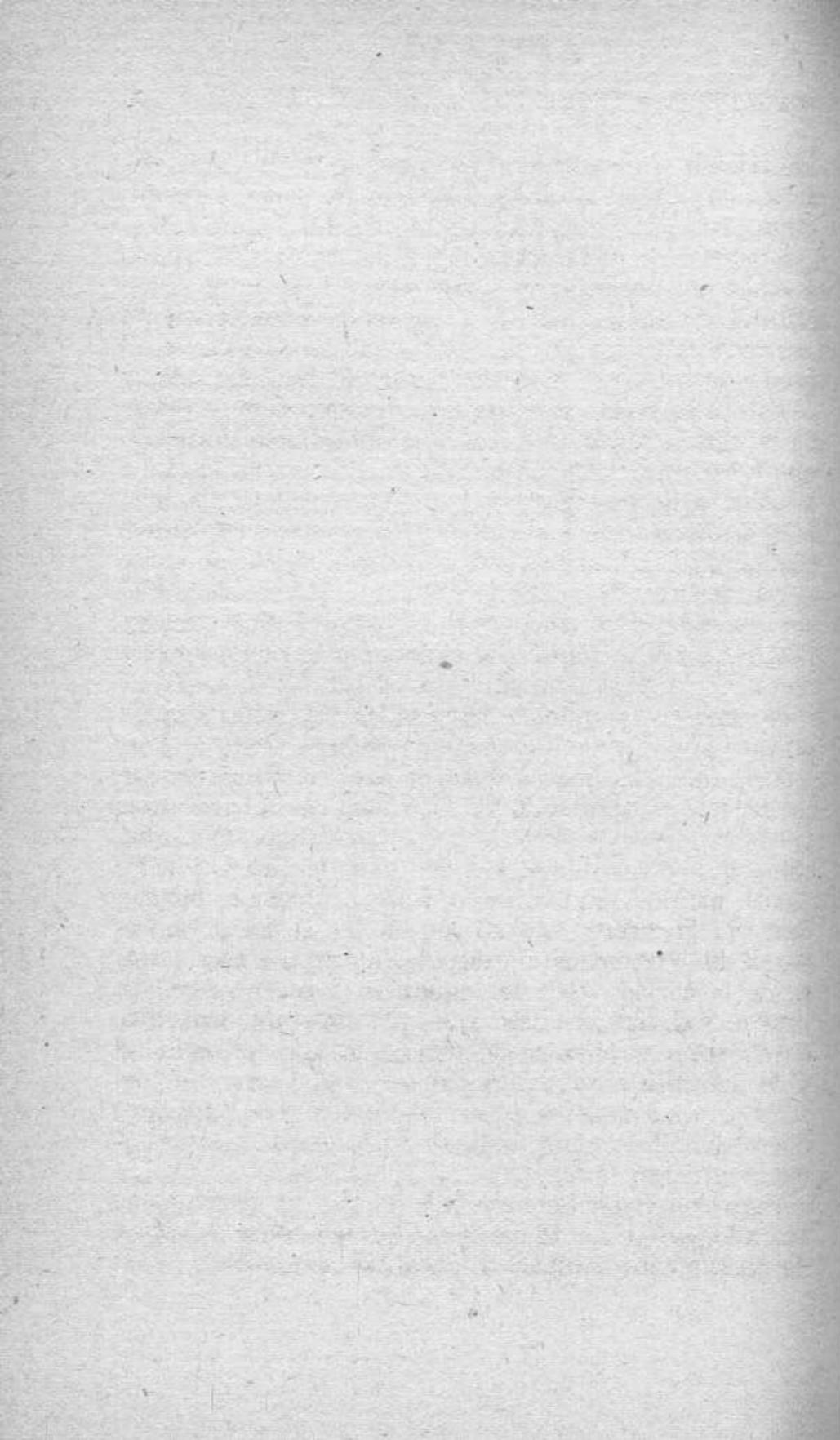
No fué así Pepe Loma, en el fondo un humorista que si aceptaba los homenajes y acatamientos de sus admiradores se reía de aquéllos y de éstos, y, un poco de la tauromaquia y otro poco de sí mismo como gran maestro de la exégesis taurina.

Indudablemente Pepe Loma consiguió hacer evolucionar la revista de toros hasta hacer de ella ese célebre estofado de conejo sin conejo del que, desgraciadamente no falta quien abuse en su cocina. Claro que antes de él, fueron muchos los que procuraron dar amenidad a sus crónicas, unas veces huyendo de la monotonía de la reseña especificada, otras tratando de velar deficiencias de conocimientos técnicos. Al verso recurrieron Velázquez y Sánchez (don

Florencio), Joaquín de Lara (Quindralejo), etc.; derroche de gracia e ingenio hicieron Peña y Goñi, Eduardo de Palacio, Mariano de Cavia, Joaquín Mazas; pero en los estofados de todos estos, podían ser muchas las especias y muy rica la salsa, mas no faltaba el conejo; es decir, se daba cuenta, más o menos detalladamente de lo que había ocurrido en el ruedo. Desde *Don Modesto*, las cosas han variado, y revistero hay que cree haber cumplido con el deber de reseñarle al lector la corrida, contándole un sueño que tuvo una tarde de agosto durmiendo la siesta a la sombra de una higuera, y ni aun recurriendo a la *Interpretación de los sueños*, del ameno y profundo Sigmundo Freud, se da con la relación existente entre lo que se describe y lo que se ha querido reseñar. Hacer revistas de toros con parábolas, será muy evangélico, pero no taurómaco, y llevadas a ese extremo las cosas...

No, eso ya me parece demasiada evolución, y acaso porque soy antiguo, leo todavía con más gusto al *Barquero*, que me cuenta bien y con conocimiento de causa, lo que ha pasado en la arena, que una de esas bellas crónicas de don Gregorio Corrochano o de don Eduardo Palacio Valdés, o de cualquier otro descendiente más o menos directo de *Don Modesto*, porque para mí lo interesante no son en las revistas las bellezas de estilo y los alardes de fantasía, sino el relato de la corrida todo lo imparcial y sereno que sea posible exigir; y conste que no soy muy exigente en ese punto, pues sé de viejo que la imparcialidad y la serenidad no pasan de ser una aspiración del hombre, que rara vez se alcanza, porque es muy raro que el hombre pueda desligarse de su naturaleza, humana precisamente.

Pero con Pepe Loma y todo lo que ha seguido, he entrado ya en los tiempos modernos. Hora es, pues, de cerrar este capítulo y pasar al siguiente.



Hombres y cosas de estos tiempos

Con la inauguración de la plaza de toros de Barcelona, las Arenas, volví yo a la vida de aficionado activo; pero no escribí de toros hasta algunos años después.

En 1910 un editor me encargó unos folletos biográficos con el título de *Los reyes del toreo*, y a tijeretazo limpio, en cosa de un mes elevé al trono a más de treinta espadas, de diversas épocas, pero con predominio de la actual. Poco después hice para otro *El arte de ver los toros*, y fundé *El Saitillo*, con Mariano Armengol, en oposición a *El Miura*, de Eduardo Pagés. Rafael Guerrero, propietario de *La Prensa*, de la que yo era redactor en 1911, me encargó de las revistas de toros, y al pasar al año siguiente a *El Noticiero Universal*, el inolvidable y malogrado Juanito Peris Mencheta, del que no puedo acordarme sin emoción, pues si como hombre era todo un carácter, como periodista y ejerciendo el oficio en el difícil puesto de director, lo considero como uno de los más inteligentes, sagaces y bien orientados con que he tropezado en mi larga vida de redacción; este Juanito

Peris Mencheta, como su padre el excelente don Paco quince años antes, entre otras secciones, me dió la de toros en su periódico; pero sólo la tuve una temporada, porque a fin de año me envió don Paco como redactor jefe al *Noticiero Sevillano*, y hasta 1916 no volví a ser «taurino». En ese año reingresé en la cofradía como revistero de *El Día Gráfico* y allí estuve hasta que en 1919, los Sindicatos dieron al traste con el periódico, y al reanudar su publicación meses después, con otra empresa, la antigua redacción quedó excluida.

En todo ese tiempo sólo escribí *Los crímenes del gallismo*, el año 15 en Madrid y cuatro o cinco «Reyes» del toreo más, también en Madrid.

Al propósito de los *Crímenes del gallismo*, cuyo original vendí a la Sociedad General de Librería, y digo esto, porque no faltó quien supuso que lo había publicado bajo los auspicios de los *Gallos*, y estos ni siquiera se enteraron de su publicación; a propósito, decía, de este folleto quiero referir aquí lo que me ocurrió, por lo que tiene de edificante la anécdota.

Ignoro cómo llegó a noticia de Juan Manuel Rodríguez, apoderado a la sazón de Juan Belmonte, de que yo estaba escribiendo ese folleto; pero es lo cierto que un día, mi querido y antiguo amigo, Enrique García, *Carrasclás*, hoy revistero del *El Noticiero Universal*, me dijo que había hablado con Juan Manuel y que éste, si yo lo deseaba, me ayudaría para la impresión de los tales *crímenes*.

—«Le he dicho—añadió García—que probablemente lo que usted ha escrito no debe ser lo que él supone, sin duda despistado por el título.»

—«Ha hecho usted bien en decírselo y ha acertado usted»—le contesté a mi amigo.

—«Estaba seguro»—agregó éste.

Me conocía y me conoce Enrique García, le constaba que yo que había sido gallista, cuando en España sólo quedábamos media docena, no podía variar de opinión precisamente en los momentos en que el *gallismo triunfaba*, no sólo por el refuerzo de Joselito, sino porque Rafael también estaba ya definitivamente consagrado como torero excepcional, como torero como yo hacía doce años que lo había proclamado, pues mi gallismo y mis escritos como tal son algo anteriores al gallismo y a los escritos de *Don Pío*, y hasta me cabe la honra de haber visto aceptadas por éste algunas apreciaciones mías respecto a Rafael, como por ejemplo, decir que éste no era *clásico*, sino *romántico*, aunque empleáramos la palabra en un sentido que no era el mismo en ambos. Yo llamaba *romántico* al Gallo por oposición a *clásico*, trasladando al toreo términos empleados en literatura, para diferenciar escuelas literarias, y me parece recordar, no tengo tiempo ni humor para consultar ahora textos, que *Don Pío*, hablaba del romanticismo temperamental del hombre... No sé...

Hasta el momento de su retirada yo fui gallista de Rafael; dejé de serlo al volver a torear, porque... porque le perdí toda la estimación al hombre, y mi admiración al artista se resintió.

Pero sobre esto me parece que ya he dicho en alguna parte todo lo que sentía y no es cosa de repetirlo; sólo añadiré, que se me antojó que con su vuelta a las plazas, Rafael ponía en una situación equívoca a José, y éste por muchas razones merecía otro comportamiento por parte de su hermano; y eso me indignó.

Para justificar esa indignación me veo obligado a decir aquí, que yo sentía un gran afecto por Joselito,

afecto que él quizás nunca creyó tan intenso, y no me extraña, pues una de mis peculiaridades es esa: yo he sido maurista acérrimo durante veinte años y nadie que pudiera valerme entre los mauristas se ha enterado; no hay que decir que don Antonio menos que nadie. Mi amistad con Joselito fué buena, me demostró muchas veces su estimación y su cariño, pero no traté nunca de forzar una intimidad que ni la diferencia de años, ni la de hábitos, ni algunas otras diferencias consentían. Para mí José ha sido el mejor torero que he conocido, el que más me llenaba, el que más a gusto aplaudía; el hombre me parecía lleno de cualidades extraordinarias; bueno, inteligente, serio, servicial, respetuoso, modesto, atento; así, pues, yo admiraba tanto al hombre como al torero. Si algún defecto se le puede achacar y se le achaca, es porque se olvida que Joselito, murió a los veinticinco años, es decir, que el Joselito que hemos conocido y tratado en la mayor parte de su vida era un niño, y un niño mimado, agasajado, celebrado, festejado... ¿No se le pueden perdonar algunos arranques de vanidad o de soberbia, si es que existieron?

Joselito tuvo en todas partes grandes amigos, como todas las celebridades, porque la celebridad es la miel para ciertos moscones que por lo menos necesitan zumbar alrededor de ella, ya que no les sea posible catarla.

En Barcelona, naturalmente, fué don Emilio Junoy su gran amigo. En una magnífica colección de amistades, la de Joselito daba una cierta nota de color, y ese hombre simpático, todo exterior, no quiso privarse de los reflejos de popularidad que de la grandísima del famoso torero pudieran alcanzarle. El «snobismo» a ultranza que le hizo radical al lado de Lerroux, monárquico para aproximarse a don Alfonso, regionalista para ir del brazo de Cambó, centralista para codearse con Alba o con quien fuera, le hizo torero para ser

amigo de los Gallos, y los Gallos tenían su amistad en mucho. El caso de Junoy en Barcelona, se repetía con otro u otros próceres en Valencia, en Sevilla, no hablemos de Madrid, y en todos lados; y esto se atribuía a un afán del torero de aproximarse a las personas de elevada posición o alcurnia. ¿Tiene nada de particular? ¿Es que a los que se lo criticaban no les hubiera halagado también? De ese género de «snobismo» ¿quién no está afectado en poco o en mucho? Otra de las cosas que molestaban de Joselito, y esta a sus mejores amigos, es que acogiese y pareciese tener en un gran aprecio a los que habían sido más encarnizados enemigos suyos. Muy humano también. En José se desdoblaban las dos personalidades y con frecuencia sacrificaba una a la otra: siempre al torero el particular. Era una política que su sagacidad, que su intuición, le hacía adoptar. El sabía el mucho daño que le hacían ante la opinión, siempre dispuesta a aceptar como artículos de fe las leyendas que puedan ser nocivas a una gran reputación, ciertas campañas, y atraerse a los vocingleros de ellas, él tan sensible a la censura, se le antojaba un triunfo. Claro que al presenciar agasajos y distinciones sus fieles «rabiábamos de celos a parte»; pero en el fondo lo que Jose-lito hacía no era más que lo que el hombre desde que es hombre viene haciendo: un amor demasiado fácil, jamás ha satisfecho a ningún amante, y aquel que se entrega todo entero y sin reservas, al dar una absoluta seguridad de su posesión, pierde la inmensa mayoría de sus atractivos y su valor en la casi totalidad. Esto es tan viejo como el mundo; pero tampoco es una novedad que los que sufren las penas de esa inconsecuencia del corazón humano se muestren sorprendidos. Repetimos una y mil veces con la acreditada sabiduría popular que «quien más hace menos merece», pero no lo acabamos nunca de aprender. En ese respecto, por lo tanto, el infortunado Gallito se pare-

cía a todos los demás hombres; pero llegado el momento, venida la oportunidad, sus amigos eran sus amigos. Si yo no recordara de él otras demostraciones de afecto, de cariño, que la que me dió en Sevilla en la última corrida que toreó en la plaza Monumental, el año 20, después del gran triunfo obtenido con un toro de Miura, aparte todo lo enorme que hizo con otros, con aquel grito suyo al vermé, con la alegría que en su cara había al hablarme, me daría por satisfecho respecto a la simpatía que yo le inspiraba. Salíamos de la plaza mi querido compañero Jerónimo Serrano, Azares, y yo; y José rodeado de una muchedumbre que lo aclamaba, iba en un coche con don Antonio Jacobo. Yo iba distraído hablando con Serrano, comentando con entusiasmo los lances de la tarde, y no me había dado cuenta del paso de Joselito. Pero éste me descubrió entre la multitud, en la que abundarían sus amigos, y llamándome con su voz aguda de chiquillo, al propio tiempo que el coche se detenía, me preguntó rebosando contento y satisfacción:

—¿Le he gustado a usted? He estado valiente ¿verdad?

El adivinó en aquel instante que entre los muchos que le rodeaban, pocos sentirían y se alborozarían tanto como yo con su triunfo. Con eso me reveló Joselito entonces, como en otras muchas ocasiones, la infantilidad de su carácter, la ingenuidad de su alma...

En los veinticinco años que vivió y en los doce que le traté, para mí fué siempre un chiquillo, un chiquillo muy hombre, dotado de tantas, de tantísimas cualidades para el oficio que emprendió, que se me hace muy difícil admitir que pueda en lo sucesivo reunir las otro. La Naturaleza se volcó con él, o fué el azar el que fué acumulando todas esas virtudes en un solo cuerpo, al que si algo le regateó le otorgó en cambio con el defecto el remedio para subsanarlo.

Un partidismo que le persigue aun después de la

tumba, no contento con la sañuda campaña que contra él hizo en vida, convirtiendo hasta sus propios méritos en deméritos, ha puesto en vigor el estribillo de que Belmonte, «el regenerador del toreo», el «innovador del arte», es el que enseñó a torear al *Gallito*. En vano será que se diga que cuando Juan no era todavía conocido, José había asombrado ya a los aficionados, siendo un nene aún; que hasta el año 14, Joselito no había visto torear a Belmonte, y el año 13 realizó tales cosas que ya por voto unánime se colocó en el primer puesto; será inútil que esto se recuerde, porque los tópicos tienen una fuerza expansiva imponderable, y ese tópico se ha extendido por todas partes. Joselito, y por eso he dicho antes que en él llevaba el remedio de sus defectos, lo menos bien que hacía al principio era torear de capa, y es muy posible que estimulado por los aplausos que a Juan le valían sus verónicas, quisiera probar que él también sabía darlas así... ¡Y llegó a mejorarlas! Pero ¿pudo Juan enseñarle a torear de muleta? ¿No estaría más en lo cierto quien dijese que el Belmonte de ahora revela en el último tercio que no en balde toreó tanto con José? No sé si será aventurado afirmarlo, pero yo creo recordar que en esta última temporada (1925) Juan ha sacado partido, sistema Joselito, de toros que antes ni dominaba, ni hacía embestir, ni, por lo tanto, toreaba. De todos modos lo seguro es, que sin negar la influencia que Belmonte ha ejercido en la evolución de la tauromaquia, porque yo admiro mucho a Belmonte, y no quiero negarle nada, de la substancia del arte de José vive hoy el toreo, y esto es tan evidente, tan claro está en la conciencia del aficionado que basta un parecido más o menos remoto con *Gallito* para que un torero inspire confianza, para que en él se espere.

Granero estuvo en este caso porque en él se vieron cosas de José; en ese caso estaba Marcial Lalanda, por la misma razón; y si el *Niño de la Palma* tiene tantos

creyentes no es por otra cosa. ¿No resulta, pues, una blasfemia, un ensañamiento repugnante decir que Belmonte es el que ha enseñado a torear a esta generación de toreros y a Joselito con ella?

Aun no hace muchos días (enero de 1926) el célebre escritor francés Claudio Farrere, en uno de los volúmenes de «*Les Oeuvres libres*», hablando de las corridas de San Fermín, de Pamplona, no sólo repite el estribillo, sino que al citar a varios grandes toreros que han influido en la tauromaquia *Guerrito* (sic), Fuentes, omite a *Gallito*; y es que el tópico ha cruzado los Pirineos, por esa fuerza expansiva de que más arriba hablábamos.

¡Pobre Joselito!

Hasta Gaona, se cree con derecho a meterse con él, y aconsejado de su despecho, y falseando la verdad pretende parangonarse con él. Buen torero, excelente torero ha sido Rodolfo Gaona, pero ¡al lado de José!... Claro que eso (1) lo escribió, lo dictó, o lo autorizó Rodolfo, para México, donde Joselito no toreó nunca, y se ha llegado a crear un CALIFATO (!) para Gaona; por lo tanto no tiene importancia... (2).

(1) «Mis veinte años de torero».

(2) De todos modos no estará de más hacer la observación de que el torero mexicano, al hablar de las persecuciones de que fué objeto por parte de Joselito, por temor sin duda de que lo apease de la silla pontificia, se olvida de que había tomado la alternativa cinco años antes que José (uno en mayo de 1908 y el otro en septiembre de 1912) que él tenía en ese momento más de veinticuatro y «Gallito» 17, y por tanto, tiempo y condiciones sobradas para hallarse colocado en el primer puesto antes de que el otro lo escalase. ¿Por qué no lo hizo? Probablemente porque no pudo. Pues bien, por eso mismo no salió nunca del puesto o lugar en que sus méritos lo colocaron, un poco por bajo siempre de las primeras figuras, lo mismo en tiempos de «Bombita» y «Machaquito», que de «Gallito» y Belmonte.

Salvo error u omisión, con Joselito ha toreado Rodolfo

En fin, una vez más al llegar a los puntos de mi pluma el nombre del gran torero tan admirado y del buen amigo tan querido, no he podido substraerme a la influencia que su recuerdo ejerce sobre mí y aquí también queda hecha constancia de mi afecto y de mi entusiasmo por él.

Y todo esto, si no estoy trascordado, ha venido a propósito de *Los Crímenes del gallismo*.

En esos *Crímenes*, hay más de los que el lector descubre con su lectura; hay un crimen de orden editorial que me causó bastantes sinsabores al enterarme de él. Cuando se imprimió el folleto estaba yo ya en Barcelona de nuevo, y el editor, por no tomarse la molestia de consultarme, al ver que el original daba más páginas que las que él presupuso, cortó por lo sano; pero la mutilación me estropeó el final, que era precisamente donde quedaban esclarecidos los crímenes del gallismo.

El que lee un libro, un artículo, y tropieza con incongruencias, con incorrecciones, con desatinos, con párrafos desconcertantes por su obscuridad, no puede figurarse que, a veces, eso que atribuye al autor, es causa de grandes torturas para éste, pues no hay nada que atormente como haber de cargar con culpas ajenas y verse en la imposibilidad de defenderse.

Afortunadamente, no siempre se dan cuenta los lectores de lo que el autor se la da, y por otra parte

en siete temporadas 123 corridas, repartidas en esta forma: 12, en 1913; 9, en 1914; 10, en 1915; 31, en 1916; 20, en 1917; 36, en 1918; 5, en 1919. ¿En 123 tardes no tuvo bastante para demostrar Gaona su superioridad sobre «Gallito»? Desaprovechar primero cinco años y continuar después desaprovechando las 123 oportunidades que se le ofrecieron para vencer a su encarnizado contrincante, son hechos que casi casi obligan a Rodolfo a dejar tranquila la memoria del malgrado Joselito.

hay el consuelo de acogerse al «buen sentido, etc.», que es un recurso inapreciable.

En ese año de 1915, con Enrique Vargas, *Minuto*, el pobre torero que hoy se halla en Sevilla en un asilo, y que entonces vivía en Madrid, fundé un periódico que yo quería que fuera torero nada más; pero Enrique, mi socio, se empeñó en que había de ser político además, por no sé qué cosas que le habían pasado en Sevilla y él quería darlas a la publicidad. Se tituló nuestro semanario *¡A esos!*, y, cuando me trajeron a casa el ejemplar de máquina del primer número, corrí a la imprenta para impedir que saliera. Pero ya se habían dado a la venta unas cuantas manos, y algunos, aunque pocos, debieron enterarse de aquel aborto que no era ni político, ni torero, ni literario, ni nada.

Enrique había escrito dos o tres cosas, poniendo todo su entusiasmo; pero no había más que entusiasmo y, no creo que el lector se hubiera contagiado de él. ¡En fin, un desastre!

Acababa de establecer *Minuto* el segundo o tercer bar de su nombre, éste en la calle de Santa Ana, y por más que él se empeñaba en que aquello era una fortuna, a los quince días se convenció de que era una ruina, y lo traspasó.

¡Desventurado *Minuto*!

La última vez que le vi fué en Sevilla en 1922. No se separó de mí en los tres o cuatro días que permanecí en la ciudad andaluza, y aunque abatido y derrotado era el mismo de siempre, tan simpático y tan franco.

Un día estábamos en la taberna *El 9*, y con nosotros Domingo Ruíz, *Zocato*, y no sé quién más.

Al la segunda botella de vino, quise yo pagar, y Do-

mingo Ruíz, se opuso con las palabras sacramentales:

—«Aquí lo tiene usted todo pagado, don Tomás».

A la tercera convidada, se repitió mi conato, y fué entonces Eduardo Borrego, quien pronunció las palabras sacramentales.

Enrique ya no se pudo contener, y levantándose, todo nervio, con su vocecita chillona, exclamó:

—¡Mentira, don Tomás! Aquí no tiene usted *pagao* nada. Si vuelve usted mañana, no faltará quién le diga: Ahora le toca a usted.

¡Cuántas veces he pensado que cosas por el estilo lo tienen al desventurado *Minuto* donde está!

No sabía callarse, no sabía doblegarse, había de decir lo que pensaba, y los hombres así son molestos y a los demás les parece que mejor están asilados.

Yo tengo la seguridad de que no sin remordimiento han de pensar muchos en el pobre Enrique, que hizo cosas en su vida que merecían otro final. Pero...

Pero... volvamos a nuestro relato.

Ahora vendría como anillo al dedo, puesto que en ese período me hallo (1916-20), un capítulo dedicado a mis impresiones como revistero de toros, toda vez que esos cinco años son la etapa más larga de mi carrera revisteril; pero paso como sobre ascuas, y sólo diré que este oficio, como todos los que se derivan del periodismo, tiene indudables atractivos, porque a todo el mundo le agrada verse halagado y atendido, aun a aquellas personas que conocedoras de la vida no le dan mayor importancia a atenciones y halagos, sabedoras de las circunstancias que son; pero por eso mismo que en apariencia resulta la profesión tan brillante para los que sólo ven lo exterior, tantos como a adular al revistero, en candelero, son los que procu-

ran amargarle la existencia, exigiéndole precisamente aquello que les consta que no es exigible a hombre alguno. Esto es: que no tenga pasiones, que no tenga amigos, que no tenga un gusto determinado, que no tenga necesidades, en una palabra, que lo sacrifique todo a un apostolado... con lo que tampoco daría gusto a las gentes. El revistero de toros, el periodista en general, pero más el revistero de toros, es el único en España que ha de hacer de su profesión un apostolado. Lo que, si no lícito, es en cualquier oficio, empleo o cargo, admisible, tolerable o comprensible por lo menos, le está tan vedado al pobre revistero que basta la sospecha de que pueda atender al requerimiento de la amistad o corresponder a la simpatía o al favor, para que las gentes parezcan escandalizarse; y digo parezcan, porque, en el fondo, los que más aspavientos hacen, no es a impulsos de la moral, sino de la envidia, y con el mayor entusiasmo aceptarían el puesto en que su probidad había de correr tantos riesgos, si de él consiguieran desposeer al ocupante.

En fin, todo esto es hipocresía y basura.

Mejor que hablar de ello, retrocederé algunos años para recordar a ciertos amigos.

En Barcelona, cuando llegué en 1893, tenía yo buenos y antiguos amigos de mi primera etapa de escritor taurómico, Miguel Moliné y Roca, *Caricias*, y Mariano Armengol especialmente, en cuyos periódicos *La Pica* y *El Toreo de Barcelona*, había yo colaborado hasta el año 1890 o cosa así.

Miguel Moliné era un entusiasta de la fiesta, pero no tan «buen aficionado» como Marianito Armengol, que nacido en la plaza de toros de la Barceloneta donde su padre el médico don Mariano Armengol, que

ejercía el cargo de administrador, habitaba, se crió y creció en un ambiente que ya no podía ser más taurino. Marianito ha sido uno de los mejores aficionados que yo he tratado, y de sus conocimientos dió exacta idea con la formación y preparación de la cuadrilla de «señoritas toreras» y la de «jóvenes barceloneses», de la que salieron algunos toreros buenos, gracias a las enseñanzas de su maestro, porque Armengol era aficionado práctico además y sabía torear muy bien.

El especular con los toros, el hallarse metido de lleno en el negocio taurino, falseó indudablemente su «concepción del arte»; porque no hay nada que sea tan nocivo para el verdadero amante de un arte como el interés. Se empieza por mentir a sabiendas de que se miente al emitir juicios interesados y se acaba por creer que sólo es bueno lo que nos conviene. He aquí por qué le doy tan poca importancia a las opiniones de empresarios, apoderados, etc., es decir de todos aquellos que viven del asunto taurino. Puede haberlos, y los hay, inteligentes y competentísimos aficionados entre ellos; en muchos casos es posible que hablen de buena fe, que crean ellos ser sinceros y afirmen lealmente que dicen lo que sienten; pero es que, lo que sienten, por complejidades psicológicas que no son del caso estudiar, está de acuerdo con lo que les conviene sentir: en una palabra, su juicio se halla, sin que ellos mismos se den cuenta, coaccionado por el interés, y es este el que somete y avasalla a nuestro gusto, a nuestras inclinaciones y a nuestras tendencias.

Moliné, siguiendo las huellas de Carmena y Millán, del que fué muy amigo y muy admirador, se aficionó a la búsqueda e investigación literario-taurina, y escribió la *Paremiografía taurina*, y otros dos libritos de recopilación que en realidad no tienen un gran mérito; pero en los que reveló su entusiasmo y su lectura de cosas del toreo. Llegó a reunir una bonita bibliote-

ca, y por espacio de muchos años, fué un gran propagandista del espectáculo nacional en Barcelona, donde hubo un período en que su influencia fué mucha; se puede decir que todo el período que duró la empresa Molins, Guarner, Alba, con los que le unió una íntima amistad. Esa época coincidió con su labor revisiteril en *El Diario Mercantil*, el *Diario del Comercio*, *El Noticiero Universal* (en el que me substituyó), en *La Publicidad*, y no recuerdo si en algún periódico más. Pobre y ciego, en sus últimos años, únicamente unos cuantos nos acordábamos de él, hasta que un día nos sorprendió la noticia de que se le había encontrado muerto en su casa, donde vivía solo.

Por espacio de bastante tiempo, casi ciego, hacía revistas aún, y como es frecuente en los que pierden ese u otro sentido, no confesaba francamente que no viera, y muchas veces en la plaza, sentado a mi lado, guiándose por los aplausos o los silbidos, y por algún que otro comentario de los vecinos, hacía él los suyos, como si realmente hubiera apreciado la bondad o maldad de la faena. Yo, que me daba cuenta de su situación, haciendo como que discutía con él, procuraba orientarle sobre lo ocurrido sin que pareciese que ese era mi objeto. La escasísima vista que le quedaba la perdió también; pero aun continuó yendo a los toros bastante tiempo con asiduidad, luego, de vez en cuando; y me aseguraba que, tanto conocía al público y tan empapado estaba del espectáculo, que se daba perfecta cuenta de todo lo que pasaba en el ruedo. Probablemente esto era una ilusión suya; pero me hubiera guardado muy bien de quitársela, pues demasiado sé todo el valor de realidad que las ilusiones tienen para el hombre, cuando sólo a las ilusiones puede acogerse.

En Barcelona no abundan los aficionados (1), es cier-

(1) Decía en mi Diccionario al definir al «aficionado»: Los «buenos aficionados» son en todas partes raros,

to; pero siempre, en los treinta y tres años que vivo aquí, los he encontrado muy buenos, verdad es que en su mayoría forasteros, como Juan Franco del Río, *Franqueza*, indudablemente uno de los revisteros de

pero en aquellas ciudades donde se habla más de toros, aunque no se den tantas corridas como en otras, abundan más.

Por eso Madrid, Sevilla, Córdoba y hasta Valencia los tienen excelentes, pues no se limitan a presenciar el espectáculo sino que luego en cafés, barberías, tabernas y tertulias se comentan los lances, se escucha a los inteligentes, se discute y puede formarse concepto de lo que se ha visto, aprendiendo lo que no se sabía y rectificando equivocados juicios.

El aficionado es siempre apasionado, partidista, hoy lo mismo que hace veinte años, igual que hace cincuenta y más de ciento, pues en todas las épocas del toreo, a las grandes épocas me refiero, la afición se ha dividido en dos, cuando no han sido tres, grupos con su respectivo ídolo a la cabeza. Pedro Romero y «Pepe Hillo», «Chiclanero» y «Cúchares», «Tato» y «Gordito», «Largartijo» y «Frascuolo», «Espartero» y «Guenrita», Joselito y Belmonte, son nombres que evocan otros tantos períodos de luchas partidistas entre los aficionados, que no siempre entre los diestros, como al hablar de las «competencias» y hacer su historia se demostrará.

Y esa pasión y ese partidismo es el alma precisamente de la afición; y lejos de vituperarlos, su fomento, su estímulo es lo que a la fiesta conviene.

Además hay una poderosa razón para que existan. Si en países de mucho sol como el nuestro son materia de discusión hasta los hechos inconcusos y ni la evidencia tangible nos convence de aquello que pugna con nuestro pensar, con más motivo se han de acalorar las controversias respecto a lances que por la rapidez en que se desarrollan y la inconsistencia del recuerdo que dejan, más que realidad objetiva la tienen subjetiva y por lo tanto la imaginación del espectador toma una parte mayor que la memoria en la reconstitución de la pasajera y momentánea imagen que ante sus ojos ha cruzado; y, como «quién feo ama hermoso le parece», y viceversa, difícil, por no decir imposible, es reducir con razones a quien se encastilla en su pasión.

Como prueba de los efectos de la pasión en el aficiona-

toros más competentes de España, nacido en Sevilla, pero hecho en Barcelona; Enrique García Cellalbo, Carrasclás, cordobés, pero igualmente hecho aquí; Jerónimo Serrano, Azares, madrileño, que se halla en el

do, ninguna mejor que la que ofrecen los de otra época, los viejos, que sobreviven a su tiempo.

Había que oír en los de «Lagartijo» y «Frascuelo», a los que alcanzaron los de Joselito Redondo, «Cúchares», el «Tato», Cayetano Sanz, etc. ¡Aquello eran toreros! ¡Aquello torear toros de verdad, y no chotas tísicas!

Desaparecieron Rafael y Salvador, y vinieron Mazzantini, «Espartero», Guerrita, Reverte, Fuentes, etc., y les llegó su turno al cordobés y al de Churriana, de haber toreado toros de verdad y no chotas tísicas, patrimonio de sus sucesores, que a su vez son recordados ahora, al compararlos con los actuales, como toreros de pundonor que se las habían con los renombrados y famosos toros de verdad con arrobos y pitones y no con las desacreditadas chotas tísicas, que de cincuenta años a esta parte tanto juego están dando en las discusiones tauromáquicas.

Pues bien, ninguno de esos aficionados se da cuenta de que la lamentación que ahora lanzan, se ha venido repitiendo de diez en diez años, y que si ahora las «monas» y las «chotas» tienen un peso medio de 270 a 300 kilos, los toros de verdad de hace sesenta años, los que mataban Montes y sus contemporáneos, pesarían 600; y si de cuatro y a veces de cinco años se juegan actualmente, por entonces serían de... ¡licatorce!!... como en un periódico madrileño de grandísima circulación afirmaba en 1917 su cronista taurómico por habérselo dicho, y él creído, un vaquero del duque de Veragua, que sin duda tomó por general algún caso aislado, si es que las reseñas y la historia de esas épocas no mienten.

¡Pero por fortuna para esos aficionados, ni la historia ni las reseñas esas interesan, y «como ellos lo han visto, a lo que creen haber visto se atienen»!

Hombres inteligentes, en su sano juicio y hasta con conocimiento de lo que es el toreo, hemos oído achacando a Montes, Redondo, «Cúchares» y hasta a «Lagartijo» y «Frascuelo» proezas, hazañas, suertes tan inverosímiles que nos han hecho dudar de las facultades mentales del que hablaba, y que hablaba de buena fe, con entusiasmo, con emoción, como si lo estuviera presenciando; y en no pocos ca-

mismo caso; Enrique J. Dotres, cubano; Fernando Sayos, *Trincherilla*, zaragozano; Leopoldo Varó, valenciano; Urbano F. Zani, *Garapullito*, vallisoletano; Diego Montaner, extremeño, y por último, muy reciente, Ventura Bagüés, que vino ya a Barcelona con fama y prestigio de escritor taurómico, pero aquí le conocí. Todos ellos queridos amigos míos y llenos de vida al presente, a excepción del pobre Dotres que murió hace algunos años, me limito a citar sus nombres y nada más (1).

sos partían de un hecho exacto, pero de tal modo adornado, aumentado por la imaginación en el transcurso de los años, que ni el propio autor del hecho lo habría reconocido.

La gran parte que forzosamente ha de tomar la imaginación en todo cuanto se refiere a la fiesta de los toros, le da un carácter especialísimo al aficionado a ella, que sólo es comparable a los que por otras cosas llevan su gusto hasta la manía.

Por su manera de apreciar el espectáculo, los aficionados pueden clasificarse en tres categorías: los técnicos, tipo el torero, que juzgan las suertes desde el punto de vista profesional, los que ven en la fiesta una manifestación del valor y la gallardía y se atienen a la impresión que un lance les produce sin tener en cuenta los detalles, o dándoles poca importancia; y por último, aquellos que son un compuesto de las dos mentadas categorías.

Entre los aficionados los hay prácticos, es decir, que saben torear y torear en encerronas, beneficios, etc.

Llámanse también «aficionados» los principiantes en la profesión.

Y por último, son una plaga los que no tienen más oficio ni beneficio que su «afición», y por ser «aficionados», ni prácticos ni muchas veces teóricos, se creen con derecho a vivir del toreo, acaso porque si no vivieran de eso tendrían que morirse.

Son los parásitos del espectáculo y de sus aledaños, pero no hay manifestación pujante de vida que no los tenga.

Pues bien, en Barcelona, de todas estas categorías de aficionados, sólo hay muestras.

(1) Al escribir esto, hace un par de meses vivía aun Franqueza, y hoy, al corregir las pruebas, ha muerto ya. Como sigo pensando de él muerto lo mismo que pensaba

Y no quiero omitir entre los genuinamente catalanes, al doctor Vilar Jiménez, el *doctor Vesalio*, de los más entusiastas enamorados de la fiesta; a Arturo Llorens, que fué director de algunos semanarios taurómacos, a su hermano Orestes, a Caselli, a Antonio Vidal...

Lo que más falta en Barcelona es ambiente taurino y eso quizás hace que existan tantos y tantos círculos, clubs, centros, grupos y asociaciones taurómacas. En busca de ese ambiente, los aficionados se apiñan con la esperanza de crearlo y con el fin de congregar a los elementos que andan dispersos por ahí; pero por desgracia, desde el momento que una peña de amigos toma caracteres de entidad y se rige por unos estatutos más o menos explícitos, y se crean una finalidad, en la mayoría de los casos pierde el aficionado sus mejores cualidades como tal, el prejuicio se impone y la libertad de opinar se merma, con grave perjuicio de lo que ellos mismos se propusieron defender.

Para hablar de toros, para hallar tertulia taurina, fuera de esos círculos, peñas y grupos con estatutos sociales, desde hace muchos años quedaba tan sólo el recurso de frecuentar el café elegido por el empresario de turno. Antes de la venida a Barcelona de Luis Castillo, cuando estaban en «el poder», Abelardo Guarner y su cuñado Rafaelito Alba, ambos excelentes amigos míos, nos reuníamos una temporada en la horchatería Valenciana de la Rambla y después nos trasladamos al Suizo. Pero generalmente su ver-

cuando estaba vivo, nada tengo que añadir, pues decir que con Franco ha desaparecido un excelente aficionado y un buen amigo lo saben cuantos le conocían y trataban.

dadera tertulia la tenían después de comer en la misma plaza de toros, mas como allí lo que se hacía era jugar a las cartas, no fuí muy asiduo. A poco de venir Luis Castillo, del que no tardé en ser amigo y cada día lo he sido más, se estableció la tertulia en la *Maison Doreé*, y allí la tuvimos hasta la desaparición de ese café. Por ella durante quince años ha desfilado toda la torería andante y en ella se congregaron siempre los mejores aficionados de Barcelona, o que en Barcelona residiesen, pues a decir verdad los forasteros han predominado siempre.

¡Cuántos de ellos han muerto ya!

Juan Manuel Rodríguez, que fué de los fundadores, Ignacio Martínez Campos, tan simpático, tan bondadoso, Diego Adsuar, un extremeño que pese a su talante adusto era un pedazo de pan, Pepe Ors, *Pepe Caracas*, como le llamábamos, gaditano graciosísimo y lleno de bondad, el *Viejo*, don Eduardo Fernández, un malagueño jacarándose, Antonio *Metales*, sevillano; todos estos y no sé si algún otro, ya no viven, pero no han muerto en nuestro recuerdo. Entre los que aun andan por el mundo acuden ahora a mi memoria los nombres de Patricio Gil, hijo del famoso *Don Gil*, Ponsoda, Pepe Pinillo, el íntimo en Barcelona de los *Gallo*, Pepe Abarca, Juanito Arévalo, Enrique García, *Carrasclos*, el doctor Perico Aguirre, el dentista Luis Oller, Miguel Tormo, el hombre de más memoria que he tratado, una Enciclopedia ambulante, Anselmo Fernández, el notabilísimo actor, y aficionado con diploma zaragozano, por su habilidad para seguir durante la lidia el pitón derecho del toro, que él diputa la brújula del inteligente, los cuales siguieron las vicisitudes de la peña y desde la *Maison* se trasladaron al *Continental* y al desaparecer éste emigraron al *Colón*, para volver a aquel al reinstalarse en su nuevo local y en él con el refuerzo de Ventura Bagüés, el doctor Vilar, Rafaelito Alba, Antonio Musolas, y algún otro.

Luis Castillo *bombista* al principio, *gallista* un momento y definitivamente *belmontista* en seguida; Pínillo, Rafaelito Alba y yo, *gallistas*, Patricio Gil y Juanito Arévalo *pastoristas*; Ponsoda *machaquista*; Carrasclás, *belmontista*, hasta el 19, y desde entonces *chicuelista*, ¿para qué decir lo que en esa tertulia se ha chillado, se ha despotricado, se ha alabado, se ha censurado? Pero aunque fuera peleándonos se hablaba de toros que es lo esencial; y a veces se hablaba muy bien, y se continúa hablando. Porque Castillo, que es un aficionado de los mejores, aunque las más veces se exprese en sus opiniones como empresario y atendiendo a su interés, sabe darlo también a lo que dice y... sobre todo, tiene una habilidad loca para hacerme salir de mis casillas; y con ello, alguna que otra tarde, hemos logrado dar amenidad a las sesiones.

Sin embargo, el café genuinamente torero viene siendo en Barcelona, desde hace bastantes años, el *Lyon d'Or*, pues es el frecuentado por los profesionales residentes en la ciudad, los que vienen de paso y todos los que con el toreo tienen alguna concomitancia. Allí tuvo su tertulia Salvador Alcalá, las veces que ha sido empresario; y también lo frecuentó Ubach en sus tiempos y Echevarría; pero su reunión la estableció el segundo en el *Tostadero* de la plaza de la Universidad.

Alrededor del empresario siempre hay un grupo de «taurinos» que constituyen el partido «flotante» de todo personaje en candelero. El empresario lo es para el que anda metido en cosas de toros, y unos porque les conviene, otros por afición y otros por «snobismo», nunca falta una corte al que está en condiciones de favorecer toreros, dar entradas, o comunicar noticias, que por todo ello se forma esa corte. Muchos de los contertulios del empresario no son aficionados siquiera, pero se hacen temporalmente; y no suelen perder el tiempo, porque oportunistas y acomodaticios, se avie-

nen fácilmente a lo que las circunstancias imponen y saben sacar partido de ellas.

Alcalá, por su bonachonería, por su carácter democrático y afable, es el que más gente ha arrastrado en estos últimos quince años, a su tertulia y el que acaso haya tenido amigos más adictos y duraderos. A Ubach no le faltaron tampoco en sus días de auge, y por lo que a mí respecta, amigo de uno y otro, como de Echevarría, como de los demás, cualquiera que sea el concepto que a las gentes merezcan, quiero que en estas páginas conste que de todos ellos guardo un recuerdo bonísimo, y por lo que a Ubach se refiere en los dos o tres años que tuve que tratar con él para la organización de la corrida de la Prensa, mis compañeros y yo encontramos todas las facilidades para cumplir nuestro cometido, debiendo a eso el excelente resultado que en todas ellas obtuvimos.

Como también al hablar de los toreros hago constar que con aquellos que traté, a excepción de alguno, lo pusieron todo de su parte para el mejor éxito de nuestro cometido, bueno será advertir que si yo agradezco esa actitud de unos y otros, es por lo que de consideración hacia los organizadores tenía, pues empresarios y toreros sabían y saben perfectamente que la Asociación de la Prensa, como tal entidad nada podían esperar. La Asociación de la Prensa de Barcelona es una cosa completamente desligada del periódico, y hasta, por paradógico que parezca, del periodismo. Ponerse a bien con la Asociación de la Prensa equivale a no ponerse a bien con nadie, si con los periódicos o con los escritores taurómacos se está mal, pues no influye aquélla en absoluto ni sobre unos ni sobre otros; y si se tiene en cuenta que la mayoría de los asociados son taurófobos...

De los cinco años de mi intervención, en tres era presidente de la Asociación Eugenio de Ors, y ni si-

quiera quiso que su nombre figurara en los contratos como tal...

Por todo esto creo yo que le parecerá justificado al lector mi reconocimiento a cuantos coadyuvaron a que Leopoldo Varó, Jerónimo Serrano y yo, saliéramos airosos, y aunque más de un disgusto nos proporcionaron determinados compañeros nuestros y no faltó quien pusiera en duda nuestro celo y buena voluntad, al cesar nosotros en la comisión el año 1923, los que nos han sucedido ni dieron corrida el 24 ni el 25...

¿Y era de tertulias de aficionados de lo que estábamos hablando?

En la que Ubach tenía en el *Tostadero* nos habíamos quedado, efectivamente, después de haber mentado la del Lyon d'Or y la del Continental.

Pues estas son todas las tertulias taurinas de que tengo noticia. No creo que lleguen en total a cien personas las que en toda la ciudad se reúnan habitualmente para hablar de toros entre todos los cafés. Y en una población de un millón de habitantes no es mucho.

En cambio, es posible que aquí se lea más de toros que en el propio Madrid, probablemente por eso mismo, porque se habla menos, y los aficionados necesitan recurrir al libro o al periódico para satisfacer su deseo de enterarse de cosas toreras. Esto explicará, tal vez, que sea Sevilla donde menos se lea.

Verdad es que la afición de Sevilla, por lo que he podido observar en el tiempo que he residido allí y en mis diversos viajes, es una afición muy particular. Tan particular que es de todas las ciudades de España de su importancia donde menos gente va a los toros. Valencia con una población algo mayor nada más, da muchas más corridas al año, y más Bilbao también, no obstante ser la mitad de Sevilla.

En Sevilla, se ha dicho muchas veces, y debe ser cierto, hay más afición al toro en el campo que al

toro en la plaza, y quizás por aquello de que «en casa del herrero cuchillo de palo», en la tierra de los mejores toros y de los más renombrados toreros, el espectáculo carece de esos atractivos que tiene para las otras regiones. Es lo cierto que en un ambiente tan torero como el de Sevilla, son los forasteros los que hacen posibles las grandes corridas. De todos modos, confieso que en ninguna otra parte les he encontrado el «sabor» que allí. Allí es donde la fiesta me ha parecido más fiesta, donde la he vivido más intensamente, donde la he gozado más por entero. Sevilla, para el aficionado, en día de toros no cabe compararla con ninguna otra ciudad; la gente irá o no irá a la plaza, pero todos se hallan pendientes de lo que en la plaza ha de ocurrir, ocurre o ha ocurrido, y a los pronósticos, siguen los comentarios, y no hay casino, café, cervecería, ni pasaje, en que el tema de todas las conversaciones no sean los toros, con su cortejo de apasionadas discusiones, de perspicaces observaciones, de chistes, de gracias, de todo en fin lo que constituye el espíritu de ese pueblo que es único en el mundo y por el que yo siento tanto cariño.

Es muy posible que la afición a los toros difiera de pueblo a pueblo, como me parece que difiere de hombre a hombre.

Y es que, dígame lo que se quiera, y aunque lo que se diga esté en pugna con lo que digo yo, lo más bello del espectáculo, lo que lo hace casi sin rival entre todos, no es tan fácilmente accesible como la gente supone. En general, una corrida de toros para el profano, para el no iniciado, para el no tocado de la gracia, lejos de aparecerle con la grandeza que en reali-

dad tiene, se le antoja una repetición monótona de lances a base de crueldad, porque lo que hay de cruel en la corrida es lo único que les impresiona y asisten a la fiesta con ojos de inspector de la Protectora de animales, sin darse cuenta de que en las plazas, como en otros tantos lugares, las cocinas entre ellos, nada tienen que hacer, como no sea convencerse de su inutilidad, los tales inspectores. Ni siquiera para muchos aficionados profesionales, de esos que no son otra cosa que «aficionados a toros», es fácil la comprensión de la corrida, tal vez porque a fuerza de presenciárselas acaban por tener para ellos tan sólo un valor técnico, y se les escapa, a veces, el momento de emoción que para el artista es único, y que a ellos el hábito les impide gozar. He aquí por qué, siempre he creído que respecto a nuestra fiesta resulta tan difícil que entre los «aficionados» reine acuerdo. Son pocos los que van a ver lo mismo y menos los que ven igual, y del concepto que cada cual tiene del espectáculo depende el juicio que de sus actores forma. Es posible que sobre esto insista al hablar de los críticos o revisteros; y no lo aseguro desde ahora porque es muy corriente en mí marcharme por los cerros de Ubeda sin regreso posible al camino que me proponía seguir.

En este mismo instante mi intención era decir que si en Barcelona faltaba ambiente taurino era debido a una incompreensión (alguna vez habíamos de utilizar la socorrida palabreja, que tan admirables servicios presta a los separatistas y laborantes) querida, es decir deseada, y para lo que sirve de base un prejuicio que más tiene de tópico.

Probablemente porque de Cataluña no ha salido ningún gran torero, es de buen tono catalán considerar el espectáculo como exótico, pero de un «próximo exotismo», que es su peor contra, pues si se tratara de un «exotismo lejano», de «tras los montes» nada más, las cosas variarían, porque a su europeísmo, a

su cosmopolitismo le halaga la aclimatación de todo lo extraño. Espectáculo exótico, sin representante catalán que lo «nacionalice», al margen de toda bandería, y por lo tanto sin que la política haya podido intervenir en él, no apasiona ni siquiera interesa; y su existencia es en Barcelona un mal que deplora la mayoría, pero con el cual transige, como con esos focos de enfermedades endémicas que si un día se desarrollan y amenazan con una epidemia levantan gritos de alarma, pero al volver a su pristina condición de endemia benigna se la desdena.

Se me podrá decir que no es únicamente en Barcelona donde esto ocurre; que en otras ciudades españolas, Sevilla entre ellas, una gran parte de la opinión, y no la peor ciertamente, es contraria a los toros y se los considera como una fiesta bárbara y denigrante para España, y en cambio son aceptadas y estimuladas y encomiadas otras bastante menos bellas; pero en esas ciudades, volvamos a la terminología médica, esas actitudes son epidémicas, (nos hallamos bajo el peso de una epidemia deportiva) y en Barcelona el desdén es endémico, es el producto de una infección... de la que no tengo para qué hablar aquí. Me basta con deplorarla. Me basta con lamentar que siendo esta ciudad por tantos motivos tan amada y tan hermosa, la vida en ella tan cómoda y agradable, debido a esa infección no acabe uno de ser forastero nunca...

Con respecto al deportivismo del fútbol, tal como apasiona ahora a las gentes, algo se podría decir, porque en realidad, practicado en general por profesionales o semiprofesionales, yo no sé en qué ha de contribuir a la pujanza de la raza más de lo que el ejercicio del toreo contribuye.

Uno y otro deporte se hallan convertidos en espectáculos, sus actores son relativamente escasos, y si es verdad que los muchachos juegan al balón por las ca-

les, lo mismo jugaban, y aun juegan algunos, al toro, que no deja de ser ejercicio de destreza, aunque no tan violento, pero en cambio mucho más gracioso, mucho más airoso, por la afinidad grandísima que existe entre el toreo y el baile.

Como, lo repito, si en defensa de los toros escribo algo en estas páginas es únicamente de un modo incidental, no agregaré todo lo que pudiera respecto a las otras manifestaciones deportivas a que da lugar la tauromaquia en las llamadas faenas de campo y muy especialmente en la tienta de reses por acoso. Me limito a hacer mención de ellas y eludo toda controversia.

Pero volviendo a la tertulia de Castillo. Ya he dicho que por ella pasaban cuantos diestros famosos y aficionados del resto de España venían a Barcelona. En esa tertulia tuve ocasión de conocer al opulento ganadero don Félix Urcola, y hago referencia a este conocimiento para referir algo que me contó, que no deja de ser curioso para los que sienten afición a eso del ganado bravo.

La temporada anterior a la fecha de esta conversación, había lidiado don Félix un novillo bravísimo, puntero, de bandera, en la plaza de la Barceloneta y al preguntarle yo cómo es posible que hubiese jugado como novillo tan excelente animal, me contestó:

—«La cosa es mucho más extraordinaria de lo que a usted le parece, porque que un ganadero se equivoque no tiene nada de extraño; pero es que con ese novillo la equivocación, el engaño fué de otro orden. Ese novillo era hijo de una becerra desechada por mansa, pero al ir a llevarla al matadero nos dimos cuenta que estaba preñada, y no quise que la mataran. Pa-

rió un becerro, y como si el animalito supiera lo que la salvaba, cuando la apartamos para llevarla al matadero, volvía a estar preñada. Al tentar el primer becerro se mostró éste bravísimo, pero en vista de la nota de la madre y que tampoco era muy buena la reata, lo dejamos para novillo; el segundo becerro dió otra tiente superior, pero tampoco me fié. El primero fué el que se jugó en la Barceloneta, el segundo se jugó en Bilbao y fué tan bravo y tan noble como el que usted vió; y cuando yo me había convencido ya de la bondad de la vaca que tales hijos daba, se le ocurrió morirse... En esto del ganado bravo—acabó diciéndome el señor Urcola—crea usted que no hay nada seguro... Si lo hubiera, todos seríamos ganaderos de primer orden... Esos novillos dieron sin duda el «salto atrás», eran dos casos de atavismo, sacaron la sangre de algunos de sus abuelos del tiempo de Arias Saavedra o del Barbero de Utrera, si no es que se remontaron a los *condésos*...» (1).

Podía ser muy bien. Hace unos años hablaba yo con el mayoral de la vacada de Benjumea que había venido a Barcelona con una corrida, y preguntándole al viejo Navarro si en realidad la decadencia de esa sangre sería debido a haberse cruzado, como se ha dicho, en tiempo de la guerra carlista con ganado manso de la sierra, me contestó Navarro:

—«Tanta verdad, que al cabo de cincuenta años de estar trabajando para expurgar esa sangre, de vez en cuando aparece un toro con todas las trazas de un serrano. Aquí mismo viene uno (y era verdad) que es clavado un toro de la sierra.»

(1) Sabido es que la ganadería de Urcola (hoy de Curro Molina) procede de Vistahermosa, Barbero de Utrera, Arias Saavedra, Núñez de Prado, Pacheco, Adalid, que por todas esas manos pasó.

Y para acabar con la tertulia de Castillo. Vicente Pastor, pasó un verano una temporada larga en Barcelona, y venía a ella. Por entonces se había dicho que el diestro madrileño en Málaga, había manifestado que Joselito no tenía gusto en torear con él.

—¿Es cierto eso?—le pregunté yo un día a Vicente.

—Hombre...—me respondió el ex «*Chico de la blusa*»—. Eso me hace pensar algún que otro detalle que observo... Pero no es que yo crea que es porque me tiene miedo, pues sé perfectamente que «cuando a él le llegue el agua a la barbilla, todos los demás estamos ahogados.»

—¿Y usted torea a gusto con él?—le seguí preguntando.

—Más que con nadie... «y eso que donde él torea es siempre el primer espada; chilla, manda... ¡Pero como siempre tiene razón, no hay más remedio que someterse!»

Esto debió decírmelo Vicente el año 1916 o 1917. Tenía Joselito veintiuno o veintidós años.

Se ha dicho, y con razón, que Joselito era torero en todo momento, pero más que nunca en la plaza. Vestido de luces no pensaba más que en el toro. A todos los toreros les preocupa, pero yo creo que a José, de modo diferente que a los otros. Es posible que sintiera el miedo que he oído decir que todos sienten cuando se ven encerrados en la plaza en los momentos que preceden a la salida del primer enemigo; pero yo dudo mucho que en él ese miedo fuera el dominante, pues había llegado a estar muy seguro de sí mismo, de su habilidad y de su poder. Su miedo mayor era el de no poder lucirse, el de que las cosas no le rodasen cómo él quería. De esta preocupación tuve yo la revelación por él mismo, en varias ocasiones.

Un día en el despacho de Manolo Pineda, en Sevilla, estábamos con él Angel Caamaño, el *Barquero*, Pérez Lugin, *D. Pío*, y cito nombres para que la anécdota no sea tachada de apócrifa, cuando Pineda, su apoderado, le dijo:

—«Oye, José, ya sabes que esta tarde te espera don José M.^a Rey para firmar la escritura de la casa.»

—«No sé nada»—respondió Gallito.

—«¿Pero si me ha dicho don José que ayer en la plaza te lo dijo y tú le contestaste que irías?...»

—«Yo sé que después del paseo, don José me dijo algo y yo le contesté algo también. Pero no sé ni lo que él me dijo ni lo que yo le contesté, ni lo que otros me dijeron, ni lo que yo les respondí. Yo estaba pensando en que iba a empezar la corrida y en cómo se me daría la tarde...»

El público que veía a Joselito, y ve a otros toreros, sonreír a un amigo, saludar a otro, hablar con un tercero desde el callejón, no puede suponer seguramente, que en aquella cortesía, en aquella amabilidad, tan poca parte tome el consciente, y que si no acciones reflejas, son pura y exclusivamente del dominio de la subconsciencia los ademanes y palabras con que corresponden a sus conocidos y devotos

De los pocos toreros que he tratado con cierta intimidad, a ninguno he conocido con esa afición tan desmedida, a su oficio que era en Joselito su característica.

Y yo que creía que en todos había algo de eso, me he llevado en más de una ocasión chascos enormes.

Me acuerdo que el año 19, el primero de los cuatro que con mi camarada Jerónimo Serrano, *Azares*, organicé las corridas de la Asociación de la Prensa de Barcelona, Belmonte que era uno de los espadas contratados, vino a torear unas semanas antes y estando yo en el *Lyon d'Or* entró él acompañado de Fernando

Gillis. Los saludé y por decirle algo le hablé de nuestra corrida, en la que Joselito, él y Camará, habían de matar seis toros de Parladé.

—¿Le gustan a usted esos toros, Juan? — le pregunté.

—A mí no me gusta ninguno—me contestó el célebre torero.

Comprendí que aquello era una frase que a él le parecía un alarde de sinceridad; pero como no respondía a mi pregunta y mi contestación de ser congruente habría tenido que ser mortificante, la acepté como una gracia y la reí.

Al año siguiente, en otra corrida de la Prensa, un toro, de Gamero Cívico también, le causó una pequeña lesión en un brazo. Asistía a la fiesta nuestro Rey don Alfonso, y yo me hallaba en el palco regio cuando a Juan le ocurrió el percance. Bajé a la enfermería a enterarme de lo ocurrido, y al subir de nuevo al palco don Eduardo Dato, que acompañaba a S. M., me preguntó sobre la importancia de la herida. Don Alfonso se volvió para enterarse y cuando hube hecho el relato, tuvo la bondad de encargarme que le dijera a Belmonte que había sentido mucho el percance.

Después de la corrida, cuando fuimos a pagarle, el presidente de la Asociación, Pérez de Rosas, entonces, Serrano y yo, al entregarle su dinero, le dije a Juan:

—El Rey me ha encargado que le diga a usted que ha sentido mucho que el toro le lastimara.

—Más lo he sentido yo—fué la respuesta de Belmonte.

Me convencí entonces de que Juan cultivaba la franqueza, al asociar esta contestación a la anterior; pero siempre he dudado que esa franqueza, un poco perogrullesca, fuera la verdadera franqueza, pues más bien me pareció una ostentación de ella, y las os-

tentaciones rara vez dejan de encubrir lo contrario de lo que tratan de demostrar.

Y ya que estamos en el palco real, no quiero abandonarlo sin referir que aquel día fué el primero que *Chicuelo* habló con S. M. Subieron Rafael el *Gallo* y Manolito. A Rafael le dijo don Alfonso:

—No te había visto desde la muerte de tu hermano José y ahora te doy el pésame. Todas las veces que te he visto torear, has estado bien. Espero que esta tarde pasará lo mismo.

Chicuelo, azorado, hizo una genuflexión ante el Rey, y éste amablemente le dijo algunas palabras de elogio, a las que no recuerdo si Manolo contestó algo.

En esa corrida debía haber toreado el pobre José, y al ocurrir su muerte lo substituyó Rafael. Nunca olvidaré, ni creo que mi amigo Serrano tampoco, que gracias a él nos fué posible vencer las muchas dificultades que la organización ofrecía; pero intervino Joselito y todo quedó allanado y resuelta de conformidad con nuestros deseos.

Como del torero en general se dicen cosas, muchas cosas, quiero aprovechar aquí la ocasión para hacer constar que las veces que he tenido que tratar con ellos, para la organización de las cinco o seis corridas en que he intervenido, cada uno en su esfera se han comportado con toda corrección; y eso, unido a que he visto de ordinario más cortesía, más modestia, simulada o sincera, más respeto del que en hombres más obligados a demostrar eso se observa, me hacen pensar que no es el torero ese tipo que se pinta; y no pocas veces he dicho que si el hijo de un tendero se viera de la noche a la mañana rico y halagado por las gentes, probablemente cometería bastantes más tonterías de las que cometen esos chiquillos que de la nada pasan al triunfo y a la riqueza en dos temporadas. Y ahí están, o estaban, los

nuevos ricos de hace media docena de años que no me dejarán mentir.

Es posible que al torero lo malee mucha gente que le rodea. Es fácil, que sus consejeros, sus protectores, sus incondicionales, sus íntimos, los desvíen unos con buen fin y otros porque les convenga, del camino que habrían seguido guiándose por sí mismos: con toda seguridad puede más en ellos la adulación que la lealtad, porque la vanidad no es sólo patrimonio del artista, lo es del hombre en general; pero si se compara al torero con otros profesionales, de eso que hemos dado en llamar «artes», hay una gran ventaja en favor de los que se dedican al «taurino». Los engreídos, los tontos, los que se salen de su esfera son los menos.

Esto es lo que yo deduzco de mis observaciones personales; mas lo repito, yo no he pasado nunca de tratar superficialmente a los toreros y es posible que como en visita todos somos muy corteses...

Pero en este libro no puedo hablar sino de mí y por mí.

Dirá el lector que yo por todos los caminos llego a Joselito, y en verdad esa deducción no sería la que más sintiese. Sin pretenderlo, tal vez contra mi voluntad, estas páginas van adquiriendo el carácter de uno de esos monólogos de que la psicoanálisis saca tanto provecho, porque de entre sus incongruencias va surgiendo la idea dominante en cada neurótico. Si mi neurosis fuera nada más una gran admiración y un gran afecto a Joselito, no lo sentiría, francamente. Lo que temo es aparecer a los ojos del que esto lea como no me gustaría ser. El hecho de publicar estos recuerdos, ¿no será ya una vanidad en mí? El suponer que lo que yo aquí diga ha de interesar a alguien, tratándose de cosas tan personales, de opiniones tan mías ¿no es una demostración de que tengo un concepto muy equivocado de mí mismo?

Yo le aseguro al lector que si eso es así, seré el primer sorprendido, pues este librito si llega a sus manos, es porque supongo que, dejando a un lado mi persona, acaso algo de lo que en él se dice pudiera parecerle sino interesante curioso. Hablo de mí, porque no he sabido evitarlo, y, en último caso, porque entre una modestia hipócrita y una vanidad franca, me ha parecido mejor la segunda; es una actitud que encuentro más digna, y criticarme por criticarme, arrostro con más gusto las consecuencias de parecer vanidoso que hipócrita.

Pero volvamos a Barcelona.

Sea lo que fuere, como en Barcelona hay gente para todo, sobra público para los toros, si el cartel ofrece atractivos y los precios no son caros. Verdad es que en una población que se aproxima al millón de habitantes, no es nada extraordinario que vayan a la plaza los domingos por la tarde (pues en los otros días, ni aun siendo festivos van) diez, doce, quince o veinte mil personas. A todo alargar es un 2 por 100 de los que aquí vivimos. Claro que este viene a ser el porcentaje que da Madrid de aficionados, y de vecinos de otras ciudades no es mayor el que dan aquellas en que se celebran corridas; lo cual prueba que para tratarse de una fiesta que llamamos nacional y la más genuinamente española, el número de sus partidarios deja bastante que desear; y en realidad no tienen porqué alarmarse los que la consideran tan gravemente perniciosa para España.

No tienen por qué alarmarse, pero seguirán alarmándose, y a despecho de las máquinas de vapor y de los tractores mecánicos, de los bueyes, que por lidiarse como toros, se priva a la agricultura, y esto si no

es una cuchufleta para los criadores de reses bravas, nunca ha tenido sentido común, a no ser que precisamente los toros de lidia sean los únicos aptos para las labores del campo, cosa que no está del todo probada. Anualmente se sacrifican en los mataderos algunos millares de cebones, vírgenes de arado y carreta, no de ahora sino de siempre, y eso es una prueba de que la ganadería española da abasto para todo. Pero eso no es obstáculo, para que en contra de la fiesta se eche al vuelo la campana grande de la agricultura unas veces, de la moral otras, de la instrucción no pocas, porque ya es cosa sabida que si en España la agricultura, la moral y la instrucción andan de capa caída, los toros y nada más que los toros, tienen la culpa. Ya se ha dicho un poco más atrás, que para escuelas no hay solares más adecuados que los que ocupan las plazas de toros; añadamos ahora que en *cabarets* y cines, en teatros y teatritos, el público sólo aprende cosas morales y que con respecto a la agricultura, no hay brazos ni fuerza más apropiados que los de los toreros y la del ganado de lidia.

Pero me va por la cabeza que sobre esto ya se ha escrito algo, y no para poner en evidencia la falta de inventiva de los impugnadores del toreo he de sacar a la vergüenza la mía como propugnador. Dicho está todo en pro y en contra de los toros y mientras los dos bandos siguen empleando para atacarse los fusiles de chispa, pues para ellos no ha dado un paso de avance la balística, las corridas continúan cada vez con más público y extendiéndose y atravesando fronteras.

Lo único que me conviene recalcar es que en las ciudades donde más gente va a las plazas, nunca excede de ese 2 por 100 de la población el contingente que de aficionados dan aquéllas; y que estas *dos* personas de cada cien, contaminen e infeccionen de *chulismo*, *torerismo*, *flamenquismo*, etc., al 98 por 100,

me parece un poco arbitrario, por no llamarlo absurdo.

Y si a esto se añade que en toda España, en 1925, el año de este siglo que figura en segundo lugar por el número de corridas, se han celebrado 321, estoy seguro de que el lector llegará al convencimiento de que la que pomposamente llamamos fiesta nacional, es poco menos que desconocida para el 75 por 100 de la nación.

Para que la estadística sea completa, he aquí en ese año de 1925, las ciudades, villas y pueblos españoles que han visto toros (no se habla de las novilladas), y cuantas veces en los 365 días:

| | |
|---|----|
| Madrid | 32 |
| Barcelona | 20 |
| Valencia | 16 |
| Bilbao | 14 |
| Sevilla | 12 |
| San Sebastián | 10 |
| Málaga | 8 |
| Zaragoza y Pamplona, a 6 | 12 |
| Salamanca, Badajoz, Huelva, Jerez y Puerto de Santa María, a 5 | 25 |
| Albacete, Gandía, Granada, Calatayud, Córdoba, Melilla, Oviedo, Santander, Valladolid y Murcia, a 4 | 40 |
| Alicante, Almería, Gijón, Cartagena, Coruña, Jaén, Logroño, Mérida, Toledo, Villena y Vitoria, a 3 | 33 |
| Andújar, Aranjuez, Algeciras, Almagro, Baeza; Burgos, Guadalajara, Castellón, Cáceres, Ciudad Real, Osuna, Palencia, San Fernando, Santoña, Talavera, Tetuán, Ubeda y Zamora, a 2 | 36 |
| Avila, Astorga, Aracena, Alfaro, Alameda de la Sagra, Antequera, Barbastro, Barcarrota, Béjar, Benavente, Cabra, Carabanchel, Colme- | |

nar, Cehegin, Figueras, Gálvez, Gerona; Haro, Hellín, Huesca, Inca, Játiva; Jerez de los Caballeros, La Línea, Linares, Lorca, Manzanares, Mondéjar, Mora, Olivenza, Orgaz; Palma, Perales del Puerto, Peñaranda, Plasencia, Peal, Priego, Pozoblanco, Quintanar de la Orden, Requena, Ronda, Segovia, Sanlúcar; San Martín de Valdeiglesias, Sonseca, Soria, Teruel, Trujillo, Tarazona de Aragón, Tarazona de la Mancha, Tarragona, Toro, Tomelloso, Utrera, Valencia de Alcántara, Valencia de Don Juan, Villanueva del Arzobispo, Vinaroz, Yecla, Zafra, Zalamea, Chinchón y Lozoya, a 1..

Volvamos ahora a mi labor taurógrafa, aunque el lector diga que me dispensaría con mucho gusto de esta parte (¿de esta, nada más?) de mis recuerdos. Pero sucede que cada una de mis publicaciones va unida a ciertas incidencias que me sería imposible evocar si no hablase de aquéllas.

Si yo no hubiera tenido que escribir *Los ases del toreo*, por ejemplo, no habría podido hacer ciertas rectificaciones técnicas e históricas de las cuales algunas ya tienen estado en la opinión, y bien puedo vanagloriarme, pues mi trabajo me ha costado enterar a la gente de que las llamadas *gaoneras*, no es más que la *suerte al costado por detrás*, de que ya hablaba Montes en 1836; que no hay *banderillas al cambio*, consiguiendo que el propio *Dulzurras* rectificara; que el *natural con la derecha*, así lo denomina Montes también en su *Tauromaquia*, y algunas otras cosas más. Con todo esto sólo he pretendido demostrar que la *Tauromaquia* no se aprende por intuición, que los que

cultivan la crítica y cuantos escriben de toros, harían bien en leer, lo que, por lo menos, les evitaría el tener que inventar una historia y un tecnicismo que hace ya tiempo que están inventados. Pero no hay manera, no lee nadie; y si lee a alguien no se entera. La poca afición al libro, la falta de curiosidad de la inmensa mayoría de los escritores taurinos, la compruebo a diario y no por eso me causa menos sorpresa cada vez que se presenta un nuevo caso. De cuando en cuando recibo la visita de algún que otro compañero de los que suelen pasar por Barcelona, y creyendo darles un rato de gusto, en mi afán de hacerles agradable la visita, les enseño mi biblioteca taurómaca, unos 800 títulos y unos 300 periódicos de diversas épocas, reunido todo a fuerza de dinero y paciencia. Pues bien, ni uno solo, a excepción de *Don Ventura*, mi querido colaborador Ventura Bagüés, revela el menor interés, ni la menor curiosidad, a pesar de lo interesante y curioso que poseo. Me dicen que es una biblioteca enorme, miran los lomos de los libros, observan que casi todos están encuadernados en tela roja; pero ni ante las ediciones raras, ni ante las primeras de algunos famosos, se conmueven. Como este desdén debe ser corriente, no puede extrañar a nadie que sean muy pocos, si es que hay alguno, que se den cuenta de cómo se toreaba hace cincuenta años, de lo que era entonces la muleta y es hoy, de la forma de picar los toros, cuando se empezó a hacerlo con vara larga, de lo que fué esa suerte a principios del siglo XIX y de su evolución hasta nuestros días; de la evolución del *volapié*, que para muchos sigue siendo la estocada que inventó *Costillares*; de lo que era el toreo de capa antes; y en una palabra, de todos los cambios que ha sufrido la técnica en tauromaquia...

Para ellos lo único que ha variado es el torero y el toro; aquél en su psicología, y éste en su tamaño; y

yo creo, que en eso es en lo que ha habido menos mudanzas. ¡Lo que son las cosas!

De todo esto, *Los ases del toreo* me han permitido hablar, pues, achaques de viejo, yo me he creído con la misión de restablecer la verdad, y a esa misión me he entregado con un entusiasmo que no estoy seguro de haber empleado del todo bien (1).

En lo que he fracasado, lo confieso, es en lo que estaba más seguro de triunfar, itan de sentido común se me antojaba mi punto de vista!

Verdad es que los hombres, modestamente, creemos siempre que nuestro sentir es el sentir común y en eso nuestra egolatría nos engaña, como nos engaña en otras cosas, hasta que un tropiezo y otro nos hacen pensar que el error que atribuimos a los otros debe ser nuestro nada más. Por ejemplo, yo no sé los años que vengo diciendo y escribiendo que se me antoja un disparate el de los «buenos aficionados» que defienden la teoría de que a los mejores toreros deben dárseles los peores toros, los de lidia más difícil, los de casta más dura, los de intenciones más

(1) Como mis penas no tienen fin, por lo que veo, ahora resulta que al «lance al costado por detrás», que puesto que en la actualidad no se dan «por delante» puede denominarse simplemente «lance al costado», han empezado a llamarle unos caballeros de «frente por detrás». Y no es eso, señores. La suerte de «frente por detrás», la bautizó así su inventor, «Pepeillo», porque quiso significar que venía a ser una «verónica» dada de espaldas, es decir, «como de frente, pero por detrás». No hay más que leer la definición que da de ella José Delgado, para convencerse. Mientras que el lance «al costado» es una cosa muy diferente. Hace ya años, diez, quince o veinte, que no se torea de «frente por detrás, o a la aragonesa», pero el día menos pensado sale un diestro ejecutando esa suerte y, entonces, ¿cómo la llamaremos? No faltará nombre, estoy convencido, pero no hay la necesidad de un anabaptismo, cuando ya ambas están bautizadas y bien bautizadas.

aviesas, los más grandes y cornalones. Sostener esto desde las columnas de los periódicos cuando me hallaba en funciones de revistero, me ha valido el que las gentes descubrieran que estaba vendido al oro coletudo, pues contra lo que yo pensaba el «sentido común» de los otros les dictaba que los toritos nobles, bravos, suaves, son precisamente los que deben destinarse a los que no saben torearlos ni han de poder aprovecharlos, y en cambio los de malas condiciones son los a propósito para los toreros máximos, a fin de que no puedan hacer nada con ellos y nos aburran. Es cuestión de equidad y justicia. Lo equitativo y lo justo es ayudar y proteger al torpe, al inepto e inutilizar al apto y al inteligente, para mayor gloria de la fiesta. Esto para honra de la nacional no pasa más que en ella. A todo el mundo le parece bien que un gran pianista exija para sus conciertos el instrumento de su predilección, y a nadie se le ocurre obligarle a que demuestre su maestría con el piano atormentado por una señorita de la vecindad; a Fleta no se le pide que cante óperas que no sean de su cuerda; ni a Franco (no quiero privarme del placer de estampar aquí su nombre), que repita su admirable proeza con un hidroavión cualquiera y con los otros elementos que el azar le depare. ¡Y es que no hay justicia! Para el pianista callejero debía de ser el mejor Steinway o el mejor Ronisch, para el aprendiz de aviador el aparato más preciso y costoso y así sucesivamente.

Si una plaza de toros fuera una escuela de tauromaquia y si los espadas que figuran en una corrida tuvieran el carácter de alumnos, y el público asistiera no como a un espectáculo, sino como a una prueba de aptitudes, estaría bien que a los discípulos más aventajados se les reservasen los toros que ofrecieran mayores dificultades, y viceversa. Pero no se

trata de eso; una corrida es un espectáculo al que el público va a divertirse lo más posible, y los espadas que en él toman parte están todos revalidados, ¿no parece lógico, pues, que el buen aficionado pida para *Chicuelo* o *Lalanda* el toro que mejor le permita desarrollar su arte y queden reservados para los medianos y malos los *huesos*? Parece lógico y lo es, y no hay nadie, como no sea un enemigo personal del diestro, que no desee para los de la clase de los dos mentados «toros que embistan», en el momento de verlos actuar; sin perjuicio, claro está, de decir más tarde, por ese afán... ¿tan humano?... , ¿no estaría mejor decir tan inhumano? de quitar mérito a un triunfo, que ¡había tan poco enemigo! que ¡era éste tan ideal!... De todos modos el primer impulso del que va a la plaza a divertirse es que al mejor torero le toque el mejor toro. Hay que tener presente además, que la única razón que hace tolerables a determinados «obreros» de la tauromaquia es la existencia de *determinadas* ganaderías; si todas las que hay fueran buenas, «dieran bravo», como se dice en la gerga ganaderil, hay bastantes matadores de toros que no se vestirían, porque el ridículo que corren esos tales con reses nobles y bravas, reiterado en cada actuación, no les permitiría prolongarlas ni repetir las muchas tardes. Así, pues, si esos han de «comer del toro», del toro difícil, del manso, del que se presta a pocas filigranas, ha de ser; véase cómo, hasta en beneficio de los «desgraciados», de los «desheredados», etc., es conveniente que lo bueno sea para los buenos y lo malo para los malos, porque con lo malo logran «taparse», y con lo bueno se descubren, es decir, se revelan con toda su ineptitud para el oficio.

¿No lo sabe esto todo el mundo?

Pues hacen muchos como que lo ignoran, y lo mismo ayer cuando *Lagartijo* y *Guerrita*, le ponían re-

paros al ganado colmenareño (1), como después cuando Joselito y Belmonte preferían ciertas castas andaluzas, como hoy determinados toreros rehuyen háberse las con los Miura o Palha, y sus similares, los «buenos aficionados» ponen el grito en el cielo, como si cometieran los diestros el mayor de los desafueros, cuando en realidad, al mirar por sus conveniencias, miran por las del público... y hasta por las de sus compañeros de última categoría que así pueden torear y de otro modo no torearían, porque el que no exige ganado a su gusto es sencillamente porque no ha demostrado méritos para hacerlo.

El pensar así en esto, y el sostener con documentos fehacientes que en todas las épocas los toreros han preferido el «toro a modo», que se dice hoy, que gracias a ese «toro a modo» ha sido posible el toreo moderno cien veces más vistoso, alegre, artístico y bello que el antiguo, me ha valido serias reprimendas de conspicuos aficionados y el que que se me declare partidario del choto, del becerro, etc., cuando en verdad lo único que ocurre es que no le vuelvo la espalda a la realidad y vivo de cara a ella. Eso me permite a los sesenta años gozar tanto en una corrida como gozaba a los veinte, y tan *lagartijista* como entonces, he sido luego *gallista*, y sin ser hoy *ista*, porque ya no me queda tiempo para ello, en *Chicuelo*, en Marcial Lalanda y en algún otro, encuentro méritos tan extraordinarios que con ellos me doy por satisfecho cuando los ponen de manifiesto, lo mismo, exactamente igual, que me acontecía, hace diez, hace veinte, hace treinta y hace cuarenta años.

«Cuando los ponen de manifiesto» nada más, porque

(1) Como no quiero hacer erudición barata, no hablo de Costillares y Pepehillo que tampoco gustaban de los toros castellanos.

desgraciadamente no es eso lo que ocurre siempre, lo mismo ahora que antes.

Tal vez en el día, por ese carácter más artístico y vistoso que han adquirido las corridas de toros precisamente, el lidiador convencido de que lo que de él se pide es lo airoso y bonito, no me atrevo a decir lo Bello, se desanima con más frecuencia que los «antiguos» cuando no encuentra material a propósito; y hasta es muy posible que haya descuidado la parte de la técnica útil a él, para cultivar con más ahinco el adorno. De ahí que, no tengo inconveniente en confesarlo, puesto que no me erijo en paladín de ningún sistema, los «buenos toreros» sean escasos en relación con los que «torean bien», más abundantes ahora que nunca, y se dé el caso frecuentísimo de que a un toro que no consienta filigranas, sean contadísimos los que saben lo que hay que hacerle.

Y si a esto se añade que a las grandes figuras, los mejores toreros, no les es posible prodigar las faenas notables, unas veces por desgana, otras por cansancio, en ocasiones por estado de ánimo o por otras causas que influyen positivamente en él, resultará que muchas y muchas tardes, no salen a relucir sus «méritos extraordinarios» y en todas esas tardes, juntamente con el resto de los espectadores me aburro concienzudamente; pero no más que me aburría hace veinte o cuarenta años atrás.

La fuerza de atracción de los toros, nada mejor que eso lo demuestra. No hay espectáculo del que el público salga tantas veces defraudado; y, sin embargo, a prueba de decepciones, vamos y volvemos un día y otro y siempre llenos de esperanzas... ¡Indudablemente es mucha fiesta la fiesta de toros, y el que ha gozado uno de esos momentos de intensísima emoción que de vez en cuando se producen, queda prendido a ella y con la ilusión de verlo repetido, no hay desengaños que logren desprenderlo. ¡No explicará esto también la te-

nacidad de la fama excepcional de determinados diestros a los que no les apea de ella una serie continuada de fracasos?

Recordaremos a Rafael el «Gallo» como tipo de la clase, y por ahí anda «Chicuelo» que no me dejará mentir, y a la zaga les va, según todas las apariencias, el «Niño de la Palma», aunque respecto a éste quizás sea prematuro clasificarlo en esa categoría. Pero como no es darlas lo que me propongo, sino presentar a la consideración del lector el fenómeno, hasta el presente resulta que el joven Cayetano Ordóñez, como el pollo Manuel Jiménez, y el «Gallo» Rafael Gómez, algo extraordinario necesitan haber hecho y hacer, para que el público, aun sabiendo que lo más probable es que se den «nones», acuda presuroso allí donde ellos torear por si la suerte dispone que se den «pares».

Como yo soy de los que opinan también que «los toros es la cosa más seria de España», y que en vano se trata de atentar contra esa seriedad con prevaricaciones, cohechos, influencias, simpatías, enconos, propagandas, insidias, calumnias, pues al instinto popular no se le engaña, lo más que podrá hacerse es crear una alucinación pasajera, no me cabe duda de que los «pares» de esa jerarquía de toreros deben de ser algo estupendo, y digo que no me cabe duda ateniéndome al sentir general, porque de mi opinión particular podría no fiarme y de hecho no me fío en innumerables casos, convencido como estoy de lo que influyen en nuestro sentir causas puramente subjetivas, de lo que nuestra consciencia clara no se da cuenta y hasta rechaza indignada, pero que no por eso son menos reales y verdaderas y existen menos.

Procuró en lo posible, cuando escribo, huir de todo lo que huela a paradoja, porque no he sentido nunca el prurito de sorprender al lector con cosas desconcertantes, sino por el contrario, decirle aquello que él mismo se habría dicho, si hubiera fijado su atención en

el punto de que se trate; pero esta vez, aunque quebrante en apariencia mi propósito, en apariencia nada más, porque en el fondo no hay tal paradoja, quiero repetir aquí lo que hace mucho tiempo vengo observando y diciendo: *El que más entiende de toros es el público*. Examinados individualmente cada uno de los ocho, diez, doce, catorce, veinte mil espectadores que componen ese público, no saben nada de tauromaquia; todos ellos unidos, en los tendidos de una plaza, saben bastante más que el más experto de los revisteros, y el mejor de los aficionados.

Hay una razón poderosa para que esto sea así, y por lo tanto para que la apariencia de paradoja se desvanezca.

El público, de ordinario, asiste al espectáculo sin prejuicios, va a divertirse, acude en busca de emociones, de rasgos de valor, de gallardía, de belleza y como se entrega por entero a sus impresiones, sin ningún «control», aquello que le satisface le satisface, hágalo quien lo haga, y si en un diestro pone sus simpatías, su cariño, su admiración, y lo proclama «figura», figura es aunque se oponga toda nuestra «ciencia tauromáquica», hablo de la «ciencia» de los profesionales de la crítica.

Nosotros, unas veces porque queremos hacer del toreo un arte transcendente, y su transcendencia si alguna tiene es exclusivamente de un orden social, de ninguna manera artístico, otras porque estamos bajo la influencia de la pasión, de la simpatía, de nuestro gusto individual, o del interés, ¿por qué no decirlo?, «controlamos» (y van dos *controles*), fiscalizamos, con excesiva vigilancia nuestras impresiones, y casi con antelación sabemos lo que nos va a entusiasmar, como la ocasión se presente, y lo que nos va a dejar fríos, pues si para el primer caso nos hallamos dispuestos a sumarnos al público, para el segundo nos queda el recurso de elevarnos sobre él y sonreírnos desdeñosamen-

te de la «galería» que se deja engañar por un «truco».

En una palabra, el público, no tiene «escuelas» que defender, técnicas que hacer respetar, reglas que imponer, desdenes que vengar, indiferencias u omisiones que reprochar, y si el «galleo de la mariposa» de Lalande le gusta se entusiasma, y si los pases sentado al estribo de Sánchez Mejías le parecen valerosos, los aplaude, y si torear de rodillas encuentra que es de valientes, se lo agradece al que así torea, etc., etc.

Desgraciadamente el poder sugestivo de la letra de molde es muy grande, y si bien yo creo que todas las propagandas y todos los encomios de una «buena prensa» no bastan para hacer de una medianía un «as», en cambio es indudable que a un «as» le puede hacer muy espinoso su camino una «mala prensa».

Una parte del público, grande o pequeña, pierde con esa sugestión, la espontaneidad, que es su mejor condición, y con esa pérdida acarrea, a veces, un perjuicio a la fiesta, eliminando de ella suertes y lances que la animaban, y a él, al público, le gustaban; pero que por haberle dicho, que se ejecutaban o se ejecutan a base de «truco» acaba por rechazar, aburriendo al diestro que las había innovado.

¡Lástima que esto suceda! Me limito a deplorarlo, porque evitarlo o remediarlo, es imposible.

Es en balde que el objetivo de muchas censuras, de muchas campañas, se manifieste de un modo claro y evidente; y aun repitiéndose con lastimosa frecuencia el hecho de que un mismo «truco» lo encuentren lícito y hasta admirable en uno, y en otro vituperable y de mala ley, influye lo estampado en esa parte del público, que de buena fe, y quizás creyendo que labora en pro de los prestigios del toreo, le hace el caldo gordo al censor tendencioso. Esta clase de «aficionados», son los «de oído».

Verdad es que siempre queda un número mayor de espectadores que se desentienden o no se enteran de

estas campañas, y gracias a ellos el público continuaba siendo «el que más entiende de toros».

He dicho antes que, de «ordinario» el público va sin prejuicios a los toros, y ese de «ordinario» lo he escrito porque hay casos en que los lleva. Uno de los más frecuentes es el de creer que el torero que le arrastra ha de estar a la altura de las esperanzas que en él ha puesto, y como generalmente ese torero suele ser el de más fama y el «más caro», el que más cobra, como se suponga el público defraudado, contra él se vuelven todas las iras. Por la misma razón, siempre va predisposto en favor del modesto, como éste no sea una nulidad.

En Barcelona, por ejemplo, existe una gran benevolencia para el torero de fuera de España, y ahí están los mexicanos para probarlo, que por algo la llamó Nuestro Señor Don Quijote, «albergue de los extranjeros».

Pero estos que llamamos prejuicios, en verdad no son más que impulsos de todas las multitudes, llevadas siempre a ponerse del lado del que creen más débil, y en frente del que suponen fuerte y favorecido por la fortuna, aunque al hacerlo así vayan contra su propio interés.

En resumen cuando un torero sé yo a ciencia cierta que ha gustado o ha entusiasmado al público en Madrid, en Valencia, en Barcelona, en Sevilla y en Almedralejo, digan lo que quieran los catedráticos, a la «galería» me sumo y en ese torero creo. A él le toca luego demostrar de parte de quién estaba la razón, pues afortunadamente la «galería» no tiene amor propio y si se equivocó en sus juicios, no tarda nada en rectificar. Los casos abundan una enormidad, y son la mejor prueba de que al público no hay quien lo sorborne ni se casa con nadie. No tiene más favorito que el que le produce entusiasmo.

Pero retrocedamos al mío.

Llevado por él, emprendí en 1920 la publicación de un *Gran Diccionario taurómico* que el público y la Prensa acogieron favorablemente, pero la muerte del editor, el simpático y querido F. Granada, interrumpió en el séptimo cuaderno la obra, e interrumpida ha quedado un poco por dejadez mía y otro poco por el miedo que llegó a producirme trabajo tan enorme y en el que tan difícil resulta acertar, pues los mejores deseos se estrellan contra la falta de asistencia de los que pudieran, a poco coste, ser valiosos auxiliares.

Sin perjuicio de censurar acremente el menor descuido, el más insignificante error, nadie sin embargo, se toma la molestia de prevenirlos, ni aun a requerimientos del que a estas especulaciones se dedica. Ahora mismo, en que Ventura Bagüés y yo hemos cargado con la responsabilidad de historiar las temporadas de toros, en nuestro libro anual *Toros y Toreros*, nos tropezamos con la incomprensión por todos lados. Ganaderos, apoderados, toreros, que no contestan a cartas en que se les piden datos que a ellos más que a nadie interesan, se lamentan luego, y ponen el grito en el cielo, si los datos que nos vemos obligados a recoger de las informaciones periodísticas, están equivocadas o no responden a sus deseos. Nadie se hace cargo de lo ardua que es la obligación que nos hemos impuesto ni de lo desinteresadamente que nos la imponemos, pues en realidad, los beneficios distan mucho de compensar el trabajo, y de ello es prueba el que más de uno y de dos, han tenido que abandonarlo, es de suponer que no por haberse retirado enriquecidos por el negocio.

Por esa falta de colaboración de los que en cierto modo están obligados a prestarla, duermen tranquilos

mis datos y apuntes para el *Diccionario*, y ya veo muy difícil que despierten (1).

Y con esto ya tengo dicho una gran parte de lo que me proponía en estas páginas, que tuve un día la descabellada idea de escribir... y...

(1) Eso pensaba cuando esto se escribió, pero al presente hay más que palabras respecto a la publicación, sino de un Gran Diccionario, de otro manual que contenga sin embargo cuanto al aficionado le interese saber, tanto en la parte técnica como en la biográfica, histórica, bibliográfica, etc., y resulte de un precio al alcance de todos.

III

En resumen

He llegado a este capítulo, que es ya el final de mi libro, de lo que debiera haber sido mi libro, y como otras tantas veces, o mejor decir, como todas las veces, me resulta que no es esto lo que yo me había propuesto hacer.

Hace ahora veinticinco años, al dar a la estampa cierto libro mío (1), en la carta que le precedía, dirigida a don Armando Palacio Valdés, el maestro tan admirado y tan querido, al notar esto mismo de que ahora me doy cuenta, transcribía un párrafo de Nietzsche que se lee en su *Gaya ciencia*: «Hay en nosotros una inquietante oposición; nuestro gusto por una parte y nuestra fuerza creadora por otra, se hallan separados de un modo singular».

Muy recientemente, en estos mismos días casi, en que escribo estas páginas, la lectura del último volumen publicado de Marcel Proust, *Albertine disparue*, me ofrece como consuelo este párrafo: «Las frases de

(1) «La Alegría de amar». 1.^a edición.

mi artículo, cuando yo las escribía, eran tan pálidas comparadas con mi pensamiento, tan complicadas y opacas, comparadas con mi visión armoniosa y transparente, tan llenas de lagunas que no había logrado hacer desaparecer, que su lectura era para mí un sufrimiento, y no hacían más que acentuar en mí el sentimiento de mi impotencia y de mi carencia incurable de talento.»

Indudablemente, lo mismo cuando se trata de un escritor de tan soberana magnitud como Proust, o de tan ínfima categoría como yo, entre lo que hemos pensado hacer y lo que en realidad hacemos, media una distancia enorme, que como el mismo sutil novelista dice, no advierte el lector, el cual desconociendo a lo que aspirábamos, acepta con benevolencia lo que le ofrecemos.

¿Me ocurrirá a mí esto, por fortuna?

Mi temor no nace de la importancia que yo le doy a este libro, pues ni a este ni a ninguno mío le doy importancia, bien lo sabe Dios; mi temor nace de que, así como yo he sufrido una horrible decepción, pues todo lo que contiene me parece muy poco interesante, al lector no se le antoje que he abusado de su buena fe, si es que llegó a suponer que aquí encontraría por lo menos algo curioso que saber, y le resulta que lo único inédito es lo que no le importa, o sea, las andanzas por los campos de la literatura tauromáquica de un caballero particular, al cual, por añadidura, no le pasa nada extraordinario.

Pero... lo hecho, hecho está. Cuando estas dudas han surgido, hay ya mucho impreso y no me queda más remedio que continuar... Eso sí, abrevio; pareciéndome haber oído por lo menos *dos avisos*, lo que resta será una *faena de aliño* para el *golletazo* final, porque el *golletazo* se impone.

Lo daré, pero permítaseme que «cuadre» antes a la «fiera», que «junte las manos», pues no quisiera, ni en este momento, faltar a las reglas.

* * *

Y ahora al toro, que si no es una mona precisamente, tiene todas las apariencias de un «mico».

A los cuarenta y tantos años de ver toros, y previa toda esta labor retro e introspectiva, resulta que si subjetivamente todo ha variado, objetivamente todo sigue igual en materia taurómaca y en otras materias.

Hoy, lo mismo que ayer, los hombres, llamándose unos antiguos y otros modernos quieren establecer una solidaridad entre ellos y el momento, sin tener en cuenta que el momento no existe como tal, que el momento es continuo y perenne, que no ha principiado y que no acabará, que no varía; que los que variamos, nacemos y perecemos somos los hombres, pero no de una manera tan tangible colectivamente como individualmente nos ocurre, y por lo tanto sufrimos error al suponer que por ser viejos en 1926 y defensores de lo que éramos en 1890 es que los tiempos han cambiado; nosotros somos los que hemos cambiado y si hoy nos creemos inadaptables a las costumbres, modas, gustos y vicios actuales, no es por lo que todo eso difiera de lo que fueron costumbres, modas, etc., de hace treinta o cuarenta años, sino porque carecemos de fuerza, de vigor, de energía, para adaptarlas, y nos hacemos la ilusión de que las repudiamos. Así es el hombre afortunadamente: a todo lo que no alcanza renuncia y se consuela con su filosófica resignación, como si fuera un acto de libre y espontánea resolución.

Ni los toros hace cuarenta y tantos años eran más bravos que hoy ni los toreros mejores; entonces co-

mo ahora había muchos mansos y muchos toreros infames.

Reconocer esto me parece que es cometer una defección contra mí mismo; y yo que lo pienso así y por eso lo escribo así, quisiera no pensarlo para no tenerlo que escribir. Pero ¿por qué he de complicar con mis particulares impresiones cosas que no tienen nada que ver conmigo? Si, para mí, los tiempos de *Currito*, los Machío, Hermosilla, *Chicorro*, etc., que eran los tiempos de mi juventud, van unidos a los recuerdos mejores de mi vida, y de esos toreros, por ser de aquellos tiempos precisamente no me puedo acordar sin mucha melancolía; pero eran muy malos, tan malos como los que lo son ahora, y no hay que olvidar que entre ellos y los dos colosos de la época, apenas si existían dos o tres más, mientras que al presente la gradación es más suave.

La fiesta ha evolucionado, es cierto; pero no en perjuicio de su belleza, pues aun en el caso de que haya perdido aquella emoción que en otros tiempos pudo darle lo rudimentario de una técnica que estaba en sus comienzos, en cambio ha ganado en vistuosidad, en alegría, en seguridad, en humanitarismo, sin perder sus características de ejercicio arriesgado para el actor y de fiesta impresionante para el espectador.

¿Pero en realidad ha perdido en emoción? Habría que averiguar qué es lo que emociona a los que eso afirman. Por mi parte aseguro que, en estos mismos días, unos lances de capa de Cayetano Ordóñez me han hecho sentir muy honda y muy intensa la emoción, hasta el punto de que por inverosímil tendría el hecho si me lo relatasen y yo no lo hubiera visto, y no al Niño de la Palma únicamente, sino a tantos y tantos, de doce años a esta parte, en que los «toreritos de merengue» se han habituado a pisar un terreno que los «toreros machos» creían vedado.

A tales extremos de proximidad del toro ha llegado

a torear modernamente, que si no nos hallásemos enterados al presente de todo lo que es capaz la Inconsciencia en servicio nuestro, habría que creer que la casualidad ejercía una influencia decisiva en la lidia de reses bravas, pues descartado el Inconsciente sólo al azar podía atribuirse que una, dos, tres, cuatro, seis veces, en una serie de lances de capa o muleta pasaran los pitones a dos centímetros exactos del pecho del diestro conservando en todos la distancia fijada y querida por el ejecutante; y eso sería mucha casualidad. Pero lo repito, al presente sabemos que «es el inconsciente el que nos dirige en la calle en medio de los obstáculos, mueve los dedos del pianista, el cuerpo del acróbata, enlaza los períodos del orador en la improvisación de un discurso, ejerce su actividad en las series más múltiples y menos absurdas de actos, siempre coordinados y conducentes a fines que la consciencia no alcanza hasta que se han conseguido» (1).

El inconsciente es el que mueve los brazos del torero en esas verónicas inverosímiles, y hace pasar al toro sin riesgo para el hombre tan cerca de él; el inconsciente es el que le hace salvar al matador, en el momento preciso el pitón homicida, el inconsciente, en una palabra, es el que riéndose de las célebres «reglas fijas» incita al lidiador tocado de la gracia a «torear como no puede torear» y ha ensanchado hasta tal punto el campo taurómico que apenas sí ya los límites se vislumbran.

Aprendido el oficio, porque el Inconsciente no hace de un mozo de cuerda un torero, con consciencia exacta de que se sabe torear y de que se posee el valor que es necesario o el que da la confianza en los recursos técnicos y en las facultades físicas, o sea en total, firmemente convencido el lidiador de su maña y de su

(1) J. Danville, «Le Mystere Psychique», París 1925.

aptitud, el Inconsciente se encargará de revelar al artista que aquel lleva dentro con la sola condición de que le deje hacer, de que impida toda intervención de la Consciencia, pues está mostrándole los riesgos y peligros, creará la duda y anulará por completo todas las buenas disposiciones de aquél.

Esos quites de una oportunidad y de una valentía sorprendentes, esos lances improvisados en un momento de peligro o en un instante de entusiasmo, el Consciente se guardaría muy bien de sugerirlos, y hasta cuando el Inconsciente impulsa a hacerlos, si se le pidiera consejo, con seguridad que lo daría negativo. Esta y no otra es la explicación de algunas cogidas, en las que acaso ocurra que al darse cuenta el diestro del peligro que está corriendo, al querer evitarlo o aminorararlo se crea un segundo de azoramiento el cual basta para que lo desgracia se produzca. Torear con la idea fija en eludir el riesgo, aunque eso sea observando todas las reglas del arte, o en otros términos, torear conscientemente, equivaldría a hacer del toreo un oficio, y, de haber sido así, de oficio no habría salido y hoy una corrida sería lo que fué en tiempos de Francisco Romero.

Quedamos, pues, en que gracias a la Inconsciencia de los «toreritos» de ahora y a la Inconsciencia de los «torerazos» de antes, ha llegado a ser el toreo lo que es en la actualidad; y lo que llegará a ser la Inconsciencia mediante.

Esto no ha de parecer bien a muchos aficionados del antiguo régimen y a otros asimilados.

Emplearé un modismo catalán que es un hallazgo en muchos casos: «No sé qué decirles...»

Me explico perfectamente lo que les ocurre y no los censuro. Al hombre le cuesta trabajo darse cuenta exacta de su verdadera situación en la vida, y mucho más cuando ha sido algo, y los años u otra causa cualquiera lo han borrado.

En un viaje de Nueva York a Cádiz, en 1910, fuimos compañeros el señor Manuel Hermosilla, que venía de México, y yo. Era ya viejo Hermosilla, y los años poco afortunados de su existencia habían ido formando un poso de amargura en el fondo de su alma. Para él, como para todos los que nos hacemos viejos, era el mundo el que había cambiado, naturalmente, sin que ganara nada con el cambio. Ya no gustaba el toreo serio de su época, y no sé si dijo también, el «toreo clásico»; ahora era el triunfo del «pegolete» y de la martingala; aun no se había empezado a hablar de trucos. A eso, y no a sus sesenta y tantos años, se debía que él se viera en una situación bien precaria.

Hablaba el señor Manuel, y yo sin querer lo recordaba en 1881 y 1882, en Madrid y más tarde en alguna otra plaza; y si mi recuerdo no me engañaba tampoco por aquel entonces gustaba su toreo serio...

Yo no sé lo que pensaría en esa época, Hermosilla, de los tiempos que corrían; no tuve el gusto de tratarle entonces.

En 1913 lo encontré en Sevilla un día de toros por la mañana. Aquella tarde toreaban Ricardo y Manolo *Bombita*, y Rafael y Joselito el *Gallo*. No, no pensaba ir a los toros el señor Manuel. El toreo había degenerado en una mojiganga y a él no le gustaba eso. El se mantenía fiel a su tiempo, cuando... cuando...

Cuando pasaba lo mismo que ahora, sobre poco más o menos.

Bastantes años después, hace muy pocos, le decía yo a un célebre espada retirado, que los toreros más parecidos que yo había conocido entre las grandes figuras, eran él y Joselito, sin más diferencia para mí que lo que para él era difícil y necesitaba esforzarse para hacerlo, a José le resultaba fácil y lo hacía sin esfuerzo.

—Sí—me contestó—; pero es que usted no tiene en cuenta los toros que yo toreaba y los que toreaba José.

De la diferencia que había entre ellos viene que lo que era difícil para mí fuese fácil para él.

¿Qué diferencia podría haber, Dios mío?

¿Habría cinco kilos?

Sin contar que durante un año torearon juntos muchas corridas.

¿Cómo dudar de que tanto Hermosilla como el célebre matador que no nombro, pero que todos adivinarán, me hablaban sincera y lealmente?

Pero es eso: es que la imaginación agranda y embellece nuestros recuerdos, o los achica y afea, y acaba uno por sufrir los efectos de la autosugestión, haciéndonos creer como exactas cosas que distan mucho de serlo.

He aquí por qué yo siempre estoy en guardia contra ella, y cuando al recordar mis años mozos me siento inclinado a pensar que todo al presente está en decadencia, «le paro los pies», y si insiste mucho, reviso reseñas, rebusco instantáneas de la época en que empezó a haberlas, y la hago «hocicar» ante la verdad escrita, con lo que logro poner las cosas en su lugar.

Si esto pareciera demasiada pretensión mía, no se olvide que tan sólo me refiero a lo que a mí afecta, y por lo tanto únicamente para mí «pongo las cosas en su lugar.»

Pero por esa propensión del escritor, del que ha hecho un oficio de la exteriorización de su pensamiento, me creo en la obligación de comunicar mis ideas al paciente lector, y aunque sólo sea por sí en ellas hay algo que pueda serle útil, expuestas quedan y él verá lo que con ellas haya de hacer.

Ir a los toros con el convencimiento de que hemos de aburrirnos, de que el espectáculo se encuentra hoy en absoluta decadencia, de que en los lidiadores falta todo mérito y en el ganado toda condición, francamente, no lo comprendo. Si eso se piensa de verdad ¿no sería lo lógico dejar de ir?

Puesto que no dejamos de ir, a mí me parece que es una prueba, una demostración de buen sentido extraer de la fiesta todo el placer que nos pueda proporcionar, y no porque supongamos, o nos hayan dicho, que antes eran muy superiores toros y toreros, ocupar nuestra localidad con un gran acopio de bilis que nos amargue los más dulces momentos.

Todo esto, naturalmente, no es al público en general a quien se lo censuro; el público en general, lo he dicho antes, cuando no está bajo la presión de influencias extrañas, o de prejuicios personales, sociales, sentimentales y hasta políticos en ocasiones, si se divierte, se divierte; es con los «buenos aficionados» con los que me encaro, pues a título de defensores de las corridas de toros no es admisible un empeño tan tenaz y sistemático en desacreditarlas.

Voy a suponer, y ya no es posible extremar más la hipótesis, que en tiempos de *Bombita* y *Machaquito* los «buenos aficionados», hoy cincuentones, se divirtieran más en los toros de lo que actualmente se divierten; ¿no les dice eso, algo a esos señores que tras de aquellos toreros gozaron de Joselito y Belmonte? Porque... los que hoy están en candelerero se parecen bastante más a los dos grandes colosos que a ellos se parecieron Ricardo Torres y Rafael González...

Si son víctimas de esa lamentable ofuscación, es decir, si suponen que eran mejores tiempos los de *Bombita* y *Machaquito* que los presentes, yo creo que bastaría con que comparasen éstos y aquéllos con los de Joselito y Belmonte, para que se dieran cuenta de su error inmediatamente.

Lo que esos dos últimos aportaron a la lidia de reses bravas, persiste, es la base del toreo moderno; no hay actualmente un Joselito ni un Belmonte, pero lo esencial de su arte perdura, y yo, con la mano puesta donde haya que ponerla cuando se trata de decir toda la verdad, afirmo que un *Chicuelo*, un Marcial

Lalanda, un *Niño de la Palma*, un Enrique Torres, cada cual en su jerarquía, unos como realidades, otros como promesas, me ofrecen bastante más satisfacciones a mis exigencias de aficionado, quizás de mal aficionado, que hace veinte años conseguía con los toreros de aquel tiempo, descartando Rafael el *Gallo*, y en ciertos momentos Antonio Fuentes.

¿Por qué, ahora que se me presenta ocasión, no he de decir lo que siento?

¿Será que mis gustos han evolucionado con el toreo? Encantado y gracias sean dadas al Todopoderoso. Prefiero mil veces eso a que se hubiesen anquilosado y verme hoy, a más de viejo, gruñón.

Parece ser, me lo ha asegurado más de uno, que eso que llaman «tolerancia», «benevolencia», en los que así pensamos y sentimos, es una de las causas de la decadencia de la fiesta; no lo negaría si yo realmente creyera en tal decadencia; pero como no creo... forzosamente he de suponerme exento de toda responsabilidad, y por lo tanto podría excusar el defenderme. Pero... voy a dar de barato que, por qué a mí, y a muchos, nos parezcan buenos los toreros de ahora y tan bravos o más bravos que antes los toros, aquellos y los ganaderos carezcan de un estímulo, de un acicate que es el que la severa censura, más que severa, la obstinada y pertinaz censura, representaría. En primer lugar no faltan esos censores obstinados, severos y pertinaces; en segundo existe la competencia lo mismo entre lidiadores que entre criadores, y unos y otros saben que no son suficientes la conformidad y resignación de un cierto número de aficionados, para seguir disfrutando de los beneficios de la fama, pues el ganadero que no «da bravo» y el espada que no se arrima, no tarda nada en verse pospuesto y reemplazado por otro que venga empujando.

Ahora, llamar decadencia a que un público que se renueva constantemente, guste de lo que a nosotros no

nos gusta, simplemente porque se diferencia de lo que nos gustaba, se me antoja una cosa muy parecida a decir que Falla con su música española ha venido a estropear la de Barbieri y Gaztambide, extragando el gusto de la gente.

Más bien creo yo que entorpecen y ponen obstáculos al desarrollo de aptitudes en muchos diestros, los emperrados en encontrarlo todo mal; y por lo mismo, que ellos son más responsables que nosotros de lo que llaman decadencia del toreo.

A fuerza de exigir, en ocasiones absurdamente, en nombre del «clasicismo» unas veces, otras en nombre de la «estética», y siempre con miras partidistas, un toreo que en la práctica no es constantemente posible, pues ni todos los toros lo consienten ni para él tienen condiciones todos los toreros, no son pocos de estos los que se adocenán y malogran, cohibidos, coartados, por esa crítica incomprensiva que, a título de severa, llega a ejercer influencia perturbadora en el público, más cuando éste de más entendido se la da.

¿Quiere decir todo esto que nós hemos de conformar con lo que los primates de la tauromaquia hagan y agradecersele encima?

No; no quiere decir eso.

En estos días precisamente he leído acres censuras de Gregorio Corrochano a Marcial Lalanda, por su actuación en la plaza de Madrid en este comienzo de temporada de 1926, y como están razonadas y muy en su punto, no tan sólo me parecen muy bien, sino que son las mismas que yo, de escribir en algún periódico, le habría dirigido por lo que le he visto en Barcelona por esas mismas fechas.

Cuando se es Marcial Lalanda, cuando se ocupa el puesto que él ocupa, y se sabe que hay un público, ávido de admirar su arte, que acude allí donde él torea, si se quiere conservar tan elevada categoría y dis-

frutar de los estipendios que a esa categoría corresponden, por lo menos hay que demostrar deseos y buena voluntad, y cuando estos fracasen por imposibilidad absoluta de sacar partido de un toro o de varios toros, hacérselo ver a ese público palpablemente, poniendo a contribución el valor, los recursos del arte, todo el caudal de cosas del buen torero que él lleva dentro; pero en modo alguno conformarse con la convicción íntima de que no es posible hacer faena, y desanimarse, torear con desgana, ponerse a la defensiva y... dejar al que le ve, por lo menos con la duda de si realmente no ha podido o es que no ha querido.

Y como de cuatro toros que le he visto matar en lo que va de temporada, en tres he sentido esa duda, lo repito, comprendo la actitud de Gregorio Corrochano, y como al buen pagador no le duelen prendas, esta, como alguna otra vez, me ha gustado en extremo leerle.

El lector comprenderá, que si aquí hablo de esto y cito el nombre de Marcial, como ejemplo, es por la mucha estimación en que tengo a este lidiador, la cual no puede haber pasado inadvertida a quien hasta aquí me haya seguido en estas páginas.

La benevolencia mía, esa a que me refiero y propugno es de otro género. En una palabra, toda esa benevolencia tan perniciosa y desmoralizadora se reduce a «no pedirle peras al olmo» ni «cotufas en el golfo»; a darse ayer por satisfecho con las estocadas rápidas, con mal estilo, de Joselito, tras una faena extraordinaria de muleta, a fin de que el vino de ésta no lo aguara el examen minucioso de aquélla; a no indignarme hoy con *Chicuelo* por lo que yo de antemano sé que no ha de hacer, y a esperar la oportunidad en que haga lo que él puede hacer... Ahí está todo el secreto. Ver en cada torero, lo que el torero es. No empeñarse en que uno solo reúna las mejores cualidades, agrandadas por la imaginación, de las mayores figuras.

Ahora mismo se está dando un caso curioso con el *Niño de la Palma*. A mí me parece ese muchacho un artista excepcional, ¿pero es sensato pedirle a estas horas, cuando lleva dos años de torero, que lo sepa y lo haga todo, y todo lo haga y lo sepa bien?

Por mi parte no se lo pido; con lo que apunta, con lo que en él observo, con los detalles de gran torero que en él descubro, me basta para que cifre esperanzas de que pueda llegar a serlo; y tengo paciencia.

Pero, contra él se ha desatado la furia popular, porque no es en todo momento lo que puede ser algo más tarde; y de eso es la culpable una mal entendida severidad, por parte de cierta crítica.

Por desgracia ocurre, páginas atrás lo he hecho constar, que la letra impresa tiene un alto valor sugestivo para las gentes; y como éstas, más desgraciadamente todavía, en su simplicismo, sienten especial predilección por las afirmaciones y negaciones rotundas, es muy frecuente que se vean elevados a la categoría de autoridad aquellos que menos la posean, con tal de que, merced a su ignorancia muchas veces y a su audacia no pocas, sin pararse en barras, den opiniones definitivas y categóricas, otorguen o nieguen reputaciones, concedan o quiten méritos. Quien revele alguna perplejidad, razone su apreciación, haga distingos y salvedades, es hombre perdido en la opinión de las masas, que incapaces de seguirle en sus razonamientos, no lo aceptan como guía, no pueden aceptarlo: les obligaría a tener que pensar, y, precisamente, para evitarse esa molestia han comprado el periódico y con él una opinión que les ahorra tenerla que formar.

Para mí esa es la clave del auge de no pocos reviseros de toros. Dando palos de ciego se han abierto paso, y cuando con una mayor experiencia y un mejor conocimiento de lo que llevan entre manos, han perdido una parte de su acometividad y otra de su «ro-

tundidad», entonces ha sido cuando la fe que en ellos se tenía se ha aminorado...

Esos, y no los «benévolos» son los que contribuyen, sino a la decadencia, a que la evolución del toreo no camine más de prisa; y dejando tranquila la evolución, a que los toreros de ahora, cuando les sale el toro con el que no se puede hacer «la faena», ni ser «clásico», ni «estético», ni «correrle la mano», ni «parar, templar y mandar», ni «marcar los tres tiempos», ni «darle el hombrillo», ni ninguno de los lugares comunes que constituyen todo el arsenal técnico de la crítica severa, no sepan que hacer con él, porque los que saben se desconciertan ante las airadas protestas del público si intentan torear para ellos, y los más lo ignoran, porque no se han preocupado de aprenderlo, ni han tenido dónde.

¿Dónde, cuándo y quiénes han «hecho al toro» eso que esos críticos—lo mismo me refiero a los «orales» que a los «escritos»—reclaman de los toreros modernos?

Porque yo, no recuerdo plaza, época, ni nombre alguno que me ponga sobre la pista...

Eso no lo ha hecho *Lagartijo*, ni *Frascuelo*, ni *Carrancho*, ni *Mazzantini*, ni *Espartero*, ni *Guerrita*, ni *Reverte*, ni *Fuentes*, ni *Bombita*, ni *Machaquito*, ni *Vicente Pastor*, ni *Rafael el Gallo*, ni *JOSELITO*, ni *BELMONTE*; ni lo han necesitado para ser lo que han sido. ¿Y ahora lo necesitan *Chicuelo*, *Lalanda* y el *Niño de la Palma*?

Vamos a suponer que ahora saliera un *Luis Mazzantini*, con veinticinco años y un *Machaquito* con veinte, esos dos fenómenos, cada uno en su estilo, de la espada: ¿llegarían a tomar la alternativa?

Quedan muchos aficionados que han disfrutado de la mejor época de esos espadas, y podrían contestar hoy.

Pues bien, cuando esos diestros en su tiempo fueron

lo que fueron, es decir, primerísimas figuras, no hay que preguntar cómo serían los otros que estaban por debajo. ¡Y esos tiempos con esos toreros, son los que nos presentan como la edad de oro de la tauromaquia!

Sí, ciertamente, en los días de Mazzantini hubo un *Guerrita*, ¿pero es que no le amargó la vida a ese gran torero la «crítica severa»? ¿No le hizo marchar antes de tiempo?

Afortunadamente, si sobre el «público inteligente» ejerce gran influencia lo que se escribe, sobre el gran público, que es el verdadero, no ejerce ninguna; y gracias a eso, los genuínos artistas continúan, con más o menos tropiezos, su camino, y duran un poco más en la profesión.

Hago la diferencia entre «gran público» y «público inteligente», porque conviene distinguirlo, aunque todo parezca uno mismo. El «público inteligente» en su mayoría compuesto de «aficionados de oído», que acude casi todas las tardes de toros a la plaza, y así como antes pedía «¡caballos!», pide hoy «¡con la mano izquierda!» al matador, o «¡a una mano!» al peón, sin ton ni son y sin saber lo que pide, claro es que no es el público a que antes me he referido, que es el que sabe más de toros. Este es el que ignora lo que gana el torero, muchas veces hasta su nombre, y con más razón si es buen hijo, buen o mal ciudadano, humilde o soberbio, y juzga por lo que ve y por la impresión que le produce, sin que jamás se equivoque sobre el valor positivo de un lance, porque en el circo sólo tiene valor positivo aquello que por su gallardía, por su valentía, por su plasticidad le emocionan.

Cuando ese gran público asiste a una corrida, y llena la plaza, se da el fenómeno de que el otro público, «el inteligente» se anula y funde con él; en cambio, en días de entrada floja, en que el que predomina es el de los habituales, se produce el fenómeno contrario.

¿Nadie ha observado que cuando menos gente hay en una plaza, más descontentadiza y exigente es?

Y es eso, es que la mayoría la componen los aficionados de oído, que ya desde el primer lance de capa quieren que el matador dé el «parón», y que por lo menos al segundo muletazo se «corra la mano», sea el toro como sea y embista derecho o torcido, o no embista.

Esa es la parte del público inficcionada por una crítica atrabiliaria y no siempre desinteresada, que so pretexto de velar por los prestigios del arte ¡quién sabe por lo que vela!

He sido revistero y he tenido pasiones, amistades, simpatías, atenciones que corresponder; antipatías, enemistades y desatenciones que vengar; pero creo haberme mantenido siempre fiel a un principio que desde el comienzo me fijé: indulgente con mis amigos, imparcial con los que no lo han sido; todo ello en el grado que el de mi ecuanimidad me ha permitido. Hoy que me hallo alejado en absoluto de esos trotes, y veo muy difícil reanudarlos, como simple espectador asisto a la fiesta, y en nada ha variado mi manera de enjuiciar; y si peco de indulgente, lo prefiero, seguro como estoy de que esa indulgencia mía se fundamenta en el reconocimiento de algún mérito por parte de aquel que es objeto de ella. No suelo serlo con quien yo creo un inepto equivocado, ni tampoco con el otro que pudiendo triunfar no lo hace.

Esta confesión he podido excusarla; pero no he querido. Si no estuviera seguro de la sinceridad de ella, no la hubiera hecho; mas a lo largo de estas páginas he emitido opiniones no siempre benévolas para los de mi oficio, y como esto quien no me conozca podía achacarlo a resquemor por una parte, y por otra al deseo de presentarme como modelo y espejo de revisteros, me ha parecido que era obligación mía, por lo que al resquemor se refiere afirmar que ni lo siento ni ha-

bría razón para que lo sintiera, pues lo poco que yo le pido a la vida, me lo ha concedido ésta con largueza; y respecto a lo segundo, soy ya demasiado viejo para hacerme ilusiones de ningún género, ni sobre mí ni sobre los demás.

Y, hecha esta aclaración, conste que, si respecto a modos y maneras de proceder de los otros me manifiesto disconforme, es posible que sea porque no he sabido, no he podido o no he querido adoptarlas, y por lo tanto no son las mías. ¿Tiene, pues, algo de particular que no me parezcan bien?

En estas páginas, lo mismo que en mis palabras cuando sobre algo o alguien opino, falta toda intención de ofensa o molestia personal; hablo de hombres y cosas tan desinteresadamente, que aun los más próximos sólo tienen para mí una existencia inactual, o por lo menos tal es mi presunción.

Si algo más que el aficionado a toros aparece en este libro, puedo asegurar que es porque se habrá filtrado contra todos mis deseos y propósitos; como aficionado he querido hablar siempre y de todo; como aficionado, desde luego, con su criterio, tal como he sido y soy, tal como he entendido la fiesta, tal como la he sentido y la siento; si al correr de la pluma, que, lo reconozco, ha corrido a rienda suelta, a su gozo y capricho, por sendas y vericuetos, desviándose con frecuencia, aunque sin desorientarse del todo; si al correr de la pluma, decía, se han deslizado muchas cosas que no son anécdotas y recuerdos, que al empezarse a publicar esto en *Zig Zag*, hace tres años, constituían la base de mi proyecto, y ahora quedan en lugar secundario, es, precisamente, porque sin quererlo, mi entusiasmo de aficionado me ha conducido, una vez más, a donde yo no pensaba ir; y una vez más, también, me he enfrascado en disquisiciones, que si el lector no encuentra pertinentes y de alguna utilidad, yo le suplico que me perdone, como asimismo este machaqueo en que

me hace caer el temor de haberle enojado tontamente.

No hay necesidad de decir que no lo volveré a hacer. Afortunadamente, estas cosas sólo se hacen una vez; y esta vez ya hemos llegado al fin. ¡Dios sea alabado!

Hemos llegado al fin, y todo lo daría por bien empleado si al menos hubiese conseguido ya que no entretenerle hacerle participar de mi verdad.

Y ésta, lector amigo, la pura, es que en los cuarenta y tantos años de ver toros, la mejor época que he conocido fué la de esos siete años que duró la figura de JOSELITO en el toreo, pues él, juntamente con Belmonte llevaron la fiesta a extremos de Arte y de Belleza, hasta entonces no alcanzados ni superados luego.

¿No estás conforme conmigo?

Peor para ti.

F I N

Barcelona, junio de 1922-mayo de 1926.

NOTA FINAL

Sobre la suerte de varas

Cuando el año pasado (1925) se escribió e imprimió lo que respecto a la suerte de varas digo en las páginas 24 y siguientes, no pensé, ciertamente, que lo que yo suponía fatal para dentro de algunos años, en el presente tomara caracteres de una seria amenaza, que si de momento queda en eso, será para realizarse más tarde o más temprano, pues la «suerte de varas» tal como al presente se ejecuta está condenada irremisiblemente a desaparecer, y el Presidente del Consejo de Ministros, el marqués de Estella, no hace más que dar «estado oficial» a una aspiración que consciente o inconscientemente todos sentimos.

Como en nombre de la «afición», y como aficionado, he dicho bastante sobre el particular en aquellas páginas, aquí me limitaré a hacer unas ligeras observaciones respecto a los substitutivos de la mentada suerte.

Desde luego, la de rejonear no sería uno. Se trata de otro *toreo*, que tan sólo se podría yuxtaponer al actual, al «toreo a pie», con gran perjuicio de éste. No hay posibilidad de fundirlos uno y otro, ni com-

poner con ambos uno nuevo, como no sea renunciando a todas o a la mayoría de las bellezas de uno y otro. El toro para lidiarlo a caballo, necesita que sea tratado en forma que todas sus condiciones de lidia se mantengan con aquel fin, y ¡adiós! toreo de capa, quites, banderillas, faenas de muleta, y, en una palabra, ¡adiós toreo de a pie! En el caso contrario, no habría toro para la lidia a caballo, o a la *jineteta*, como absurdamente le han llamado algunos etimologistas de *sonsonete*.

Si no en seguida, yo creo que dando de tiempo algunos años, pocos, la suerte de varas alcanzaría todo lo que el buen deseo del general Primo de Rivera, y de casi todos los aficionados con él, quisiera que tuviese. Para ello bastaría, con suprimir todos los obstáculos con que ha tropezado esa «suerte» para evolucionar paralelamente con el resto de las que componen la tauromaquia actual. Estos obstáculos son: la conveniencia de los matadores y la codicia de los contratistas de caballos. ¿Cómo evitarlo? Con dos artículos en el Reglamento.

1.º Los picadores dejarán de pertenecer a las cuadrillas de los espadas, y dependerán del contratista de caballos que tendrá un número de ellos fijos para todas las corridas en que intervengan con aquel carácter.

2.º Todo caballo herido será retirado de la plaza, por leve que sea la lesión, y no podrá salir de nuevo a ella sin estar completamente curado y dado de alta por un profesor veterinario.

Los fines y consecuencias de estas disposiciones no se necesita ser muy lince para descubrirlos.

Estos dos artículos me parece que harían el milagro de crear en breve tiempo un plantel de picadores hábiles e inteligentes que defenderían sus monturas, lo cual significaría defender su empleo, pues ya tendrían buen cuidado los contratistas de caballos de

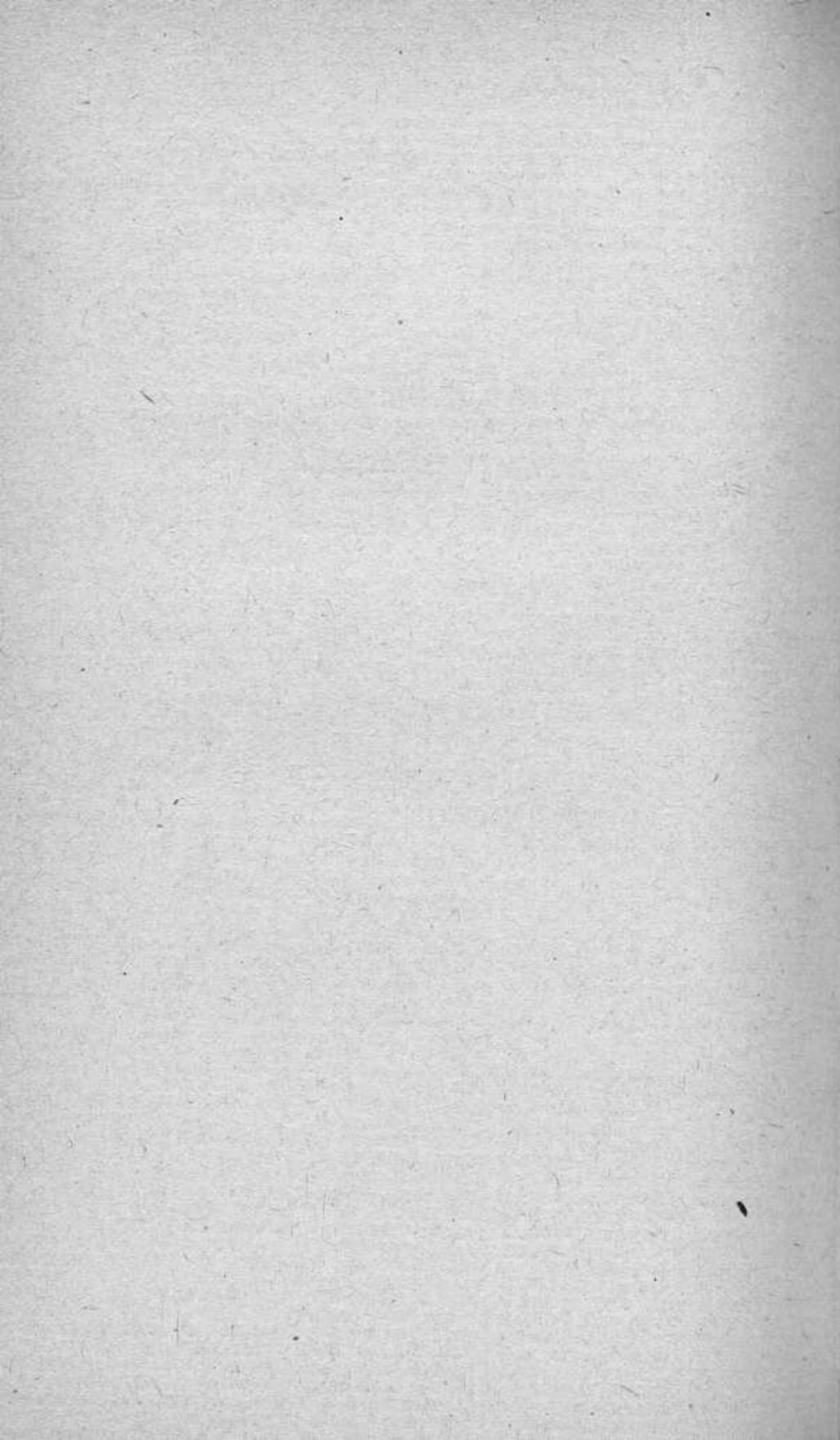
procurarse los que aquellas condiciones reunieran, y de estimularlos debidamente.

Hasta tanto esos picadores salían, se podía resguardar a los caballos con petos o gualdrapas, aunque sean escasas las garantías que ofrezcan.

No hago más que esbozar la idea. Sé perfectamente que habría que vencer bastantes dificultades antes de lograr un funcionamiento perfecto; pero no me parece obra de romanos conseguirlo, sino en todo en parte, y tengo absoluta confianza en que no habían de tardar en aparecer excelentes lidiadores de a caballo, que dieran al primer tercio de la lidia un aspecto que hoy, (y este *hoy* tiene cincuenta o más años) no posee.

Como aquí ya no me es posible extenderme en consideraciones, me reservo entrar en ellas si la oportunidad se ofrece y acabar de explicar esta idea, con la que modestamente trato de contribuir al mantenimiento de una parte muy esencial de la corrida.

Errata importante.—En la nota de la página 31, dice «11 febrero 1925» y debe decir «11 febrero 1926».



INDICE

| | <u>Págs.</u> |
|--|--------------|
| * * * | 5 |
| I. Hombres y cosas de otros tiempos | 9 |
| II. Hombres y cosas de estos tiempos | 81 |
| III. En resumen | 129 |
| NOTA FINAL.—Sobre la suerte de varas.. . . . | 147 |



ESTE LIBRO EMPEZÓ A IMPRIMIRSE
EN MAYO DE 1925
EN LA
IMPRESA LA IBÉRICA - C. GIBERT
Y SE ACABÓ EL 18 DE MAYO
DE 1926



Extracto del Catálogo de obras de fondo y surtido de la

LIBRERIA "LUX"

UNO AL SESGO

Los Ases del Toreo

Estudios crítico-biográficos de los mejores diestros contemporáneos
(3.^a SERIE)

Manuel García (Maera) — Victoriano Roger (Valencia II) — Juan Anlló (Nacional II) — Nicanor Villalba — Braulio Lausín (Gitánjillo) — Fausto Barajas — Rosario Olmos — José García (Algabeño) — Eugenio Ventoldra — Martín Agüero — Manuel Baez (Litri). — Cayetano Ordóñez (Niño de la Palma)

0'30 Ptas.

Toros y Toreros - Años 1924 y 1925

por UNO AL SESGO y DON VENTURA — AÑOS XX-XXI

Resumen histórico estadístico de la temporada de 1924 en España, Francia, Portugal y América.

Historial completo de las ganaderías bravas asociadas.

Volúmenes de cerca de 300 páginas, 5 pesetas cada año

MARQUÉS DE TABLANTES

Anales de la plaza de toros de Sevilla

4 Ptas.

DR. J. VILAR JIMÉNEZ

Charlas médico-taurinas

4 Ptas.

DON QUIJOTE

CATECISMO TAURINO

0'50 Ptas.

La Novela Mensual

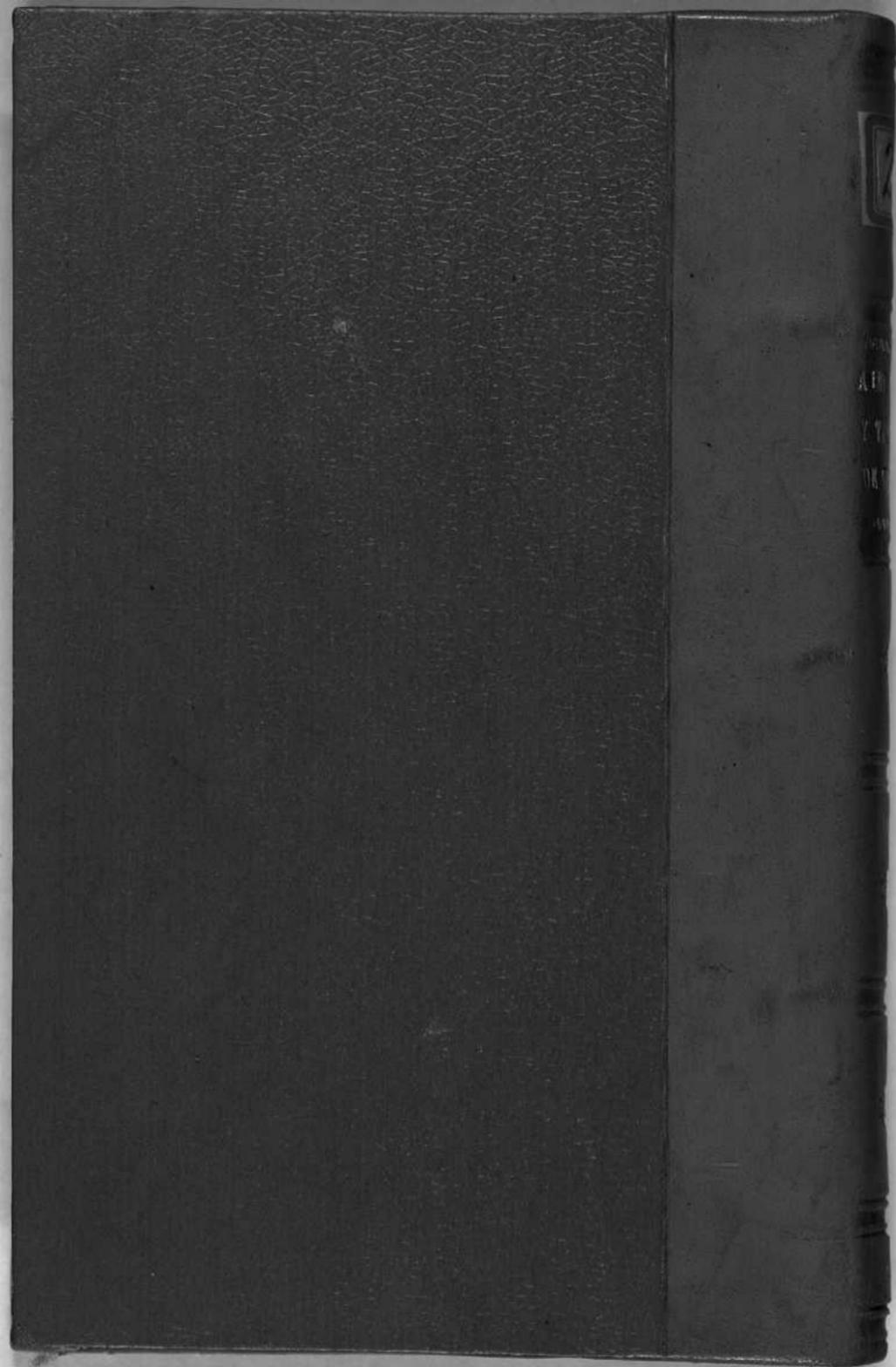
Los mejores autores españoles y extranjeros

Pedidos a Editorial Lux : Aribau, 26 : Barcelona

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

| | Pesetas |
|-----------------------|-------------------------|
| Número <u>222</u> | Precio de la obra..... |
| Estante <u>1</u> | Precio de adquisición.. |
| Tabla... <u>5</u> | Valoración actual..... |
| Número de tomos. | |



222.

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

130 St. George Street, Toronto, Ontario M5S 1A5

STANFORD UNIVERSITY LIBRARY

375 LATHAM DRIVE, STANFORD, CALIF. 94305

DE WET TROES

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

